

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

Nº1  
ENERO 2007  
AÑO CLXX



NUESTRA PORTADA:

**El arcángel San Miguel anuncia el nacimiento de San Rosendo a su madre  
Santa Ilduara**

Tabla del coro bajo de la iglesia del monasterio de San Salvador  
Parroquia de San Rosendo de Celanova

*“Cierta día, ardiendo en la gracia del Espíritu Santo, postrándose junto al altar y poniéndose en oración, fatigada por el viaje, se quedó dormida. Un ángel del Señor se le apareció y la consolaba con estas palabras: “Alégrate, Ilduara, tus oraciones han sido escuchadas. Concebirás y parirás un hijo que será grande entre los hombres y de gran mérito ante el Señor”.*

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXX

Enero 2007

Nº 1

## SUMARIO

### LA VOZ DEL PRELADO

Homilía del Sr. Obispo en la Solemnidad de la Natividad del Señor 2006.....	7
Homilía del Sr. Obispo en la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios. (Primero de año) .....	12
Homilía del Sr. Obispo en la Solemnidad de la Epifanía del Señor .....	17
Actividades del Sr. Obispo.....	22

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos. Defunciones.....	25
Vicaría General	
Algunas normas canónicas u orientaciones pastorales vigentes en esta Diócesis.....	26
Normativa sobre estipendios.....	31
Normativa sobre los libros parroquiales .....	32
Para los párrocos nombrados por seis años.....	37
Cementerios parroquiales .....	37
Aranceles de sepulturas a partir del 1 de enero de 2007 .....	40
Vicaría de Pastoral.	
Delegación de liturgia. “Para vivir el domingo (IV)”.....	41
Consejo Presbiteral. Ponencia de Juan María Canals. Secretario de la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española: “El domingo, día del Señor” .....	42

### IGLESIA EN ESPAÑA

Comunicado del Encuentro de Obispos de Conferencias Episcopales con la Asamblea de Ordinarios de Tierra Santa .....	81
Mensaje del Obispo Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada con motivo de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada 2007.....	83
Mensaje de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo Castrense y Director Nacional de OMP, con motivo de la Jornada de la Infancia Misionera .....	85
Mensaje de los obispos de la Comisión de Migraciones del episcopado español .....	86

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus.....	93
Audiencias Generales.....	100
Discursos.....	110
Homilias .....	131
Santa Sede	
Consejo Pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes II Encuentro Internacional de Pastoral de la Carretera.....	143

### CRÓNICA DIOCESANA

Enero.....	153
------------	-----





# LA VOZ DEL PRELADO

---



## HOMILÍAS

### Homilía del Sr. Obispo en la Solemnidad de la Natividad del Señor 2006

“Hoy nos ha nacido un Salvador; el Mesías, el Señor” (Sal. 95, resp. de la Misa de medianoche). “El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande” (Is 9, 1). El Señor, esta noche acrecentó nuestra alegría y aumentó el gozo de toda la tierra, “porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: Maravilla de Consejero...Padre perpetuo, Príncipe de la paz” (Is 9, 5-6). He aquí, hermanos, el misterio escondido durante siglos y que, en la plenitud del tiempo, se nos ha manifestado y hoy la Iglesia nos lo actualiza en su Liturgia.

La Iglesia nos invita a cantar “al Señor un cántico nuevo.... bendecid su nombre...contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones...alégrense el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena...aclamen los árboles del bosque” (Sal 95). El misterio del nacimiento del Hijo de Dios tiene consecuencias cósmicas y todo lo creado se hace solidario. En el misterio que hoy celebramos “ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres” (Tit 2, 11). ¡Cuánto la necesitamos!

El evangelista san Lucas 2, 1-14 nos describe con trazos sencillos y sublimes la concreción del nacimiento de Jesús. José y María, desde Nazaret subieron a la ciudad de David, llamada Belén, a inscri-

birse. María, su esposa, estaba encinta. “Y mientras estaba allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada” (Lc 2,1-14: evangelio de medianoche).

En Belén, tierra de pan, se cumplen para María los días de la gestación de su Hijo, para aquella familia no había sitio en la posada, por eso da a luz en una cueva, acuesta a su Hijo en un pesebre, lo envuelve en pobres pañales. Todo ello no sucede así por casualidad. El designio de Dios es eterno y conoce las dificultades y resistencias, como la acogida y obediencia del hombre. Dios Padre elige para el nacimiento de su Hijo las circunstancias más humildes, pobres e inteligibles para todo hombre. Esta es la lección de vida que se desprende. Por eso, el ángel del Señor revela el gran acontecimiento a los pastores (personas pobres), que lo reciben con enorme alegría: “Hoy en la ciudad de David, os ha nacido un salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”(Ibid). Y ellos corren a ver lo anunciado con inmensa alegría.

De nuevo, queridos hermanos, hemos de contemplar serenamente, ahondar en el sentido de las palabras, entrar por la fe en el misterio. Dios es un niño indefenso, rodeado de pobreza, amado por los

humildes, anunciado por los ángeles y acogido por pastores rudos y pobres. Así actúa el Todopoderoso, el que trasciende toda grandeza humana, pero que es más cercano a nosotros que nosotros mismos. Lo que celebramos hoy en la Liturgia no es sólo un aniversario, es sobre todo un misterio: la presencia real de la gracia del acontecimiento con el que comenzó nuestra redención. El Niño que nace es el Kyrios, el Señor, que se vaciará de toda apariencia de Dios, se hace como uno de nosotros, excepto en el pecado y, se entregará libremente a la Cruz para hacernos hombres libres, hermanos suyos e hijos adoptivos del Padre.

La Navidad es condescendencia de Dios con el hombre, abajamiento de Dios para elevar y divinizar al hombre, amor hecho donación total de Dios hacia toda la humanidad y la creación entera. ¡Cómo es posible negar a Dios sin que el hombre perezca! ¡Cómo se puede decir que, si Dios existe el hombre no es libre y si el hombre desea ser libre debe negar la existencia de Dios! El laicismo inculcado como “religión” nos lleva al nihilismo. Sin Dios el hombre se convierte en la fiera más terrible y de hermanos llegar a ser enemigos irreconciliables.

Pero afortunadamente, desde la fe cristiana y desde nuestro Dios, las cosas no son así. Escuchemos a Is. 52, 7-10 (Misa del día): “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva, que pregonna la victoria, que dice a Sión: Tu Dios es Rey”, pero un Rey que nace entre los

más pobres, que reina desde la Cruz y que asegura su Reino al buen ladrón. “Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén” (Ibid.). Lo que Is. aplica a la ciudad santa, nosotros debemos referirlo a la Iglesia y a la humanidad entera.

En nuestra sociedad y quizás en la Iglesia puede haber muchos fallos, pecados y cosas para lamentarnos, pero el Niño que nace nos da motivos para la esperanza, para alegrarnos, para renovar nuestra vida y la de los demás. Él es Santo y es el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Le decimos: “Kyrie eleison”, Señor, ten piedad de nosotros, ten piedad de nuestros pecados, de nuestro relativismo, de nuestro secularismo, de nuestro afán de riquezas, de nuestra comodidad a toda costa, de nuestro individualismo y egoísmo, de nuestra indiferencia ante el mal, de nuestro no querer actuar como cristianos en la vida pública, de nuestro mirar a otro lado ante los más pobres....

Queridos hermanos, estamos viviendo la etapa final de la Historia de la salvación, en la que Dios nos ha hablado por su Hijo, el que “es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa...” A Él le dice hoy el Padre: “Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado” (Heb 1, 1-6: Misa del día). Por el Bautismo también nosotros somos hijos en el Hijo, somos libres con la libertad de los hijos de Dios y estamos llamados a proclamar a Jesucristo como el Dios que no quita la libertad, la justa autonomía, sino que la hace posible y la robustece. Sólo desde



Dios Padre se puede predicar con fundamento la igualdad, libertad y fraternidad entre todos los hombres. No basta la simple razón y los pactos para construir una sociedad verdaderamente libre, respetuosa con la vida del ser humano desde la concepción hasta la muerte natural. No puede haber libertad sin respeto a la conciencia y a los valores morales que brotan de la naturaleza humana creada por Dios. Los embriones merecen respeto porque están llamados por Dios a vivir en plenitud.

San Juan evangelista (1, 1-18. Evangelio de la Misa del día) nos presenta a Je-

sucristo en su nacimiento como la Palabra hecha carne que acampó entre nosotros. Esta Palabra es Luz que discierne el bien del mal, que separa la oscuridad de las tinieblas, que no permite la confusión que lleva a la mentira, división y odio. Esta Palabra, nacida en Belén, contiene la vida, la gracia y la verdad. Quien la siga no andará en tinieblas y tendrá la luz de la vida. Quien la siga compartirá su gloria.

Que María y san José nos ayuden a celebrar con gozo y fruto el misterio de hoy. ¡Feliz Navidad en el Señor! Amén.

### Homilía do Sr. Bispo na Solemnidade da Natividade do Señor 2006

“Hoxe naceunos un Salvador; o Mesías, o Señor” (Sal. 95, resp. da Misa de medianoite). “O pobo que habitaba en tebras viu unha luz grande” (Is 9, 1). O Señor, esta noite acrecentou a nosa ledicia e aumentou o gozo de toda a terra, “porque un neno naceunos, un fillo déusenos: leva a ombros o principado, e é o seu nome: Marabilla de Conselleiro... Pai perpetuo, Príncipe da paz” (Is 9, 5-6). Velaquí, irmáns, o misterio agochado durante séculos e que, na plenitude do tempo, manifestóusenos, e hoxe a Igrexa actualízanolos na súa Liturxia.

A Igrexa convídanos a cantar “ó Señor un cántico novo....bendicite o seu nome... contade ós pobos a súa gloria, as súas maravillas a tódalas nacións... alégrese o ceo, goce a terra, retrema o mar e canto

o enche...aclamen as árbores do bosque” (Sal 95). O misterio do nacemento do Fillo de Deus ten consecuencias cósmicas e todo o creado faise solidario. No misterio que hoxe celebramos “apareceu a graza de Deus, que trae a salvación para tódolos homes” (Tit 2, 11). ¡Canto a precisamos!.

O evanxelista san Lucas (2, 1-14) descríbennos con trazos sinxelos e sublimes a concreción do nacemento de Xesús. Xosé e María, dende Nazaret subiron á cidade de David, chamada Belén, a se inscribir. María, a súa esposa, estaba encinta. “E mentres estaba alí chegoulle o tempo do parto e deu a luz ó seu Fillo primoxénito, envolveuno en cueiros e deitouno nunha manxadoira, porque non tiñan sitio na pousada” (Lc 2,1-14: evanxeo de medianoite).

En Belén, terra do pan, cúmprense para María os días da xestación do seu Fillo, para aquela familia non había sitio na pousada, por iso dá a luz nunha cova, deita ó seu Fillo nunha manxadoira, envólveo en pobres cueiros. Todo elo non acontece así por casualidade. O designio de Deus é eterno e coñece as dificultades e resistencias, como a acollida e obediencia do home. Deus Pai elixe para o nacemento do seu Fillo as circunstancias máis humildes, pobres e intelixibles para todo home. Esta é a lección de vida que se desprende. Por iso, o anxo do Señor revela o gran acontecemento ós pastores (persoas pobres), que o reciben con enorme ledicia: “Hoxe na cidade de David, naceuvos un salvador: o Mesías, o Señor. Velaí ténde-lo sinal: encontraredes un neno envolvido en cueiros e deitado nunha manxadoira”(Ibid). E eles corren a ve-lo anunciado con inmensa ledicia.

De novo, queridos irmáns, temos que contemplar serenamente, afondar no sentido das palabras, entrar pola fe no misterio. Deus é un neno indefenso, rodeado de pobreza, amado polos humildes, anunciado polos anxos e acollido por pastores rudos e pobres. Así actúa o Todopoderoso, o que trascende toda grandeza humana, pero que é máis próximo a nós que nós mesmos. O que celebramos hoxe na Liturxia non é só un aniversario, é sobre todo un misterio: a presenza real da graza do acontecemento co que comezou a nosa redención. O Neno que nace é o Kyrios, o Señor, que se baleira de toda aparencia de Deus, faise como un de nós, agás no pecado e, entregárase libremente á Cruz

para nos facer homes libres, irmáns seus e fillos adoptivos do Pai.

O Nadal é condescendencia de Deus co home, abaixamento de Deus para elevar e divinizar ó home, amor feito doazón total de Deus cara toda a humanidade e a creación enteira. ¡Como é posible negar a Deus sen que o home pereza! ¡Como se pode dicir que, se Deus existe, o home non é libre e se o home desexa ser libre debe nega-la existencia de Deus! O laicismo inculcado como “relixión” lévanos ó nihilismo. Sen Deus o home convértese na fera máis terrible e de irmáns chegamos a ser inimigos irreconciliables.

Pero afortunadamente, dende a fe cristiá e dende o noso Deus, as cousas non son así. escoitemos a Is. 52, 7-10 (Misa do día): “¡Que fermosos son sobre os montes os pés do mensaxeiro que anuncia a paz, que trae a Boa Nova, que pregoa a victoria, que di a Sión: O teu Deus é Rei”, pero un Rei que nace entre os máis pobres, que reina dende a Cruz e que asegura o seu Reino ó bo ladrón. “Rompede a cantar a coro, ruínas de Xerusalén, que o Señor consola ó seu pobo, rescata a Xerusalén” (Ibid.). O que Is. aplica á cidade santa, nós debémo-lo referir á Igrexa e á humanidade enteira.

Na nosa sociedade e, quizais, na Igrexa pode haber moitos fallos, pecados e cousas para nos lamentar, pero o Neno que nace danos motivos para a esperanza, para nos alegrar, para renova-la nosa vida e a dos demais. El é Santo e é o “Año de Deus que quita o pecado do mundo”. Dixémos-

lle: “Kyrie eleison”, Señor, ten piedade de nós, ten piedade dos nosos pecados, do noso relativismo, do noso secularismo, do noso afán de riquezas, da nosa comodidade a toda costa, do noso individualismo e egoísmo, da nosa indiferencia ante o mal, do noso non querer actuar como cristiáns na vida pública, do noso ollar a outro lado ante os máis pobres....

Queridos irmáns, estamos vivindo a etapa final da historia da salvación, na que Deus nos falou polo seu Fillo, o que “é reflexo da súa gloria, impronta do seu ser. El sostén o universo coa súa palabra poderosa...” A El dille hoxe o Pai: “Fillo meu es ti, hoxe enxendrite” (Heb 1, 1-6: Misa do día). Polo Bautismo tamén nós somos fillos no Fillo, somos libres coa liberdade dos fillos de Deus e estamos chamados a proclamar a Xesus Cristo como o Deus que non quita a liberdade, a xusta autonomía, senón que na fai posible e a robustece. Só dende Deus Pai pódese predicar con fundamento a igualdade, liberdade e fraternidade entre tódolos homes. Non abonda

a simple razón e os pactos para construír unha sociedade verdadeiramente libre, respectuosa coa vida do ser humano dende a concepción ata a morte natural. Non pode haber liberdade sen respecto a conciencia e ós valores morais que brotan da natureza humana creada por Deus. Os embrións merecen respecto porque están chamados por Deus a vivir en plenitude.

San Xoán evanxelista (1, 1-18. Evanxeo da Misa do día) preséntanos a Xesus Cristo no seu nacemento como a Palabra feita carne que acampou entre nós. Esta Palabra é Luz que discerne o ben do mal, que separa a escuridade das tebras, que non permite a confusión que leva á mentira, división e odio. Esta Palabra, nada en Belén, contén a vida, a graza e a verdade. Quen a siga non andará en tebras e terá a luz da vida. Quen a siga compartirá a súa gloria.

Que María e san Xosé nos axuden a celebrar con gozo e froito o misterio de hoxe. ¡Feliz Nadal no Señor! Amén.

**Homilía del Sr. Obispo  
en la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios. (Primero de año)**

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz comienzo de año 2007 para todos. Hacemos nuestra esta mañana la bendición que el libro de los Números (6, 22-27), que acabamos de escuchar, proponía para los israelitas: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda la paz”.

Al comienzo de un nuevo año civil, nos felicitamos por haber llegado a iniciarlo, deseamos que sea próspero para todos y, sobre todo, que contemos con la bendición de Dios para vivir en la concordia, la paz, la alabanza de Dios y el amor a nuestro prójimo.

La Madre Iglesia, en el Salmo responsorial (Sal 66) nos invita a repetir esta bella respuesta a la primera lectura: “El Señor tenga piedad y nos bendiga”. Al comienzo del año civil, hemos pedido a nuestro Dios que sea misericordioso con nosotros y derrame su bendición sobre todos. En el fondo es suplicarle lo más importante para la humanidad y para cada uno de nosotros: que el Señor sea misericordioso con todas nuestras faltas y pecados y derrame su gran bendición: a su Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo. En ellos radica la plenitud de las bendiciones del Padre. El conjunto del salmo pedía además que viva pendiente de nosotros, que la tierra conozca sus caminos y la salvación llegue a todos los pueblos. Que las naciones canten de alegría, porque Dios gobierna con justicia y rectitud; que los pueblos alaben

a Dios y “que le teman hasta los confines del orbe”.

¡Cómo es oportuno y actual este salmo en nuestra situación y en nuestra sociedad! En una situación secularista es preciso que los cristianos evangelicemos sobre la presencia y actuación de Dios! El hombre, la familia, el matrimonio, la sociedad, la vida pública, el trabajo, la investigación y la cultura necesitan de Dios y de Cristo como fundamento de todo lo creado. No hay oposición entre la fe cristiana y el progreso, no recorta Dios la libertad del hombre, no hay oposición entre cristianismo y técnica, no se oponen las leyes que brotan de la naturaleza humana a las leyes dictadas por la recta razón y la auténtica vida moral. Por eso, debemos pedir mucho que “el Señor ilumine su rostro sobre nosotros: conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación”.

Señor, ¡Cuánto te ignoramos, cómo desconfiamos de ti y de tus designios, cómo nos dejamos llevar por el ambiente, las ideologías relativistas, la comodidad, el poseer, cómo nos acostumbramos a vivir sin tenerte en cuenta, cuánto nos cuesta responder con la vida a quienes niegan a Dios o te consideran como algo únicamente privado o perteneciente al pasado que es preciso abandonar!

Hoy la Iglesia nos hace volver los ojos a la Madre de Dios, la Theotokos. A los

ocho días de celebrar el nacimiento del Hijo, nos privilegia a la Madre. “Por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación” (Or. colecta). “Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley...para que recibiéramos el ser hijos por adopción (Gal. 4, 4-7). María es la mujer elegida por Dios para darnos al Hijo que nos ha redimido de todo pecado.

Ella aparece “cuando se cumplió el tiempo”, cuando la historia de salvación y el designio de punto previsto por él. María inmaculada y Virgen es preparada por el Padre, para que el Hijo realice el largo “viaje” del cielo a la tierra y así el hombre pueda ser divinizado y tenga el camino del cielo abierto. Por la redención de Jesucristo y gracias a María, el hombre ya no es esclavo “sino hijo; y... también heredero por voluntad de Dios” (Ibid.). ¡Cómo se puede decir mentirosamente que Dios impide al hombre ser libre! ¡Cómo se puede enseñar pretenciosa y superficialmente que para hacer al hombre libre y autónomo es preciso borrar a Dios de la conciencia, la sociedad, la ciencia y la cultura! Los que enseñan tal ideología interesadamente y sin amor a la verdad, pueden estar seguros que son esclavos y enseñan a otros el camino de la mayor esclavitud. Pero Cristo, nacido de María-Madre les ama también y desea que la redención llegue a ellos.

En el evangelio de Lucas (2, 16-21), continuación de uno de los de Navidad (Misa de medianoche), hemos contem-

plado la estampa del belén con el que se encontraron los pastores : “a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”. Continuamos el gozoso tiempo de la Navidad. A los padres “les contaron lo que habían dicho de aquel niño” (Le 2, 16-21). Todos se admiraban de lo que allí se oía y se decía. ¿Es para nosotros el tiempo de Navidad un tiempo para oír a fondo los pasajes evangélicos sublimes de Lucas y Mateo! ¿Los meditamos y contemplamos detenidamente en momentos de paz y oración? ¿Nos asombramos y admiramos de lo que dicen los ángeles y pastores de este Niño? Navidad es tiempo para contemplar el misterio, escuchar palabra por palabra, interiorizar actitudes y sentimientos. Luego todo eso enriquecerá la celebración litúrgica del misterio y pasará a la vida entera. Así toda la vida cristiana rezumará de la espiritualidad navideña de los textos litúrgicos.

María sí que vivió sin distraerse en cosas superficiales “su” Navidad. San Lucas nos lo cuenta en una frase que encierra un arsenal inagotable de contenidos, vivencias, sentimientos, plegarias, imágenes y anhelos. Esta frase sola bastaría para llenar muchos libros, inspirar poetas, artistas y autores espirituales. Sería suficiente para llenar el tiempo de la homilía de hoy. “Y María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”. María sabía guardar silencio, hablaría lo imprescindible. Vivía a la escucha de Dios, pendiente de su Hijo, Dios y Hombre, guardando las palabras y gestos de los visitantes y confrontándolas (tratando de casarlas) en su corazón. María

necesitaba tiempo en silencio para armonizar las palabras del arcángel Gabriel, las escuchadas por los pastores al ángel y las que ellos mismos emitían desde su fe y sencillez grandiosa. Sólo así podría ser memoria permanente de la vida oculta de aquel niño. Sólo así, cuando llegase el momento y con la ayuda de la gracia, aceptaría de buen grado la voluntad del Padre sobre su Hijo y estaría atenta a la acción suave del Espíritu Santo, para dar cumplimiento amoroso y pleno al “sí” de la anunciación.

¡Oh María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia (or. poscom.), enséñanos hoy a aprender de ti el silencio y contemplación del misterio de tú Hijo! Ayúdanos a guardar en la mente y el corazón las palabras y los gestos que tu guardaste sobre tu Hijo, para transmitirlos con profunda convicción a nuestros hermanos y a todos los hombres. María, muestra que eres Madre, para que nosotros nos mostremos hijos tuyos y hermanos de Jesucristo.

Amén.

### Homilía do Sr. Bispo na Solemnidade de Santa María, Nai de Deus. (Primeiro de ano)

Queridos irmáns e irmás: ¡Feliz comezo de ano 2007 para todos. Facemos nosa esta mañá a bendición que o libro dos Números (6, 22-27), que rematamos de escoitar, propuña para os israelitas: “O Señor bendígate e protéxate, ilumine o seu rostro sobre ti e concédache a paz”.

Ó comezo dun novo ano civil felicitámonos por chegar a inicialo, desexamos que sexa próspero para todos e, sobre todo, que contemos coa bendición de Deus para vivir na concordia, na paz, na loanza de Deus e no amor ó noso próximo.

A Nai Igrexa, no Salmo responsorial (Sal 66), convidanos a repetir esta fermosa resposta á primeira lectura: “O Señor teña piedade e nos bendiga”. Ó comezo do ano civil, pedímoslle ó noso Deus que sexa misericordioso connosco e derrame

a súa bendición sobre todos. No fondo é suplicarlle o máis importante para a humanidade e para cada un de nós: que o Señor sexa misericordioso con tódalas nosas faltas e pecados e derrame a súa gran bendición: ó seu Fillo Xesucristo e ó Espírito Santo. En eles radica a plenitude das bendicións do Pai. O conxunto do salmo pedía ademais que viva pendente de nós, que a terra coñeza os seus camiños e a salvación chegue a tódolos pobos. Que as nacións canten de ledicia, porque Deus goberna con xustiza e rectitude; que os pobos loen a Deus e “que lle teman ata los confine do orbe”.

¡Como é oportuno e actual este salmo na nosa situación e na nosa sociedade! Nunha situación secularista é preciso que os cristiáns evanxelicemos sobre a presenza e actuación de Deus! O home, a familia, o

matrimonio, a sociedade, a vida pública, o traballo, a investigación e a cultura precisan de Deus e de Cristo como fundamento de todo o creado. Non hai oposición entre a fe cristiá e o progreso, non recorta Deus a liberdade do home, non hai oposición entre cristianismo e técnica, non se opoñen as leis que brotan da natureza humana ás leis dictadas pola recta razón e a auténtica vida moral. Por iso, debemos pedir moito que “o Señor ilumine o seu rostro sobre nós: coñeza a terra os teus camiños, tódolos pobos a túa salvación”.

Señor, ¡Canto te ignoramos, como desconfiamos de ti e dos teus designios, como nos deixamos levar polo ambiente, as ideoloxías relativistas, a comodidade, o posuír, como nos acostumáramos a vivir sen te ter en conta, canto nos custa responder coa vida a quen negan a Deus ou considérante como algo unicamente privado ou pertencente ó pasado que é preciso abandonar!

Hoxe a Igrexa fainos volver os ollos á Nai de Deus, a Theotokos. Ós oito días de celebra-lo nacemento do Fillo, privilexianos á Nai. “Pola maternidade virxinal de María entregaches ós homes os bens da salvación” (Or. colecta). “Cando se cumpriu o tempo, enviou Deus ó seu Fillo, nado dunha muller, nado baixo a lei...para que recibísemo-lo ser fillos por adopción (Gal. 4, 4-7). María é a muller elixida por Deus para nos dar ó Fillo que nos redimiu de todo pecado.

Ela aparece “cando se cumpriu o tempo”, cando a historia de salvación e o

designio de punto previsto por el. María inmaculada e Virxe é preparada polo Pai, para que o Fillo realice o longo “viaxe” do ceo á terra e así o home poida ser divinizado e teña o camiño do ceo aberto. Pola redención de Xesus Cristo e grazas a María, o home xa non é escravo “senón fillo; e... tamén herdeiro por vontade de Deus” (Ibid.). ¡Como se pode dicir minteiramente que Deus impide ó home ser libre! ¡Como se pode ensinar pretenciosa e superficialmente que para facer ó home libre e autónomo é preciso borrar a Deus a conciencia, a sociedade, a ciencia e a cultura! Os que ensinan tal ideoloxía interesadamente e sen amor á verdade, poden estar seguros que son escravos e ensinan a outros o camiño da maior escravitude. Pero Cristo, nado de María-Nai tamén os ama e desexa que a redención chegue a eles.

No evanxeo de Lucas (2, 16-21), continuación dun dos de Nadal (Misa de medianoite) contemplám-la estampa do belén co que se encontraron os pastores: “a María e a Xosé, e ó neno deitado na manxadoira”. Continuámo-lo gozoso tempo da Nadal. Ós pais “contáronlle-lo que dixeran daquel neno” (Lle 2, 16-21). Todos se admiraban do que alí se oía e se dicía. ¿É para nós o tempo de Nadal un tempo para oír a fondo as pasaxes evanxélicas sublimes de Lucas e Mateo! ¿Meditámolas e contemplámolas detidamente en momentos de paz e oración? ¿Abraíámonos e admiramos nos do que din os anxos e pastores deste Neno? Nadal é tempo para contempla-lo misterio, escoitar palabra por palabra, interiorizar actitudes e sentimentos. Logo todo

iso enriquecerá a celebración litúrxica do misterio e pasará á vida enteira. Así toda a vida cristiá zumegará da espiritualidade do nadal dos textos litúrxicos.

María si que viviu sen se distraer en cousas superficiais “o seu” Nadal. San Lucas nolo conta nunha frase que encerra un arsenal inesgotable de contidos, vivencias, sentimentos, pregarías, imaxes e anhelos. Esta frase soa abondaría para encher moitos libros, inspirar poetas, artistas e autores espirituais. Sería suficiente para enche-lo tempo da homilía de hoxe. “E María conservaba todas estas cousas as meditando no seu corazón”. María sabía gardar silencio, falaría o imprescindible. Vivía a escoita de Deus, pendente do seu Fillo, Deus e Home, gardando as palabras e xestos dos visitantes e confrontándoas no seu corazón. María precisaba tempo en silencio para harmoniza-las palabras do arcanxo Gabriel, as escoitadas polos pastores ó anxo

e as que eles mesmos emitían dende a súa fe e sinxeleza grandiosa. Só así podería ser memoria permanente da vida oculta daquel neno. Só así, cando chegase o momento e a axuda da graza, aceptaría de bo grao a vontade do Pai sobre o seu Fillo e estaría atenta á acción suave do Espírito Santo, para dar cumprimento amoroso e pleno ó “si” da anunciación.

¡Oh María, Nai de Deus e Nai da Igrexa (or. poscom.), ensínanos hoxe a aprender de ti o silencio e contemplación do misterio do teu Fillo! Axúdanos a gardar na mente e o corazón as palabras e os xestos que ti gardaches sobre o teu Fillo, para transmitilos con profunda convicción ós nosos irmáns e a tódolos homes. María, mostra que es Nai, para que nós nos amosemos fillos teus e irmáns de Xesus Cristo.

Amén.



## Homilía del Sr. Obispo en la Solemnidad de la Epifanía del Señor

*“Hemos visto salir su estrella y venimos a adorar al Señor ” (Mt 2, 2).*

Queridos hermanos y hermanas:

Continuamos con las celebraciones navideñas, en las que el Señor se nos va manifestando de distintos modos y ampliando más el horizonte que ilumina su luz y gloria. El Dios trascendente y cercano se nos revela en la humildad de la carne de un Niño, que nace en circunstancias de profunda pobreza. La oración colecta con la que hemos orado todos, reza: “Señor, tú que en este día revelaste a tu Hijo unigénito a los pueblos gentiles, por medio de una estrella”... La iniciativa es del Padre. De Él parte el designio oculto desde siglos de revelar a todos los hombres a su Hijo Jesucristo. En el día de hoy, la revelación se orienta a los no judíos, a los pueblos alejados de la revelación progresiva del AT. Así se muestra la voluntad de Dios de salvar a judíos y gentiles, a los pertenecientes al pueblo del AT y a los de toda raza, pueblo y nación.

De ello nos habla poéticamente y con verdad la Iª lectura del profeta Isaías (Is 60, 1-6) Con el nacimiento de Cristo, Jerusalén brilla con la luz y gloria del recién nacido. Los pueblos que vivían en tinieblas caminan a la luz del Salvador, todos vienen iluminados por la gloria esplendorosa del Hijo de Dios. Hasta los reyes de Madián, Efa y Saba con sus camellos, traen riquezas: incienso, oro y proclaman “las alabanzas del Señor”.

De modo más teológico y en clave salvífica, san Pablo habla en la IIª lectura (Ef 3,2-6) del “misterio” revelado por el Espíritu Santo a los “santos apóstoles y profetas: que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio”. San Pablo expone a la comunidad de Éfeso, cómo el plan eterno de Dios, oculto durante siglos, ha sido revelado también a él, perseguidor de los cristianos, pero llamado por Cristo a ser apóstol. El misterio consiste en que, por el Evangelio llega a todos los hombres y pueblos la Buena Nueva de Jesucristo; que todos están llamados a formar parte de su Cuerpo que es la Iglesia, todos participan de la herencia que brota del misterio pascual y que a todos se promete la salvación definitiva en el Reino. En una Palabra: la salvación de Cristo es para todos, no se cierra a nadie, es gratuita y brota del misterio pascual de este Niño, que un día será entregado a la muerte y resucitará.

Supuesto lo dicho, se entiende mejor la respuesta del Sal 71 (responsorial) que la Iglesia nos ha invitado a cantar a todos: “Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra”. Conocido por revelación el misterio oculto “en esta etapa final”, es digno y justo que todos los pueblos de la tierra se postren ante este Niño-Señor-Dios. El Salmo le proclama como Rey de justicia, de paz y ante el cual deben postrarse todos los reyes de la tierra. “Él librára al pobre que clamaba/ al afligido

que no tenía protector,/ él se apiadará del pobre y del indigente,/ y salvará te vida de los pobres”. Quien quiera seguirle e imitarle deberá asumir este programa. Por eso, Epifanía es una llamada fuerte a la misión, a llevar a Jesucristo hasta los confines del mundo, a ser instrumento de paz, de justicia, de verdad y solidaridad con los más desvalidos. En este sentido, pastores y fieles todos deberíamos tener muy en cuenta la Doctrina social de la Iglesia, ese cuerpo de propuestas y perspectivas destinadas a responder a las necesidades personales y sociales de nuestro mundo. Os invitamos de corazón a conocer la doctrina social de la Iglesia, inspirada en el Evangelio y en la Tradición y que brota como consecuencia lógica de la fe en Jesucristo. Nuestra fe sin tales obras, que van más allá de la caridad puntual (muy necesaria) no producirá los frutos deseados.

Del Evangelio de Mateo (2, 1-12) destacamos la llamada de Dios a los magos a ponerse en camino, iluminados por el signo de la estrella. Ésta aparece e ilumina a veces y otras desaparece y surge la duda y es necesaria la búsqueda esforzada. En Jerusalén confiesan: “hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo (al Rey de los judíos)”. Con la ayuda de Herodes y los expertos en la interpretación de la Escritura, se dirigen a Belén. En el camino la estrella vuelve a iluminar y guiarlos hasta “pararse encima de donde estaba el niño”. Los magos “al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría”.

Nuestra vida cristiana tiene mucho en común con la de estos personajes de

Oriente. Los signos del paso y la presencia de Dios son muchos en nuestra vida: Los sacramentos, sacramentales, el “día del Señor” celebrado en comunidad, las solemnidades y fiestas del año litúrgico, la oración, la caridad, el bien realizado. Son para nosotros los signos o la “estrella” que nos guían e iluminan nuestra vida hacia Cristo. Con esos signos nos es más fácil caminar al encuentro del Señor, cada día. Pero no faltan momentos y días en los que la “estrella” se oculta, cunde el desánimo, nos resulta difícil preguntar y buscar. Tenemos la tentación de mirar hacia atrás y volver a lo que nos parece más seguro, la situación anterior. Pero es necesario mantenerse firmes, fuertes en la fe, volver a las razones de nuestra esperanza y seguir caminando fiados de Dios. Acudamos con frecuencia a los sacramentos, volvamos a la Palabra de Dios, a los hombres espirituales de la Iglesia, aceptemos que la fe es oscura, pero segura y la “estrella” volverá a brillar en el cielo de nuestra vida. También nosotros, pasada la “noche oscura”, veremos de nuevo la estrella y nos llenaremos “de inmensa alegría”.

Los magos “entraron en la casa, vieron al niño con María, su Madre y cayendo de rodillas lo adoraron”. La peregrinación llegó a su meta, contemplaron al Rey de reyes y junto a Él a su Madre, María. En ellos se postran de rodillas todos los gentiles y pueblos de la tierra. Se cumplen las palabras de los profetas y los autores de los Salmos. Le adoran como a Dios “todos los pueblos de la tierra” (Sal 71). Es el gesto más propio del hombre que reconoce la grandeza e infinitud de Dios. Pero es el

gesto que más le engrandece, como criatura suya. Sólo a Dios adorarás y a Él solo rendirás culto.

Y de este gesto brota la libertad más profunda, la dignidad más grande, el encumbramiento más sublime para el hom-

bre. Pedimos hoy al Señor que nuestra sociedad reciba la gracia de entenderlo para poder practicarlo.

Que la Virgen María nos lo ayude a interiorizar para ser testigos valientes del Señor-Jesús.

### Homilía do Sr. Bispo na Solemnidade da Epifanía do Señor

*“Vimos saí-la súa estrela e viñemos adorar ó Señor” (Mt 2, 2).*

Queridos irmáns e irmás:

continuamos coas celebracións do Nadal, nas que o Señor se nos vai manifestando de distintos modos e ampliando máis o horizonte que ilumina a súa luz e gloria. O Deus transcendente e próximo revélanos na humildade da carne dun Neno, que nace en circunstancias de fonda pobreza. A oración colecta coa que oramos todos, reza: “Señor, ti que neste día revelaches ó teu Fillo unixénito ós pobos xentís, por medio dunha estrela”... A iniciativa é do Pai. Del parte o designio oculto dende séculos de revelar a tódolos homes ó seu Fillo Xesus Cristo. No día de hoxe, a revelación oriéntase ós non xudeus, ós pobos afastados da revelación progresiva do AT. Así se mostra a vontade de Deus de salvar a xudeus e xentís, ós pertencentes ó pobo do AT e ós de toda raza, pobo e nación.

De elo fálanos poeticamente e con verdade a Iª lectura do profeta Isaías (Is 60, 1-6) Co nacemento de Cristo, Xerusalén

brilla coa luz e gloria do recen nado. Os pobos que vivían en tebras camiñan á luz do Salvador, todos veñen iluminados pola gloria esplendorosa do Fillo de Deus. Ata os reis de Madián, Efá e Saba cos seus camelos, traen riquezas: incenso, ouro e proclaman “as loanzas do Señor”.

De modo máis teolóxico e en clave salvífica, san Paulo fala na IIª lectura (Ef 3,2-6) do “misterio” revelado polo Espírito Santo ós “santos apóstolos e profetas: que tamén os xentís son coherdeiros, membros do mesmo corpo e partícipes da promesa en Xesus Cristo, polo Evanxeo”. San Paulo expón á comunidade de Éfeso, como o plano eterno de Deus, oculto durante séculos, foi revelado tamén a el, perseguidor dos cristiáns, pero chamado por Cristo a ser apóstolo. O misterio consiste en que, polo Evanxeo chega a tódolos homes e pobos a Boa Nova de Xesus Cristo; que todos están chamados a formar parte do seu Corpo que é a Igrexa, todos participan da herdanza que agroma do misterio pascual e que a todos se promete a salvación definitiva no Reino. Nunha Palabra: a salvación de Cristo é para todos, non se

pecha a ninguén, é de balde e agroma do misterio pascual deste Neno, que un día será entregado á morte e resucitará.

Suposto o dito, enténdese mellor a resposta do Sal 71 (responsorial) que a Igrexa nos convidou a cantar a todos: “Prostráranse diante de ti, Señor, tódolos pobos da terra”. Coñecido por revelación o misterio oculto “nesta etapa final”, é digno e xusto que tódolos pobos da terra se prostren diante deste Neno-Señor-Deus. O Salmo proclámao como Rei de xustiza, de paz e ante o cal deben se prostrar tódolos reis da terra. “El librárá ó pobre que clamaba/ ó aflixido que non tiña protector,/ el apiadarase do pobre e do indixente,/ e salvará a vida dos pobres”. Quen queira seguilo e limitalo deberá asumir este programa. Por iso, a Epifanía é unha chamada forte á misión, a levar a Xesus Cristo ata os confíns do mundo, a ser instrumento de paz, de xustiza, de verdade e solidariedade cos máis desvalidos. Neste sentido, pastores e fieis todos deberíamos ter moi en conta a Doutrina social da Igrexa, ese corpo de propostas e perspectivas destinadas a responder ás necesidades persoais e sociais do noso mundo. Convidámosvos de corazón a coñece-la doutrina social da Igrexa, inspirada no Evanxeo e na Tradición e que agroma como consecuencia lóxica da fe en Xesus Cristo. A nosa fe sen tales obras, que van máis alá da caridade puntual (moi necesaria) non producirá os froitos desexados.

Do Evanxeo de Mateo (2, 1-12) destacámo-la chamada de Deus ós magos a se poñer en camiño, iluminados polo sinal

da estrela. Esta aparece e ilumina ás veces e, outras desaparece e xorde a dúbida e é necesaria a busca esforzada. En Xerusalén confesan: “vimos saí-la súa estrela e viñemos adora-lo (ó Rei dos xudeus)”. Coa axuda de Herodes e dos expertos na interpretación da Escritura, diríxense a Belén. No camiño a estrela volve a iluminalos e guíalos ata “se parar riba de onde estaba o neno”. Os magos “ó ve-la estrela, enchéronse de inmensa ledicia”.

A nosa vida cristiá ten moito en común coa destes personaxes de Oriente. Os signos do paso e a presenza de Deus son moitos na nosa vida: Os sacramentos, os sacramentais, o “día do Señor” celebrado en comunidade, as solemnidades e festas do ano litúrxico, a oración, a caridade, o ben realizado. Son para nós os signos ou a “estrela” que nos guían e iluminan na nosa vida cara Cristo. Con eses signos énos máis fácil camiñar ó encontro do Señor, cada día. Pero non faltan momentos e días nos que a “estrela” se oculta, estendese o desánimo, resúltanos difícil preguntar e buscar. Témo-la tentación de ollar cara atrás e volver ó que nos asemella máis seguro, a situación anterior. Pero é necesario manterse firmes, fortes na fe, volver ás razóns da nosa esperanza e seguir camiñando fiados de Deus. Acudamos con frecuencia ós sacramentos, volvamos á Palabra de Deus, ós homes espirituais da Igrexa, aceptemos que a fe é escura, pero segura e a “estrela” volverá a brillar no ceo da nosa vida. Tamén nós, pasada a “noite escura”, veremos de novo a estrela e nos encheremos “de inmensa ledicia”.

Os magos “entraron na casa, viron ó neno con María, a súa Nai e caendo de xeonllos o adoraron”. A peregrinación chegou á súa meta, contemplaron ó Rei de reis e xunto a El a súa Nai, María. E neles próstranse de xeonllos tódolos xentís e pobos da terra. Cúmprense as palabras dos profetas e dos autores dos Salmos. Adóranos como a Deus “tódolos pobos da terra” (Sal 71). É o xesto máis propio do home que reconece a grandeza e infinitude de Deus. Pero é o xesto que máis o engrandece, como criatura súa. Só a Deus adorarás e a El só renderás culto.

E deste xesto xermola a liberdade máis fonda, a dignidade máis grande, o encumiamiento máis sublime para o home. Pedimos hoxe ó Señor que a nosa sociedade reciba a graza de entendela para poder practicalo.

Que a Virxe María nos axude a interiorizar para ser testemuñas valentes do Señor-Xesús.

## ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

### DICIEMBRE

---

Día 27: Reunión con sacerdotes en la Casa de Ejercicios.

Día 28: Concierto de Villancicos interpretados por María do Ceo en la S. I. Catedral.

### ENERO

---

Día 1: Celebración Eucarística en la Solemnidad de Santa María Madre de Dios en la iglesia de Santa María Madre.

Día 6: Misa Pontifical de la Solemnidad de la Epifanía del Señor en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.

Día 7: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de San Pedro de Boado, San Pedro de Solveira de Limia y San Andrés de Piñeira Seca en el Arciprestazgo de A Limia.

Día 9: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 10: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor Celestina del Teso Aliste, Religiosa Sierva de San José, en la Parroquia de San Bernabé de A Valenzá.

Día 12: Asiste al acto de nombramiento como Miembro de Honor y concesión de la insignia de Oro que realiza el Colegio Oficial de Veterinarios a varios Sres. Ilustres de nuestra región y de nuestro país.

Preside la Entreha de Premios que hace la Asociación de Belenistas en el Salón de Exposiciones del Liceo.

Asiste a la Conferencia “Santo Tirso – Mondoñedo – Celanova y San Rosendo” pronunciada por el M. I. Sr. D. Miguel Ángel González García en el Salón Noble del Liceo.

Día 13: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa María de Perrelos en el Arciprestazgo de A Limia.

Día 14: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor María Luisa Jiménez Ortiz, Religiosa Hija de la Divina Pastora (Calasancia), en la capilla de su Residencia.

Días 15-20: Ejercicios Espirituales en Pozuelo de Alarcón (Madrid).

DÍA 21: Santa Visita Pastoral a las parroquias de San Juan de Seoane de Oleiros, Santa María de Laroá y San Pedro de Laroá en el Arciprestazgo de A Limia.



# IGLESIA DIOCESANA

---

---





## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha **23 de enero de 2007**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense ha nombrado al **Rvdo. D. Francisco Gavilanes Fernández**, administrador parroquial de *San Pedro de Bande, San Xoán de Garabelos y Santiago de Nigüeiroá*.

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Sor Celestina del Teso Aliste** (Sierva de San José). Falleció en Ourense el día 9 de enero de 2007. Nació el 27 de diciembre de 1913 en San Agustín del Pozo en la provincia de Zamora. Profesión religiosa en Salamanca el día 29 de julio de 1932. En el año 1945 fue trasladada a la Habana (Cuba). Regresa a España y es destinada a la ciudad de A Coruña, donde ejerce como maestra. En 1993 se traslada a la Comunidad de Madres Mayores de A Valenzá en Ourense.

+ **Sor María Luisa Jiménez Ortiz** (Religiosa Hija de la Divina Pastora - Calasancia). Falleció en Ourense el día 13 de enero de 2007. Nace en Sevilla en 1926. Ingresa en el Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora en el año 1948 en Sanlúcar de Barrameda. Formará parte de distintas comunidades en Andalucía, Sevilla, Daimiel, Ciudad Real, Monóvar, Alicante, Salamanca, Monforte de Lemos, A Coruña, Pontevedra, Vigo, Colegio Santo Ángel de Ourense y en la Residencia Santamarina de Ourense. Dedicó su vida a la labor de educadora en el estudio y en la música.

## VICARÍA GENERAL

### ALGUNAS NORMAS CANÓNICAS U ORIENTACIONES PASTORALES VIGENTES EN ESTA DIÓCESIS

Como en años anteriores, se recuerdan o se concretan aquí, con la oportuna aprobación del Obispo, algunas normas canónicas u orientaciones pastorales, vigentes en esta diócesis, que todos debemos tener presentes para dar mayor cohesión y eficacia a nuestro ministerio pastoral. Se intenta así, desde esta Vicaría, prestar a todos los sacerdotes un servicio fraterno que muchos consideran útil.

#### **BAUTISMO**

Es obligado recordar y llevar a la práctica el “Directorio del Sacramento del Bautismo”, elaborado por el Consejo Presbiteral y promulgado por el Ordinario (Cfr. B.O.O., abril 1989, pp. 90-126). De él entresacamos algunas disposiciones concretas:

##### *Petición del Bautismo:*

“Antes de determinar la fecha de la celebración, y aún el lugar en algunos casos, los padres han de pedir lo más pronto posible en la parroquia de su residencia el bautismo de sus hijos para iniciar el diálogo y contactos pastorales que han de acompañara todo bautismo”. “En el caso de negligencia por parte de los padres, la acción pastoral de la parroquia tratará de remediar tal dejadez” (Cfr. Directorio citado, 5.2).

##### *Preparación:*

“Toda parroquia que celebre el bautismo tiene la ineludible obligación de realizar los encuentros y diálogos preparatorios”... “La asistencia de los padres se considera obligatoria y muy recomendable la de los padrinos” (ib. 5.4).

##### *Padrinos:*

“Los padrinos, o al menos uno de ellos, han de ser católicos, que lleven una vida congruente con la fe y con la función que asumen y han de cumplir las condiciones establecidas en el canon 874. Ya en las primeras entrevistas se ha de hablar de los padrinos y (le las condiciones requeridas” (ib. 5.8).

##### *Edad:*

“La Iglesia quiere que los hijos de padres católicos sean bautizados “en las primeras semanas” después del nacimiento”... “Si se pide el bautismo de un niño que ha superado con mucho ese tiempo habrá que aclarar si los motivos de esta dilación son razonables” (i). 5.3).

##### *Lugar de la Celebración:*

“Los niños han de recibir el bautismo, siempre que sea posible, en la parroquia de los padres... Para aceptar el bautismo de un feligrés de otra parroquia se habrán de cumplir estas tres condiciones: a) Que los que piden el bautismo tengan alguna relación habitual con la iglesia donde rea-

lizan la petición. b) Han de contar con la licencia escrita de la parroquia propia o del Vicario General. Este modo de contacto entre las dos parroquias (y de las dos con la familia) no se ha de entender como una competencia de “poderes” sino como colaboración y expresión viva de la comunión eclesial. c) También se ha de requerir que los padres asistan o acrediten haber asistido a las reuniones preparatorias. Sería preferible que estas reuniones se celebren en las parroquias de origen” (ib. 5.5).

#### *Situaciones especiales:*

a) Padres creyentes con poca práctica religiosa. El sacerdote con actitud de acogida, comprensión y diálogo procurará hacer avanzar la situación de modo que se pueda lograr una esperanza fundada y libremente acogida de educación en la fe...

b) Padres católicos casados canónicamente, divorciados civilmente y casados de nuevo por lo civil u otras situaciones sin salida legal. Se podría conceder este bautismo cuando el párroco conoce la situación y está persuadido de que la educación en la fe se logrará. Se tendría que evitar el escándalo (*pusilorum*) y aspirar a que este bautismo pueda ser incluso un testimonio positivo.

c) Padres católicos casados civilmente o sin vínculo institucional. El rechazar el sacramento del matrimonio indica alguna quiebra en la fe. La actitud del párroco no debería ser negativa sistemática; es una oportunidad de diálogo y quizá sirva para que la situación mejore.

Habría que ponderar muy despacio las motivaciones de la petición y a partir de estos motivos persuadirse de la suficiencia y autenticidad de las garantías ofrecidas. Si las motivaciones no tienen validez y las garantías no son suficientes el bautismo no debe ser concedido. Todo ha de suceder de manera que esto no parezca una sanción por no estar casados, ni una coacción para que se casen, sino el reconocimiento de que la petición, al menos de momento, no está “madura”, y una invitación siempre a seguir dialogando.

d) Padres no creyentes o no católicos. Aquí se impone un discernimiento mucho más claro aún de los motivos de la petición, y las garantías de la futura educación en la fe tendrían que ser tales que no ofreciesen ninguna duda, de otra manera no se podría bautizar (ib. Anexo).

### **CONFIRMACIÓN**

1.- El ámbito propio y específico de la celebración del Sacramento de la confirmación y de la preparación adecuada de los candidatos a la recepción del mismo es la comunidad parroquial.

Por eso, en cada parroquia o grupo de parroquias ha de organizarse de forma estable una catequesis que capacite a los que deseen ser confirmados, a recibir responsablemente este sacramento y asumir los compromisos que implica.

2.- El párroco es el responsable de discernir la idoneidad de los candidatos. Con la debida antelación ha de solicitar

del Obispo de la diócesis la celebración del Sacramento para los miembros de sus parroquias, que considere capacitados. Por eso, al comienzo de cada curso, ha de comunicar a la Delegación de Catequesis, bien sea directamente, bien a través del arcipreste, el número de candidatos que desea que se confirmen. No serán admitidos, a no ser que el Ordinario disponga lo contrario, aquellos confirmandos cuyo párroco no haya hecho la notificación al obispado en su momento oportuno.

3.- La edad mínima para poder acceder a la Confirmación está fijada en esta diócesis en los trece-catorce años, que debiera corresponder al final del curso escolar de 2º de E.S.O.. Las excepciones a esta norma deberán estar basadas en razones muy serias.

4.- Se ha elaborado a nivel diocesano un plan orgánico de Catequesis, de Confirmación, que exige para su desarrollo cuarenta horas. Se prevé la conveniencia de una reunión semanal de una hora durante los dos años anteriores. Con todo, queda siempre a discreción del párroco el establecer las mejores condiciones para cumplir dicho plan.

5.- A no ser en circunstancias especiales, las confirmaciones se celebrarán en los días comprendidos entre el quince de mayo y el quince de julio.

6.- En las parroquias de la ciudad y de las principales villas normalmente se celebrará la Confirmación todos los años. En las demás parroquias del ámbito ru-

ral corresponderá al arciprestazgo el determinar las fechas y lugares de celebración del Sacramento. Ha de tenerse en cuenta, no obstante, la conveniencia de que el número de confirmandos no sea superior a cincuenta, en orden a lograr una mayor vivencia y participación.

7.- El Vicario General y los Vicarios Episcopales que integran el Consejo Episcopal, mientras perseveren en el oficio, tienen facultad de administrar el sacramento de la Confirmación dentro del ámbito de la diócesis, en las situaciones ordinarias.

## PENITENCIA

### *Licencias ministeriales*

Todo sacerdote, secular o religioso; nombrado por el obispo para una misión pastoral en esta diócesis, recibe, con el nombramiento y mientras éste dure, las licencias ministeriales para oír confesiones. Los jubilados y quienes gozan de excedencia temporal legítima conservan las mismas licencias que tenían en el momento de la jubilación o de la concesión de la excedencia, mientras no se les indique lo contrario.

A no ser que el Ordinario disponga lo contrario en cada caso concreto, «quienes tienen facultad de oír confesiones, tanto por razón del oficio como por concesión del Ordinario del lugar de incardinación o del lugar en que tienen su domicilio», las pueden también ejercer en esta diócesis a tenor del c. 967 p.º 2.

Quienes no estén incluidos en los casos anteriores deberán solicitar las oportunas licencias ministeriales para oír confesiones del Ordinario diocesano.

#### *Absolución de reservados*

Durante el tiempo del cumplimiento pascual todos los sacerdotes que gozan de licencia para oír confesiones en esta diócesis, quedan facultados para absolver «in actu sacramentali confessionis» de todas las censuras reservadas, con excepción de las reservadas a la Sede Apostólica.

### **EUCARISTÍA**

#### *Binaciones*

1.- Los sacerdotes de esta diócesis pueden, con justa causa, celebrar la Misa dos veces, incluso en días no festivos (c. 905 p.º 2). «Justa causa» puede ser la atención pastoral a una segunda comunidad suficientemente numerosa o cualificada, la celebración de exequias, matrimonios...; pero no el mero hecho de tener encargada una Misa con estipendio. Tampoco es justa causa para binar, concelebrando, la mera asistencia a una Misa de exequias o similares, ni el deseo de solemnizar o dar esplendor externo a una celebración.

2.- En los domingos y fiestas de precepto, cada sacerdote podrá celebrar hasta tres veces, si lo exige una verdadera necesidad pastoral (c. 905 p.º 2).

3.- Para celebrar más de tres veces se requiere la dispensa del obispo diocesano (c. 87 p.º 1). De tal manera que ni siquiera el dar facilidades a los fieles para cumplir el

precepto dominical justifica la celebración de más de tres Misas sin obtener la dispensa requerida. Ésta no será concedida, de manera habitual, cuando sea posible atender las necesidades reales de los fieles con una o dos celebraciones vespertinas en el día anterior.

N. B.: Según la mente de la Iglesia, no es aconsejable que un sacerdote celebre habitual o frecuentemente la Eucaristía más de tres veces en un mismo día. Es preferible, corno mal menor, que algunos fieles y comunidades no cuenten todos los domingos con las facilidades deseables para participar en la Eucaristía.

Ante el progresivo agravamiento de la escasez de sacerdotes se impone el ir preparando y poniendo en práctica nuevas iniciativas. V. g r.:

a) En la ciudad, una organización más racional de los horarios entre parroquias y otros lugares de culto próximos, que seguramente podrá ahorrar celebraciones innecesarias.

b) Mayor disponibilidad de los sacerdotes que no tienen ministerio parroquial u otro compromiso semejante en domingo, para prestar este servicio (habitualmente o por temporadas) donde sean requeridos, hasta distancias aceptables.

c) Celebraciones dominicales no eucarísticas (c. 1248, pº 2) bien preparadas, que puedan ser dirigidas por religiosas o laicos, a quienes tras la debida formación y con las ayudas oportunas, pueda confiárseles esta misión.

d) Turnos entre las comunidades menos numerosas que posibiliten la celebración eucarística en todas ellas cada dos o tres domingos.

e) Celebraciones de la Eucaristía en otro día de la semana, donde no sea posible el domingo o la tarde del sábado. Pero, en este caso, debe explicarse a los fieles que la participación en estas celebraciones no exime del precepto dominical a quienes puedan cumplirlo.

#### *Misa «Pro pópulo»*

Los párrocos y administradores de parroquias tienen obligación de aplicar la Misa «pro pópulo» los domingos y fiestas que sean de precepto en la propia diócesis; si bien, una sola Misa, aunque sean varias las parroquias que les están encomendadas (c. 534). El cumplimiento de esta obligación es incompatible con la percepción de cualquier clase de estipendio por tal Misa.

Pero el sacerdote que aplica una Misa “pro populo”, si legítimamente celebra otra u otras Misas en el mismo día (de acuerdo con la norma para binaciones o trinaciones), puede retener para sí el estipendio de una de estas.

#### *Distribución de la Comunión*

Sólo el Obispo, el presbítero y el diácono son ministros ordinarios de la sagrada Comunión (c. 901, p.º I). Para que pueda actuar, como ministro extraordinario, un acólito o un fiel no ordenado (c. 910, p.º 2), debe ser expresamente designado para ello por el Ordinario del lugar.

El así designado sólo podrá distribuir la sagrada Comunión cuando no esté presente o disponible un ministro Ordinario, o cuando sea verdaderamente necesaria su actuación, vgr. porque el número de fieles que deseen comulgar es tan elevado que la Celebración se prolongaría demasiado (Cf. c. 910e instr. «Inmensae caritatis»).

#### *Recepción de la Eucaristía*

Según interpretación auténtica del c. 917, los fieles que han recibido la santísima Eucaristía pueden recibirla de nuevo el mismo día solamente una segunda vez, aunque participen más veces en su celebración (Cfr. respuesta de la C. P. para la interpretación auténtica del C. D. C.. en A.A.S. 1984 p. 74C).

#### *Lugar de la Primera Comunión*

El lugar propio de la primera Comunión es la parroquia a la que pertenece el niño (ya que por la primera Comunión el niño se incorpora plenamente a la comunidad cristiana adulta).

En consecuencia debe hacerse lo posible para que todos los niños reciban la primera Comunión en la celebración o celebraciones comunitarias de la misma que la parroquia organice. Sólo en casos excepcionales y por causa justa podrá celebrarse la primera Comunión en lugar distinto de la parroquia del niño. En tales casos deberá acreditarse por escrito la suficiente preparación catequética del niño.

## NORMATIVA SOBRE ESTIPENDIOS

1.- La Iglesia aprueba la costumbre tradicional de que el sacerdote que celebra o concelebra la Misa pueda recibir estipendio para que la aplique por una determinada intención (c. 945, p.º 1).

Pero, al hacerlo. «recomienda encarecidamente a los sacerdotes que celebren la Misa por las intenciones de los fieles, sobre todo de los necesitados, aunque no reciban estipendio alguno» (c. 945, p.º 2); y manda que en materia de estipendios se evite hasta la más pequeña apariencia de negociación (c. 947).

2.- La normativa canónica sobre estipendios responsabiliza gravemente la conciencia de los sacerdotes, hasta el punto de que «quien obtiene ilegítimamente un lucro con el estipendio de la Misa, debe ser castigado con una censura o con otra pena justa» (c. 1385).

3.- Cuando los fieles entregan para estipendios una cantidad de dinero, sin concretar el número de Misas, han de aplicarse según el arancel diocesano, a no ser que conste claramente otra intención de los donantes (c. 950).

4.- El sacerdote, aunque celebre legítimamente más de una vez al día, solamente puede reservar para sí un estipendio, salvo el día de Navidad. Los estipendios de binación o trinación deben enviarse al Fondo Común Diocesano, con destino a la mutua ayuda sacerdotal (c. 95 l, p.º 1).

5.- Nadie podrá exigir mayor estipendio por una segunda u tercera Misa. Pero, si éstas ocasionan gastos de desplazamiento y similares, no cubiertos de otro modo, el celebrante podrá reservar para sí la mitad del estipendio (c. 951, p.º 1).

6.- Por una segunda Misa, si ésta es concelebrada, no puede recibirse estipendio bajo ningún título (c. 95 l, p.º 2), ni siquiera con destino al Fondo Común Diocesano o a otros fines de caridad o de apostolado.

7.- Los sacerdotes que celebren legítimamente segunda o tercera Misa en el mismo día pueden aplicarla «ad mentem episcopi». En ese caso lo comunicarán a la Colecturía Diocesana al final de cada semestre (junio y diciembre).

*Nota aclaratoria:*

Algunos sacerdotes han planteado dudas o interrogantes sobre esta norma. Como respuesta, ténganse en cuenta las siguientes aclaraciones:

7.1.- No podrá aplicar “ad mentem Episcopi” el sacerdote que celebre una sola misa en el día.

7.2.- Tampoco, quien legítimamente (de acuerdo con las normas sobre binaciones -véanse más arriba-) aplique la segunda o tercera Misa por otras intenciones particulares, con la consiguiente obligación de entregar el estipendio (si lo recibe) al Fondo Común Diocesano.

7.3.- Tampoco, quien actúe como concelebrante en una segunda o tercera Misa (véase el n° 6.-)

7.4.- A la hora de cubrir el impreso de aportación al Fondo Común diocesano deben distinguirse correctamente el concepto relativo a “estipendios de binaciones” (en el que debe anotarse la cantidad que se entrega por tal concepto) y el relativo a “N° DE MISAS AD MENTEM EPISCOPI” (en el que sólo se anotará el número de estas Misas que se hayan celebrado por esta intención durante el año correspondiente.

8.- Nadie puede aceptar, para celebrar Misas personalmente, más estipendios de los que puede satisfacer en el plazo de un año (c. r)53).

9.- Los estipendios de Misas que no se han aplicado, deberán entregarse al final de cada año en Colecturía Diocesana, que se encargará de que las Misas se celebren cuanto antes (c. 956).

También aquellos sacerdotes o iglesias, que reciben más encargos de Misas de los que pueden cumplir al ritmo normal, deben entregar los estipendios en Colecturía, que los transmitirá a sacerdotes que carecen de ellos (c. 954).

10.- Todo sacerdote debe anotar cuidadosamente los encargos de Misas recibidos y los ya satisfechos (c. 955, p.º4). Asimismo, en las iglesias donde se reciben ordinariamente estipendios, debe haber un libro especial donde se anoten tanto los estipendios recibidos como las Misas celebradas (c. 958).

## NORMATIVA SOBRE LOS LIBROS PARROQUIALES

Los “LIBROS PARROQUIALES” tienen gran importancia en orden a conocer el estado jurídico-canónico de los fieles en relación con su capacidad para diversos actos o funciones en la Iglesia. Son un fiel reflejo de la situación humana, espiritual y material de la parroquia.

Teniendo además carácter de documentos públicos de la Iglesia, constituyen una valiosa contribución al patrimonio cultural de la misma Iglesia y de la sociedad.

Ello requiere un exquisito cuidado en su redacción y conservación por parte de

los responsables. Con ánimo de ayudarles en esta tarea, el Obispo anterior, D. Carlos Osoro Sierra, aprobó y promulgó una completa “NORMATIVA SOBRE LOS LIBROS PARROQUIALES” (Cfr. BOO, enero 2000, pp. 27-44), que conserva toda su vigencia y que se ha distribuido a todos los sacerdotes, también en edición separada del Boletín Oficial del Obispado.

De esta “NORMATIVA” se recuerdan aquí y se urgen de nuevo algunos puntos, especialmente aquellos que siguen siendo menos atendidos y puestos en práctica.



## TÍTULO I

*Normas generales*

## CAPÍTULO I

*Libros parroquiales y competencias*

1. Todas las parroquias de la Diócesis de Ourense dispondrán, convenientemente actualizados, de los siguientes libros parroquiales:

- 1.- Libro de Bautizados  
(cc. 535 & 1 y 877).
- 2.- Libro de Confirmados  
(c. 895 y I DG CEE, art. 5).
- 3.- Libro de Matrimonios  
(cc. 535 & 1 y 1121).
- 4.- Libro de Difuntos  
(cc. 535 & 1 y 1182).
- 5.- Libro de Cuentas  
(c. 1284 & 2, 7).
- 6.- Libro de Inventarios (c. 1283).

## CAPÍTULO II

*Normas de inscripción*

6. Dado su carácter oficial y su pervivencia en el tiempo como documentos únicos, los libros, las tintas y la caligrafía empleadas han de ser las adecuadas para una buena conservación y correcta interpretación de su contenido.

11. Se pondrá especial cuidado en que los datos inscritos en las partidas coincidan con los datos contenidos en los registros civiles.

12. Junto a cada una de las partidas se dejará un espacio conveniente donde se

puedan inscribir las preceptivas notas marginales, siempre firmadas por el responsable del archivo.

13. Todas las partidas, los certificados que se refieran al estado canónico de los fieles, así como cualquier acta que pueda tener valor jurídico, han de estar convenientemente selladas y firmadas por el párroco o la persona que legítimamente haga sus veces, aunque la inscripción la haya realizado otro (535 & 3).

14. Cada parroquia ha de tener su propio sello (c. 535 & 3) en buen estado, de manera que su stampa pueda ser fácilmente legible y reconocible. Este sello, por su carácter público, deberá ser aprobado por el Ordinario del lugar mediante decreto que deberá transcribirse en cada uno de los libros parroquiales. Tras su aprobación, el sello de cada parroquia quedará inscrito en el Libro Registro que, a tal efecto, se abrirá en la curia diocesana a partir de la entrada en vigor de esta normativa; y no podrá ser cambiado sin nueva autorización del Ordinario.

## CAPÍTULO III

*Corrección de partidas*

15. Dado el carácter de documento jurídico de las partidas, no admiten raspaduras, tachaduras, sobrescritos ni el empleo de materiales que impidan leer el fragmento errado, de modo que cualquiera de éstos u otros métodos pueda inducir a fraude; las enmiendas que deban hacerse durante la inscripción, han de salvarse siempre entre paréntesis, de manera que sea legible el

error, y con nota al final de la partida firmada por el responsable del archivo.

16. Las partidas debidamente firmadas y selladas no son susceptibles de modificación sin el permiso escrito del Ordinario del lugar, previo expediente de corrección debidamente informado, cuyo formulario facilitará la secretaría general de la curia.

17. Las partidas no inscritas en el momento y lugar oportunos sólo podrán ser extendidas con autorización del Ordinario del lugar, previo expediente de entable, cuyo formulario facilitará la secretaría general de la curia; dicha autorización ha de conservarse adherida, mediante pegamento, en el lomo interior del libro junto a la partida.

18. Cualquier rectificación debidamente autorizada del texto de una partida, debe quedar consignada al margen de la misma, y el documento que la autoriza debe conservarse adherido, mediante pegamento, en el lomo interior del libro junto a la partida modificada.

#### CAPÍTULO IV

##### *Archivo parroquial*

20. Cuando un mismo sacerdote atiende varias parroquias puede tener un único archivo parroquial en donde se custodien, en las condiciones expuestas en el artículo anterior, los libros y documentos de las distintas parroquias, cuidando en cualquier caso que ninguno de ellos se extravíe o confunda con los de otras parroquias. En este caso

conservará una única colección completa del Boletín Oficial del Obispado.

22. A principios de cada año debe enviarse a la secretaría general de la curia copia literal de todas las partidas inscritas durante el año anterior en los Libros de Bautizados, Confirmados, Matrimonios y Difuntos, utilizando los correspondientes impresos oficiales para certificaciones literales.- Esta norma puede cumplirse, si se prefiere, enviando un extracto de las mismas partidas conforme al modelo oficial (Anexo VIII).

#### TÍTULO II

##### *Normativa especial sobre cada libro parroquial*

#### CAPÍTULO I

##### *Libro de Bautizados*

24. Compete al párroco del lugar donde se celebró el bautismo o la persona que legítimamente haga sus veces, extender diligentemente y sin demora la partida en el libro de bautizados teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (c .877). (Anexo II). N.B. Debe anotarse el lugar del nacimiento (c.877), que por errata, no figura en el modelo.

27. La partida de bautismo ha de ser única, de tal modo que no se autorizarán transcripciones de partidas provenientes de otros libros de bautismo, cualquiera que sea su procedencia.

## CAPÍTULO II

*Libro de Confirmados*

29. & 1. En las celebraciones de ámbito parroquial compete al párroco del lugar donde se celebra la confirmación o la persona que legítimamente haga sus veces:

1.- anotar la relación completa de los confirmados en su parroquia, cualquiera que sea su parroquia de origen, teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (Anexo III);

2.- inscribir la correspondiente nota marginal en la partida de bautismo de los confirmados bautizados en su parroquia observando el art. 12;

3.- en su caso, notificar el hecho al párroco del lugar del bautismo o la persona que legítimamente haga sus veces, para que haga la anotación preceptiva a tenor del c. 535 & 2.

& 2. En las celebraciones interparroquiales compete lo estipulado en el & 1, a cada uno de los párrocos o la persona que legítimamente haga sus veces, respecto de los confirmados que haya presentado.

## CAPÍTULO V

*Libro de Cuentas*

33. Compete al párroco o la persona que legítimamente haga sus veces, anotar diligentemente los ingresos y gastos que lleva consigo la administración económica de la parroquia en sus diversos aspectos

(c. 1284 & 2, 7), ateniéndose al modelo oficial vigente en la diócesis (Libro Cuentas de Gestión). En esta tarea será auxiliado por el consejo parroquial de asuntos económicos en aquellos lugares donde éste haya sido constituido (ECPAE, art.3.7: BOO, noviembre 1994).

34. & 1. Cada año, durante el mes de enero siguiente a cada ejercicio (ECPAE, art.3.7: BOO, noviembre 1994), se rendirán cuentas al Ordinario del lugar (c. 1287 & 1).

& 2. Anualmente, en tiempo oportuno a juicio del párroco o de la persona que legítimamente haga sus veces, se rendirán cuentas a los fieles acerca de los bienes que éstos entreguen a la iglesia, además de dar cuenta puntual de lo recaudado y entregado en cada colecta especial (c. 1287 & 1).

## CAPÍTULO VI

*Libro de Inventarios*

35. 1. Compete al párroco o la persona que legítimamente haga sus veces, mantener diligentemente actualizado el inventario parroquial, teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (Anexo VI y sus indicaciones complementarias); renovándolo, cuando no se den cambios significativos, al menos cada cinco años; y siempre que se produzca un cambio de párroco o administrador parroquial, el saliente entregará el inventario, actualizado y firmado, al entrante; y éste, tras la oportuna comprobación, firmará su conformi-

dad en el mismo inventario. Si no hubiera conformidad, los interesados darán cuenta inmediatamente al arcipreste para que provea, por sí mismo o bien recurriendo al Ordinario del lugar (EA, art. 14: BOO, octubre-noviembre 1991).

2. Si el relevo se produce por fallecimiento del anterior titular o por otro motivo que no permita la comparecencia simultánea de antecesor y sucesor, éste comprobará el inventario existente. Si se advierte alguna anomalía significativa procederá como se indica en el & 1.

### TÍTULO III

#### *Otros libros parroquiales*

### CAPÍTULO I

#### *Libro del Cementerio*

36. En las parroquias que tengan cementerio parroquial debe haber un Libro del Cementerio (RCP, arts. 9, 10, 18 y 23: BOO, diciembre 1990). Si una misma parroquia tiene varios cementerios parroquiales dispondrá de un Libro del Cementerio distinto para cada uno de ellos.

37. Cada Libro del Cementerio llevará anejo un plano del cementerio correspondiente (RCP, arts. 9 y 10), que incluirá todas las sepulturas en uso y todas las parcelas edificables en el futuro convenientemente numeradas. Este plano abarcará unitariamente tanto el cementerio primitivo como sus ampliaciones con una numeración única. Una copia de este plano deberá entregarse en la curia diocesana.

38. Supuestas las normas generales contenidas en el Título I de la presente normativa, se destinará un folio por las dos caras para la inscripción de cada sepultura en uso con el fin de dejar espacio para anotar las actuaciones que vaya habiendo en ella desde el momento de su inscripción en el Libro del Cementerio. La inscripción se hará conforme a las indicaciones del modelo oficial para el registro de cada sepultura (Anexo VII).

39. & 1. El Libro del Cementerio, mientras sea admitido por las competentes autoridades sanitarias como válido a los efectos previstos en el Decreto 134/1998, do 23 de abril de la Xunta de Galicia y en la Orde do 12 de mayo de 1998, está sujeto a la inspección y control por parte de las mencionadas autoridades cuando legítimamente lo requieran. A ello no deberá oponer dificultades el responsable del archivo parroquial.

& 2. Los sacerdotes responsables de cementerios y de sus libros correspondientes, que por negligencia culpable no cumplan a su debido tiempo con lo dispuesto en esta normativa sobre el Libro del Cementerio, responderán ante el Ordinario del lugar de las sanciones impuestas por la Autoridad civil competente como consecuencia de tal incumplimiento.

### *DISPOSICIONES TRANSITORIAS*

1. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, se cerrarán todos los libros parroquiales que contienen partidas impresas.

2. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, todas las parroquias dispondrán del Libro de Cuentas oficial en nuestra diócesis (Cuentas de Gestión).

3. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, todas las parroquias que contengan en su Libro de Bautizados traslados de partidas originales de otros registros, aunque los padres del bautizado sean originarios de esa parroquia, enviarán notificación de todas las notas marginales inscritas en estos traslados a la parroquia donde se encuentra la partida original, si todavía no se ha hecho. A continuación se anularán todas esas partidas cruzándolas y dejando constancia de tal anulación en nota firmada

al pie de página que haga mención de la presente normativa. En todo caso, a partir de la entrada en vigor de esta normativa, no se podrán expedir partidas auténticas a partir de estos traslados, ni hacer anotaciones marginales en ellas, sino que han de remitirse siempre a la partida original de la parroquia del lugar del bautismo.

4. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, los párrocos o administradores parroquiales deberán presentar en la curia diocesana el sello, en buen estado, de cada una de sus parroquias, para obtener la correspondiente aprobación del Ordinario y para su inscripción en el Libro Registro de la curia, a tenor del art. 14 de la presente normativa.

### PARA LOS PÁRROCOS NOMBRADOS POR SEIS AÑOS

Parece oportuno recordar aquí, de entre las vigentes “NORMAS PARA NOMBRAMIENTOS DE PÁRROCOS”, una de ellas, dado su incumplimiento por la mayoría de los interesados:

Quienes sean nombrados párrocos, lo serán por un período de seis años. Tres

meses antes de finalizar el período el interesado deberá solicitar la continuación en la misma parroquia o el traslado a otra. Al Sr. Obispo compete juzgar sobre la oportunidad o no de dicha solicitud (Cfr. Normas Complementarias al Código, C.E.E., art. 4º; BOO mayo-junio 2000, p. 274).

### CEMENTERIOS PARROQUIALES

Se recuerdan aquí algunos artículos del vigente Reglamento de Cementerios Parroquiales a los que debe prestarse especial atención:

#### *Artículo 9.*

1.- Para la construcción, ampliación o reforma de un cementerio parroquial

se requiere la licencia escrita del Ordinario.

2.- Para obtener dicha licencia es necesario dirigir instancia al mismo Ordinario en la que se deberá indicar: a) Razones que hacen necesaria o aconsejable la obra. b) Solar en el que se

llevará a cabo. Este solar deberá ser propiedad, plena y legalmente firme de la Iglesia, antes de iniciarse las obras previstas.

3.- Con la mencionada instancia deberán presentarse: a) Plano o proyecto técnico que exprese la configuración, situación, dimensiones, distribución interior (filas y clases de sepulturas subterráneas o aéreas con un máximo de cuatro compartimentos superpuestos, parcelas edificables o destinadas a inhumación en tierra, pasillos... etc.). Cada parcela o sepultura tendrá un número de referencia en este plano, de manera que resulte fácil su localización b) Presupuesto de las obras a realizar, con expresión de las fuentes de financiación.

#### *Artículo 10.*

También los cementerios ya existentes deberán contar, en el plazo de un año a partir de la entrada en vigor de este Reglamento, con un plano similar al mencionado en el artículo anterior. Este plano habrá de obtener la aprobación del Ordinario (previos los informes que considere necesarios). Un ejemplar se conservará en la Parroquia y otro en el Obispado; y la concesión de credenciales de usufructo y permisos de edificación o reforma de sepulturas se harán con referencia a dicho plano y de acuerdo con sus previsiones.

#### *Artículo 11.*

Los Cementerios deberán estar cerrados en todo su perímetro con materiales que no desentonen estéticamente del conjunto. En los de nueva construcción y en las ampliaciones de los antiguos el cierre ha de estar concluido antes de autorizar ningún sepelio en los mismos.

No se autorizará la construcción de sepulturas en terreno total u parcialmente exterior al perímetro cerrado del cementerio con el fin de incorporarlas al mismo.

#### *Artículo 12.*

1.- En los cementerios contiguos a la iglesia se evitará cualquier lápida, cruz o adorno incrustada o adosada a las paredes de aquélla o a los muros nobles que tenga el propio cementerio.

2.- Donde aún sea posible, se dejará sin sepulturas un espacio suficientemente amplio en torno al templo para las procesiones: y en todo caso ese espacio estará libre de cualquier edificación que sobresalga del nivel del suelo, incluidos testeros, lápidas, rejas o adornos de cualquier tipo que puedan dificultar la circulación procesional.

3.- En ningún caso se autorizará sepulturas subterráneas próximas a los muros de la iglesia, que pudieran perjudicar su cimentación.

4.- En ningún lugar de estos mismos cementerios se autorizarán nichos aéreos o panteones con altura total (incluidos testeros u otros remates) superior a 1,50 metros sobre el nivel del pavimento del templo, que pudieran restar visibilidad o perspectiva al mismo.

#### *Artículo 13.*

Con la necesaria prudencia pastoral y de acuerdo con los usufructuarios se procurará ir adaptando a estas normas aquellas sepulturas, anteriormente construidas, que no se ajusten a ella. En ningún caso la existencia de tales sepulturas será considerada como razón para seguir construyendo otras similares.

*Artículo 15.*

Si en algún caso se considera necesario que la Parroquia promueva por sí misma, la construcción de un número prudente de sepulturas para su venta posterior, no podrá hacerse sin contar con la Comisión que asiste al párroco en la gestión del cementerio (art. 17) y con la aprobación del Ordinario. Esta deberá solicitarse previamente por escrito acompañado de proyecto y presupuesto detallado, en el que debe constar la tasa especial que los interesados deberán abonar al recibir el título de tales sepulturas.

*Artículo 17.*

La administración del cementerio parroquial corresponde al párroco; pero deberá estar asistido por el Consejo Parroquial de Asuntos Económicos (c. 537) u otra Comisión similar, o, al menos, por tres fieles laicos de la Parroquia convenientemente elegidos. Tal asistencia se considera especialmente imprescindible cuando se haya de reformar o ampliar el cementerio o deba construirse uno nuevo.

*Artículo 18.*

Son funciones de esta Administración:

a) Conservar debidamente ordenados los documentos acreditativos de la propiedad del cementerio y los demás libros y documentos referentes al mismo.

b) Informar las solicitudes que se dirijan al obispado para la obtención de títulos de usufructo, haciendo constar el número de la parcela asignada a cada solicitante o su lugar exacto con referencia al plano del cementerio, y el diseño y características de la construcción que se proyecta, si éstas no estuviesen previstas en el mencionado plano.

*Artículo 22.*

1.- La concesión de parcelas para la construcción de sepulturas se reserva al Ordinario, a quien habrán de solicitarlas los interesados en instancia informada por el párroco, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 18-b.

En la instancia se hará constar expresamente que el interesado se compromete a cumplir las normas diocesanas sobre cementerios

2- También se reserva al Ordinario la autorización (previa solicitud, informada por el párroco) de cualquier modificación que afecte a la estructura externa de las sepulturas.

*Artículo 29.*

A no ser que el Ordinario, en casos excepcionales, autorice otra cosa, en lo sucesivo nadie podrá ser titular de más de una parcela o sepultura en un mismo cementerio parroquial.

a) Éstos y otros artículos suponen que debe obtenerse el título antes de la construcción o reforma de cualquier sepultura. En lo sucesivo no se concederán títulos para sepulturas ya construidas sin previa autorización del Ordinario.

b) La modificación del art. 25 del vigente Reglamento de Cementerios Parroquiales, por decreto del Obispo de fecha 2 de enero de 1995, implica que todos los titulares de concesiones de parcelas para construcción de sepulturas (incluidos quienes las obtuvieron entre los años 1991-1994) tienen el derecho de uso de dichas parcelas sin límite de tiempo.

**ARANCELES DE SEPULTURAS A PARTIR DEL 1 DE ENERO DE 2007**

En la siguiente tabla se actualizan los aranceles de sepulturas de acuerdo con el decreto firmado por el Excmo. Sr. Obispo con fecha uno de febrero de 2005, que entró en vigor el día uno de marzo del mismo año, afectando

sólo a las tasas de fábrica y manteniendo los mismos “derechos de Curia”, cuyas variaciones son competencia de la Conferencia de Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela.

<b>SEPULTURAS DE NUEVA CONCESIÓN</b>			
<b>TIPO DE SEPULTURA</b>	<b>FÁBRICA</b>	<b>CURIA</b>	<b>TOTAL</b>
Sepultura baja	75,75	4,81	80,56
Sepultura con testero	105,21	4,81	110,02
Sepultura alta con 1 nicho	134,66	4,81	139,47
Sepultura alta con 2 nichos	164,12	9,02	173,14
Sepultura alta con 3 nichos	193,57	13,22	206,79
Sepultura alta con 4 nichos	223,04	17,43	240,47

<b>CAMBIOS DE SEPULTURAS</b>			
<b>TIPO DE SEPULTURA</b>	<b>FÁBRICA</b>	<b>CURIA</b>	<b>TOTAL</b>
Sepultura baja	37,97	4,81	42,68
Sepultura con testero	52,61	4,81	57,42
Sepultura alta con 1 nicho	67,34	4,81	72,14
Sepultura alta con 2 nichos	82,06	9,02	91,08
Sepultura alta con 3 nichos	96,78	13,22	110
Sepultura alta con 4 nichos	111,52	17,43	128,95
Testero	29,46	4,81	34,27
Cenicero	29,46	4,81	34,27
Cada nicho	29,46	4,81	34,27

N.B.: Cuando el cambio de titularidad se conceda a favor de herederos o por cesión de derecho hereditario entre coherederos, se abonarán únicamente los derechos de Curia.

EL VICARIO GENERAL

Fdo.: José Estévez Armada



## VICARÍA DE PASTORAL

### *DELEGACIÓN DE LITURGIA*

#### PARA VIVIR EL DOMINGO (IV) ("Dies Domini" = DD 4)

Hasta hace muy poco, la "santificación" del domingo era favorecida, en los países de tradición cristiana por una participación grande de gente e incluso por la organización de la sociedad civil, que preveía el descanso dominical como algo constante en las normas laborales. Pero hoy, en los mismos países en los que se respeta el domingo como día festivo, la "fisonomía del domingo" (DD 4) ha cambiado mucho. Ello es debido a la evolución de las condiciones socioeconómicas que han modificado mucho los comportamientos colectivos.

Hoy está en pleno vigor la práctica del "fin de semana", entendido como "tiempo semanal de reposo, vivido a veces lejos de la vivienda habitual" (DD 4) con participación en actividades culturales, lúdicas o políticas y coincidente con los días de fiesta. Es un "fenómeno social y cultural" (DD 4) con elementos positivos para el desarrollo humano y social. Nace de la necesidad de descansar y de la exigencia de "hacer fiesta", propia del hombre. Pero, "cuando el domingo pierde el significado originario y se reduce a...` fin de semana" (DD4), entonces el hombre puede quedar encerrado en lo material y terreno. Se viste de fiesta, pero "interiormente es incapaz de `hacer fiesta" (DD 4).

Los cristianos no debemos confundir la celebración del domingo con el "fin de semana". Celebrar el domingo es santificarlo a partir de la múltiple riqueza que implica (reunión, Eucaristía, Palabra de Dios, caridad, sentido de liberación, esperanza de la felicidad eterna, etc.); el "fin de semana" es un tiempo de mero descanso, diversión, corte con la monotonía y dureza del trabajo semanal.

Los cristianos necesitamos "una auténtica madurez espiritual" (DD 4) que nos facilite una coherencia con la fe y estén siempre dispuestos a dar razón de su esperanza" (cfr 1Pe 3, 15). Quiere esto decir que, debe destacar en ellos el modo explícito de vivir el día del Señor, donde se encuentren y evangelicen sobre su significado cuando se de la ocasión. Naturalmente para ello es necesaria una comprensión más honda del día del Señor, "para vivirlo, incluso en situaciones difíciles, con plena docilidad al Espíritu Santo" (DD 4).

Preguntémonos:

¿Distinguimos entre celebrar el día del Señor y vivir el "fin de semana"? ¿Cómo lo puede expresar a otros? ¿Captamos el domingo cristiano como fiesta gozosa y enriquecedora? ¿En qué se nota?

¿Nos esforzamos por enriquecer la vivencia del domingo con los contenidos y actitudes específicamente cristianas? ¿Vamos madurando espiritualmente en la celebración y vivencia del día del Señor?

¿Si nos preguntasen, sabríamos dar razón de nuestra fe en el misterio del do-

mingo? Cuando estamos fuera de nuestra comunidad o parroquia y tenemos más dificultades para vivir el domingo ¿Procuramos vencer tales dificultades para ser fieles al Espíritu Santo? ¿Qué experiencia concreta podemos aportar?

## CONSELLO PRESBITERAL

*Ponencia de Juan María Canals. Secretario de la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española.*

### “EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR”

#### INTRODUCCIÓN

##### 1.- *Un testimonio*

Comienzo con un testimonio conmovedor y elocuente que narra el aprecio por el domingo y la reunión eucarística dominical.

Era en tiempo de la persecución de Diocleciano, el día 12 de febrero de 304 cuando comparecieron en Cartago ante el procónsul Anulino 31 hombres y 18 mujeres, que habían sido detenidos en la colonia de Abitinas por haberse reunido en casa de uno de ellos bajo la presidencia del presbítero Saturnino. Los magistrados de la colonia instruyeron el proceso por haber violado los edictos imperiales. El procónsul presentó dos cargos contra ellos, a saber: poseer las Escrituras y haberse reunido.

Entresaco algunos párrafos del acta del proceso martirial.

- “ Victoria, una de las cristianas, declaró: *«Todo lo que he hecho, lo he hecho espontáneamente y por mi propia voluntad. Sí, yo he asistido a la reunión y he celebrado los misterios del Señor con mis hermanos, porque soy cristiana».*

- El presbítero Saturnino, experimentando las torturas en su cuerpo, fue llevado delante del procónsul que le dijo: *«Tu has obrado contra el mandato de los emperadores y césares reuniendo a éstos».*

- Saturnino, lleno del Espíritu, le respondió: *«Hemos celebrado tranquilamente el día del Señor porque no puede omitirse».*

Mientras atormentaban al sacerdote, saltó Emérito, un lector: *«Yo soy el responsable, pues las reuniones se han celebrado en mi casa. Y lo hemos hecho porque el día del Señor no puede omitirse: así lo manda la ley».*

El procónsul le preguntó: «¿En tu casa se han tenido estas reuniones?, ¿por qué les permitiste entrar?»

Respondió: «Porque son mis hermanos y no podía impedirselo».

El procónsul, dice: «Pues tu deber era impedirselo».

Respondió: «¿No me era posible, pues nosotros nos podemos vivir sin celebrar el misterio del Señor?».

Así mismo varios de los cristianos salieron a declarar: «¿Nosotros somos cristianos y no podemos guardar otra ley que la ley santa del Señor?».

El procónsul les dijo: «¿No os pregunto si sois cristianos, sino si habéis celebrado reuniones?».

\* El autor de la crónica comenta a este punto: «Necia y ridícula pregunta del juez! Como si el cristiano pudiera pasar sin celebrar el día del Señor ¿Ignora, Satanás, que el cristiano está asentado en el celebración del día del Señor».

El testimonio es impresionante y, a la vez, un interrogante para los que somos cristianos. Muchos católicos nunca o casi nunca se reúnen con sus hermanos creyentes para celebrar la eucaristía dominical.

## 2. Una reflexión

Desde sus orígenes la Iglesia ha considerado el domingo como uno de sus va-

lores constitutivos. Ha celebrado siempre el domingo y nunca dejará de hacerlo. El domingo, la fiesta primordial de los cristianos, ha sido y es la celebración del misterio pascual de Cristo.

La tradición cristiana, a partir de la resurrección de Cristo y de la experiencia pospascual de sus discípulos, ha ido elaborando a lo largo de los siglos una doctrina y una praxis sobre el domingo que constituyen el gran patrimonio eclesial. La historia de la Iglesia ha caminado estrechamente unida al ritmo de la celebración del Día del Señor.

Los fieles cristianos se reúnen cada ocho días, en el día del Señor, para vivir lo que constituye y configura su existencia cristiana. Celebran y actualizan el misterio pascual, alimentan su fe en las Escrituras y en el sacramento eucarístico, gustan el gozo de la fraternidad, comparten oración y bienes en favor los pobres y necesitados, dan testimonio de su identidad cristiana y de su pertenencia a la Iglesia. La alegría pascual y el descanso son anticipo del domingo sin ocaso<sup>1</sup>. Confluyen así en el domingo los valores más profundos de la fe cristiana. La Iglesia no puede dejar de celebrar el domingo y reunirse en comunidad de fe.

### 1.- Situación actual del domingo

A lo largo de los siglos, la vida de la Iglesia ha estado estrechamente unida al ritmo marcado por la celebración del domingo. En las últimas décadas, la sociedad se ha abierto a nuevos horizontes culturales y sociales. Estas conquistas socio-culturales

han coincidido con un notable descenso en la práctica religiosa del domingo. La sociedad ha sufrido vertiginosas transformaciones que han cambiado los costumbres de las personas y de los grupos. La celebración del domingo se ha visto afectada por estos y otros cambios.

Hasta hace poco el domingo era el día religioso por excelencia y el día de fiesta semanal. Ambos aspectos eran inseparables, como dos caras de una misma moneda. Hoy, lo religioso y lo profano se mueven en distintas órbitas. Lo más grave no son los fenómenos del cambio social en sí y la complejidad de la vida de hoy, sino la progresiva secularización de la sociedad y la pérdida de los valores morales y religiosos que contribuyen a la desvalorización del día del Señor. Las nuevas condiciones de trabajo y descanso, la cultura del ocio y la civilización del bienestar, el deporte y el éxodo de las ciudades, inciden de manera directa en la vida de los creyentes. Todos estos fenómenos afectan a la celebración del domingo.

Para la mayoría de los hombres y mujeres, el domingo es un día carente de sentido, justificado tan sólo por la necesidad del descanso y de la diversión. El domingo, desde hace algunas décadas, se enmarca dentro de un tiempo libre que hoy transcurre entre la tarde del viernes al domingo tarde. El día del Señor ha experimentado últimamente una transformación, ya no es el primer día de la semana, sino «*el fin*» del «*fin de semana*», o en otras palabras, es la vigilia del lunes. En esta perspectiva, el domingo es considerado como el fin de la

liberación del trabajo, del descanso, de la evasión, de la movilidad y de la diversión. No es ya un día de la semana diferente a los otros, sino que es el segundo día del fin de semana. En vez de ser el día festivo y alegre de la semana, es la anticipación de las preocupaciones diarias y del trabajo cotidiano. Tiende a ser para muchos el final del tiempo libre. El fin «del fin de la semana» preanuncia la rutina semanal. Actualmente el «week-end» está eclipsando el domingo cristiano<sup>2</sup>.

La liberación de los horarios comerciales afectan también al domingo y a los días festivos. Las grandes superficies comerciales abren sus puertas en los domingos, obligando a muchas personas a trabajar. Ya no es un trabajo en beneficio de la ciudadanía, como los servicios de hospitales, o de la policía, etc., sino que se mira solamente al consumo y a la productividad, sin tener en cuenta a la persona y a la familia. Hay empresas que contratan solamente para el fin de semana.

Los mismos fenómenos que afectan al domingo, entrañan también una amenaza para la misma sociedad despojada de los valores del espíritu. El domingo, como día festivo, es un signo de libertad, y ha sido instituido no sólo para que el hombre dé culto a Dios, sino también en beneficio de la misma persona humana, que vale más que la producción económica y el consumo. Cuando el hombre pierde el sentido religioso del día de fiesta y la referencia de su existencia a Dios, aunque se vista de fiesta, consigue solamente una fugaz evasión o una búsqueda de mitos

con que rellenar el vacío o aliviar la sensación de soledad.

Por otra parte, la crisis se deja sentir en el interior de las comunidades cristianas. La sensación de vacío espiritual afecta también a los creyentes, incluso a los que procuran participar a la celebración eucarística. Para la mayoría de los fieles, el día festivo se reduce al cumplimiento de una obligación sagrada, sin otros motivos que hagan de toda la jornada un día de alegría y de fiesta pascual.

Los mismos pastores se alarman al constatar que descienden las cifras de la asistencia a la Misa dominical, no tanto por el descenso en sí mismo, sino por lo que este dato refleja de alejamiento de la vivencia eclesial de la fe y, en definitiva, de la pérdida de la identidad cristiana y del sentido de pertenencia a la Iglesia.

Hoy, sin embargo, es de justicia afirmar que, por lo general, la participación de los cristianos en la Eucaristía dominical es más activa y consciente y han descubierto que el domingo es un don de Dios para disfrutar de cuanto tiene de hermoso el mundo y la naturaleza, para hacer del descanso un motivo de gratitud al Creador y para celebrar festivamente el misterio pascual de Cristo y dedicar el día a la caridad, a la familia, a los amigos, al apostolado y a la oración.

A pesar de todo, para bastantes fieles cristianos la Eucaristía sigue siendo una mera obligación que procuran situar en el lugar más cómodo de su programa de

descanso y ocio. Se la relega al capítulo del precepto con el que se cumple desde un sentir moral sin mayores perspectivas de vida cristiana. Ante esta realidad, se hace urgente la necesidad de superar la idea de que la fiesta primordial de los cristianos no es otra cosa que un deber impuesto por la Iglesia.

La situación actual del domingo plantea hoy muchos interrogantes: ¿la Iglesia está perdiendo el sentido cristiano del domingo? ¿Eclipsa el fin de semana al domingo cristiano? ¿El día del hombre no ahoga el día del Señor? ¿Cómo re-cristianizar el día del Señor?

## *2.- El Domingo, una preocupación de la Iglesia*

A partir del dato bíblico y de la rica sensibilidad de las primeras comunidades cristianas, la Iglesia a través de toda su historia y según sus diversas culturas y tiempos, ha vivido y defendido siempre el día del Señor.

Hoy, la Iglesia no ve con indiferencia los fenómenos que se dan en nuestra sociedad ni oculta su preocupación por los peligros que entrañan para la fe y la vida cristiana. El día del Señor está en juego y con él la identidad cristiana y la pertenencia a la Iglesia. Se observa que cuando los fieles no viven el domingo van perdiendo su sentido de pertenencia a la Iglesia y su identidad cristiana.

Nuestra sociedad está sometiendo al domingo a un proceso de secularización y a un vaciamiento espiritual. La Iglesia

no puede renunciar a su compromiso de guardar el día del Señor Resucitado ni perder sus valores. El domingo merece una gran atención dentro del esfuerzo de la renovación litúrgica y de la evangelización. La constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium* describe con un nuevo estilo y lenguaje los rasgos característicos del domingo heredados de las primeras comunidades cristianas.

La preocupación de la Iglesia por el domingo se manifiesta concretamente en los principales documentos posconciliares. Las *Normas universales* sobre el año litúrgico<sup>3</sup>, el *Código de Derecho canónico*<sup>4</sup>, El *Directorio para las celebraciones dominicales en ausencia del presbítero* de 1988. La Carta apostólica de Juan Pablo II sobre el domingo: *Dies Domini*.

El Domingo ha sido y es motivo también de preocupación de muchas Conferencias Episcopales, que han expresado su preocupación y han levantado su voz de alerta en defensa del día del Señor. Los documentos<sup>5</sup> que han publicado describen los valores humanos y cristianos del domingo; examinan los problemas actuales, sugieren soluciones para su revitalización y hacen frente a la secularización del día del Señor.

Ante el panorama de las nuevas situaciones y de los interrogantes que se plantean, es necesario afrontar el reto pastoral y recuperar las motivaciones doctrinales profundas del domingo cristiano para que todos los fieles conozcan su valor irrenunciable en la vida cristiana.

#### 4.- Sentido teológico del día del Señor

##### a. El domingo, memorial de la creación y de la liberación

El domingo, primer día de la semana, recuerda el inicio de la creación y el comienzo de la nueva creación por la resurrección de Cristo. La relectura de la primera página de la creación y la teologización del sábado hebreo por parte del pueblo de Dios nos permiten comprender el sentido pleno del domingo.

El libro del *Génesis* describe con su estilo poético la creación. Dios, a medida que crea, repite el estribillo: «y vio que todas las cosas eran buenas» (Gn 1, 10. 12, etc), excepto el día en que crea al hombre y a la mujer, que exclama: «y vio que era muy bueno». Dios goza de la belleza de todo lo creado y mira complaciente al hombre y a la mujer como su obra maestra y vértice de la creación. Y cuando termina su trabajo bendice y santifica su obra, y el séptimo día descansa. No es solamente una página poética, es una página ejemplar que invita al hombre a reconocerse criatura de Dios e imitarle en el trabajo y en el descanso del séptimo día.

La primera página del *Génesis* encierra un profundo significado religioso y es, a la vez, un himno al Creador del universo y a la bondad de la creación. El himno al Dios Creador reconoce que todo lo creado lleva consigo la impronta de la bondad y la belleza de Dios. El canto admira los seres creados y compromete al hombre a reconocer el don del cosmos; a reconocerse como imagen de Dios y como respon-

sable de cultivar la bondad sembrada en toda criatura. Todo es de Dios y todo es regalo y gratuidad.

La narración bíblica de la creación nos lleva a comprender plenamente el sentido de la santificación del sábado y a mirar al conjunto del texto del cual emerge claramente la obra de Dios. El tiempo y el espacio le pertenecen. Él no es el Dios de un solo día, sino el Dios de todos los días del hombre. Toda la vida del hombre y todo su tiempo deben ser vividos en actitud de alabanza y de agradecimiento al Creador. Pero el hombre necesita también momentos especiales para esta alabanza y adoración. En Israel viene establecido el sábado, el séptimo día, como el día propicio y memorial de la creación. En este día el hombre eleva a Dios Yahvé su canto de alabanza convirtiéndose en voz de alabanza de toda la creación.

Dios concluye su obra creadora en el sexto día (Gn 2, 2) y descansa en el séptimo. Esta forma de hablar es ciertamente un antropomorfismo, frecuente en la Escritura. La Biblia, terminada la acción creadora de Dios, ofrece los elementos necesarios para establecer la relación entre el Creador y el mundo creado e indica el papel que el hombre tiene en el cosmos. El trabajo de Dios, en cierta manera, es ejemplar para el hombre llamado a ser colaborador de Dios y constructor del mundo.

Para Israel, el séptimo día es día de descanso porque Dios lo ha “bendecido” y “santificado”. Es un día sagrado, separado

de los otros días de trabajo. La interrupción del ritmo diario del trabajo ha hecho que el sábado recuerde que el tiempo y la historia pertenecen a Dios y que el hombre no puede ser su colaborador en su obra sin tomar constantemente conciencia de esta verdad.

El mandamiento del Decálogo con el que Dios impone la observancia del sábado tiene, en el libro del Exodo, una formulación característica: «*Recuerda el día del sábado para santificarlo*» (20,8). Más adelante, explica la motivación: «*Pues en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo el Señor el día del sábado y lo hizo sagrado*». El texto bíblico, antes de imponer algo que hacer, señala lo que se debe recordar. Invita hacer memoria de la obra creadora de Dios. Es un recuerdo que debe animar toda la vida religiosa del hombre. El descanso asume así un valor típicamente sagrado. El hebreo es invitado a descansar no sólo como Dios ha descansado, sino a descansar en el Señor, y el descanso es un memorial agradecido por el don gratuito de la creación y de la vida y un memorial de alabanza y adoración. El descanso de Dios no puede interpretarse como una especie de inactividad de Dios; él nunca cesa de actuar como recuerda Jesús (Jn 5, 17).

En el plan divino existe, además, una relación entre el orden de la creación y el de la salvación. El A.T. habla del sábado como descanso de Dios después de su acción creadora (cf Ex 20, 8-11) y también de la salvación ofrecida por él a Israel para

liberarlo de la esclavitud de Egipto (cf. Dt 5, 12-15). El Dios que descansa el séptimo día es el Dios que con mano fuerte libera a sus hijos de la esclavitud del faraón y pacta la Alianza con su pueblo. El precepto del Decálogo se fundamenta también en el memorial de la liberación: «*Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y tenso brazo, por eso el Señor tu Dios te ha mandado guardar el día del sábado* (Dt 5,15).

Se presenta en una perspectiva unitaria la creación y la salvación. El contenido del precepto no aparece únicamente como una interrupción del trabajo sino como un memorial de la creación y de la salvación. En la medida en que este recuerdo, lleno de agradecimiento y alabanza hacia Dios, está vivo en el corazón y en los labios del hombre, el descanso adquiere su pleno significado.

Los judíos descansan el sábado haciendo memoria de la creación y de la liberación de la esclavitud faraónica; los cristianos celebran el domingo en memoria de la creación y de la resurrección de Cristo, la nueva creación, y, al mismo tiempo, de la pascua liberadora del pecado.

Cada domingo, el cristiano, regenerado por la nueva creación y liberado, celebra la Eucaristía, memorial agradecido del misterio pascual, y renueva el ser portador de libertades. Nada hay más contradictorio que convertir el domingo en un día esclavizante. Quien cree en la liberación pascual del Señor no puede vivir este día con

sentimientos de esclavitud ni esclavizar a otros, sino con sentido de fiesta gozosa y pascual. La liberación pascual lleva consigo un germen revolucionario de liberación para todos los hombres y para toda clase de esclavitudes. El cristiano que participa en la eucaristía dominical no puede permanecer mudo, ni inactivo mientras el ser humano es cada vez más esclavo de sí mismo y de su circunstancia.

El descanso del domingo cristiano se ve amenazado por una sociedad organizada y fundamentada sobre la producción y la rentabilidad. Desde la perspectiva cristiana, el reposo dominical es portador de una crítica radical y profética, y afirma no sólo la primacía absoluta de Dios, sino también la primacía de la dignidad humana sobre la productividad económica. Dedicar un día a la semana en el que desaparezca el afán económico, en cierto sentido, recuerda simbólicamente que el hombre no vive sólo de pan sino que es dueño de sí mismo y no esclavo, es señor y no alienado por los afanes materiales o por la espiral del consumismo. Ante una sociedad de productividad, los cristianos deben gritar con su conducta y con su palabra que la vida social no se construye solamente sobre las relaciones mercantiles o sobre el rendimiento, sino también sobre la base de la gratuidad.

El domingo, dentro del «*week-end*», es el día privilegiado de la libertad y, como tal, se debe vivir. Defender el descanso es reafirmar la libertad. Los cristianos, reunidos en asamblea eucaristía, son voz que se debe dejar oír con toda su fuerza en la so-



ciudad de hoy para que el ambiente esclavizante no ahogue la verdadera liberación pascual del domingo. Por otro lado, si los cristianos no son defensores fervientes y testigos vivos de la libertad dominical, su voz cada día será más débil e insignificante en la sociedad y se irá apagando con el peligro que el domingo quede absorbido por el secularismo y reducido a la mínima expresión. La pérdida del sentido del domingo, es merma de la significación de la Iglesia.

*b. El domingo, memorial de la resurrección de Cristo*

La constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium* afirma que el domingo tiene su origen en el mismo día de la Resurrección<sup>6</sup>. El domingo está estrechamente vinculado al acontecimiento admirable de la Resurrección y Cristo resucitado centraliza todos los aspectos constitutivos del domingo.

Las fuentes bíblicas y los autores cristianos de los primeros siglos han dado un gran relieve al día de la resurrección de Cristo y lo han llamado con distintos nombres. Cada uno de ellos encierra un rico contenido y una variedad de matices.

Los evangelios lo denominan «*el primer día de la semana*» (Jn 20, 1; Hch 20, 7; 1Co 16,2) y «*el primer día después del sábado*» (Jn 20, 19). Estos nombres, además de indicar el lugar que ocupa el domingo dentro de la semana, presentan una doble intencionalidad, por un lado determinan la diferencia de contenido entre el domini-

go y el sábado hebreo y, por otro, parten del sábado como referencia cronológica.

La comunidad cristiana, pasado un tiempo, comienza a denominar el domingo según la expresión del Apocalipsis: «*el día del Señor*» (1, 10). La Didajé<sup>7</sup> emplea la misma expresión que se generaliza a partir del s. II. Emplean esta expresión san Ignacio de Antioquía<sup>8</sup> y Eusebio de Cesarea<sup>9</sup>. En cambio, Justino<sup>10</sup> por dirigirse al emperador usa la terminología pagana.

En los siglos III-IV aparecen otras denominaciones: «*día de la resurrección del Señor*»<sup>11</sup>, «*el séptimo día*»<sup>12</sup> y «*el octavo día*».

*c.- El domingo, memorial eucarístico*

*1. Las apariciones pospascuales de Cristo*

Las apariciones del Resucitado, además de tener lugar en el «*primer día de la semana*», ofrecen otros datos para la comprensión global del sentido del domingo. Uno de ellos es la referencia a la comunidad. Cristo resucitado reunifica la comunidad apostólica disgregada, enardece sus corazones decepcionados y restablece sus relaciones de Maestro con sus discípulos. Su resurrección no significa solamente el triunfo sobre la muerte sino que también es la victoria sobre la dispersión, el temor y la incredencia de sus discípulos. Cristo rehace la comunidad apostólica e inicia un tiempo nuevo abierto al futuro. Encomienda a sus discípulos que sean anunciadores y testigos de su Resurrección, portadores de perdón y de reconciliación y constructores de nuevas comunidades.

Desde el principio, los cristianos entendieron que la reunión dominical no consistía en un simple recuerdo o memoria de la resurrección del Señor, sino en una vivencia que prolongaba su presencia misteriosa y compartía con ellos la palabra y la mesa.

Los redactores de los evangelios cuando escriben los relatos de las apariciones del Resucitado quieren indicar la práctica que tenían ya los cristianos de reunirse el domingo. Estos relatos pueden considerarse litúrgicos y anidan la intención de transmitir esta costumbre a las futuras generaciones cristianas. Es el caso de la narración de los discípulos de Emaús (Lc 24, 15-35)<sup>13</sup>. El relato se considera como una parábola por la que Lucas quiere dar una catequesis sobre el significado del domingo. El primer día, el Resucitado se hace contradictorio con los caminantes (v. 15), conversa con ellos (vv.17-27) y lo reconocen al partir el pan (v. 30-31.35). Luego, regresan inmediatamente a Jerusalén (v. 33) llenos de alegría para comunicar la noticia y su experiencia (v 35).

También el autor del cuarto evangelio quiere, a partir de la aparición del Resucitado en el cenáculo, ofrecer una catequesis mucho más amplia. El relato esclarece en cierto modo cómo las comunidades joánicas comprendían y vivían el domingo. En el capítulo 20, 19-29, indica que «*el primer día de la semana*», el grupo apostólico estaba reunido en el cenáculo con las puertas cerradas por miedo y vuelven a reunirse «*ocho días más tarde*» estando presente Tomás. El pasaje resalta los siguientes

aspectos: al atardecer del primer día de la semana, la paz que el Señor concede a los suyos, la alegría de los apóstoles al ver a su Maestro resucitado, el recuerdo de su pasión cuando muestra sus llagas, la fe de los discípulos, el envío misionero, la donación del Espíritu y el encargo o ministerio de la reconciliación<sup>14</sup>.

En estas apariciones pospascuales, Lucas y el autor del cuarto evangelio ponen de manifiesto la praxis de la Iglesia apostólica de celebrar el domingo e indican los puntos esenciales del mismo con el fin de catequizar a las comunidades existentes entonces y a las futuras generaciones de cristianos. Los relatos ayudan a comprender el sentido auténtico del «*primer día de la semana*» y revelan, al mismo tiempo, el sentido del misterio pascual.

La comunidad cristiana celebra el domingo, la pascua semanal, reuniéndose en nombre de Cristo y experimentando su presencia resucitada. Él reúne a los que durante los seis días de la semana están dispersos y ocupados en sus preocupaciones, anima a los que están tristes y desalentados, como los dos discípulos de Emaús, o a los hombres de poca fe como Tomás. Cristo, presente en la asamblea eucarística dominical, es portador de alegría y paz, concede perdón y reconciliación y envía en misión evangelizadora y a dar testimonio de su Resurrección. Los fieles, por tanto, se reúnen en el día del Señor, renuevan su identidad cristiana en la celebración y vuelven a la dispersión, a sus quehaceres, para continuar siendo testigos del Resucitado en un ambiente muchas veces hostil.

## 2) *La comunidad reunida celebra el Día del Señor*

La historia del origen del domingo y su relación con la Eucaristía es muy interesante, pero no podemos quedarnos solamente en datos, es preciso descubrir en los relatos pascuales el arquetipo de la celebración dominical.

La celebración no consiste solamente en un recuerdo aniversario del día de la resurrección del Señor, sino la actualización del misterio conmemorado. Cristo resucitado está presente como estuvo con sus discípulos en aquellos primeros días de Pascua. El cristiano participante en la celebración eucarística dominical experimenta los mismos efectos de la resurrección cuando transforma en su persona y en su circunstancia lo viejo en nuevo, la tristeza en gozo, el silencio en palabra, la increencia en fe, la duda en certeza, el pecado en perdón, el miedo en testimonio. La pascua continua creciendo y desarrollándose hoy en la Eucaristía dominical cuando Cristo se hace presente, nos habla y nos invita a la mesa de su Cuerpo y de su Sangre; cuando nos compromete en la dinámica pascual de su sacrificio redentor y cuando nos confía la misión evangelizadora en el contexto sociocultural de la sociedad de hoy<sup>15</sup>. De esta forma, la celebración eucarística dominical de hoy es considerada como una prolongación de las apariciones de Cristo a sus discípulos. Lucas, en el relato de Emaús, describe la dinámica teológica y estructural del encuentro cuando habla de la presencia del Resucitado, de la conversación, de la fracción del pan y del testimonio de su experiencia vivida.

Los fieles cristianos realizan en el domingo un gesto profético reuniéndose. Durante los seis días de la semana viven dispersos ocupados en sus preocupaciones laborales, familiares y sociales. Cuando se juntan en el domingo visibilizan el cuerpo de Cristo, la Iglesia. Se encuentran con el Señor resucitado que prometió estar presente donde dos o más se reúnen en su nombre (cf. Mt 18, 20; cf. 20, 20). La convocatoria no es sociológica, sino una realidad teológica desde la fe en Cristo, y se convoca sin distinción alguna de edad, cultura, lengua y nación.

La asamblea dominical es antiquísima; los datos se remontan al mismo evangelio cuando cuenta que el primer día de la semana los apóstoles están reunidos y Cristo resucitado se aparece y comparte con ellos. La Didajé, quizá el documento no bíblico más antiguo, dice que todos los fieles: «*En cuanto al día señorial, el del Señor, cuando os hayáis reunido, partid el pan y dad gracias*»<sup>16</sup>. Justino en el siglo II describe en su primera Apología la celebración de la eucaristía, cuando dice: «*El día que se llama del Sol se celebra una reunión de todos los que habitan en las ciudades o en los campos*». El día llamado del sol es el domingo.

Un testimonio conmovedor y elocuente es el Acta de martirio<sup>17</sup> con el que hemos comenzado. Narra el aprecio que tenía la comunidad cristiana por la reunión dominical. En el interrogatorio se pone de relieve los siguientes aspectos: el ser cristiano, la obediencia a Dios antes que a los hombres, el significado de la reunión

para celebrar el “dominicum”, la lectura de las Escrituras para tenerlas escritas en el corazón. Para ellos era impensable que un cristiano no se reúna con los hermanos para la celebración dominical. La casa de uno de ellos se convertía cada ocho días en Iglesia.

La asamblea dominical convocada por el Resucitado y reunida en su Espíritu, constituye la principal manifestación de la Iglesia. Nunca somos más Iglesia que cuando nos reunimos en este día con nuestros hermanos para participar en la celebración eucarística. Los fieles reunidos son la epifanía de la Iglesia y signo profético de unión ante un mundo dividido.

La Iglesia, como cualquier otro grupo humano, no se edifica a sí misma ni tiene conciencia de lo que es, si no se reúne en asamblea. Sin asamblea no hay vida eclesial, como no existe domingo sin referencia al Señor. Los que no asisten a la asamblea dominical se vuelven lentamente insensibles, desinteresados y se alejan de la comunidad cristiana y, en consecuencia, languidece su fe; por el contrario, los que participan en la reunión dominical expresan su sentido de pertenencia a la comunidad y renuevan su identidad cristiana.

La *Didascalía de los Apóstoles* dice dirigiéndose al obispo: «*Cuando enseñes, manda y persuade al pueblo que sea fiel a reunirse en la iglesia, que absolutamente nunca falte, sino que sea fiel a congregarse, para que nadie disminuya en número a la Iglesia al no acudir a ella y no disminuya en un miembro el cuerpo de Cristo. No os despreciéis, pues,*

*a vosotros mismos y no privéis a nuestro Salvador de sus miembros; no rasguéis y no disperséis su cuerpo; no antepongáis vuestros asuntos temporales a la palabra de Dios, antes bien, dejadlo todo cuando llega el día del Señor y corred con diligencia a la iglesia»<sup>18</sup>*

El no acudir a la asamblea es dispersar el «cuerpo de los miembros de Cristo». La no participación a la celebración dominical se considera como un desprecio al Señor, presente en la asamblea de sus fieles. El que huye de la asamblea divide y mengua el cuerpo de los miembros de Cristo. El fiel que no se reúne en la asamblea dominical realiza un movimiento inverso al operado por el bautismo. Por el bautismo fuimos incorporados en el cuerpo de Cristo muerto y resucitado y entramos a formar parte de la comunidad renacida en el agua y en el Espíritu. El que falta a la asamblea priva al Señor de su presencia y disminuye la vida de la Iglesia de Dios. Por la deserción de un cristiano padece toda la comunidad y el Cuerpo de Cristo es cercenado en uno de sus miembros. Quien no acude a la asamblea se muestra insolidario hacia los hermanos reunidos. Podemos afirmar que para el cristiano acudir a la reunión de los hermanos creyentes es cuestión de vida o muerte. Muestra un individualismo insolidario quien justifica su no asistencia cuando afirma que: «La Misa no me dice nada», «no encuentra sentido», «me aburro» u otras expresiones semejantes. Es necesaria y urgente una pastoral seria del domingo para que ayude a muchos cristianos a pasar de un planteamiento puramente subjetivo a otro más eclesial y objetivo.

La asistencia a Misa el domingo es algo más que el cumplimiento de un precepto o fortalecer el espíritu o encontrar consolación. Es una experiencia de presencia y de encuentro con el Señor y es creencia e incorporación en el misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado. La asamblea dominical educa el espíritu comunitario, hace crecer en la comunión con Cristo y con los hermanos y refuerza el sentido de pertenencia y de fidelidad a la Iglesia.

Los fieles reunidos, deben reflejar la alegría que manifestaron los rostros de los apóstoles al ver al Señor resucitado (Jn 20, 16-18; Lc 24, 32-33; 24,44). Es una alegría pascual que brota del corazón y crea en la celebración un clima de fiesta y serenidad, de paz y comunión. San Jerónimo decía: «No es la fiesta la que provoca la asamblea, sino la asamblea la que provoca la fiesta»<sup>19</sup> ¿Qué imagen de Iglesia ofrecen muchas asambleas eucarísticas dominicales?

### 3). *La comunidad reunida escucha la palabra de Dios*

El domingo es el día especial en que Dios habla a su pueblo y la Iglesia crece y se edifica por la Palabra divina<sup>20</sup>. La asamblea cristiana no es un fin sino un medio para que la comunidad reunida escuche la Palabra divina y parta el pan eucaristizado. El domingo es el día de la palabra de Dios bajo todas sus modalidades y formas, especialmente en la liturgia de la Palabra de la eucaristía.

Antiguamente, Dios habló por medio de los profetas y al llegar la plenitud de los

tiempos envió a su propio Hijo, el que es la Palabra. Él es Palabra de vida (1Jn 1, 1.3) y tiene palabras de vida eterna (Jn 8, 51). Jesús desvela los secretos de la Escritura a los suyos, especialmente a los dos discípulos de Emaús. Les explica e interpreta las Escrituras relacionadas con el Mesías. Comienza por Moisés, sigue por los profetas y los salmos para ayudarles a comprender los acontecimientos ocurridos en Jerusalén. Mientras les hablaba en el camino su corazón ardía y lo reconocieron al partir el pan (Lc 24, 32. 31).

La comunidad cristiana tiene conciencia de su deber de transmitir y predicar la palabra del Señor siguiendo su mandado (Mt 10, 14; 1Co 7, 10-12). Pero esta palabra no es solamente proclamada misioneramente sino también celebrada y comentada litúrgicamente. La comunidad apostólica celebraba la Palabra asistiendo al templo o a la sinagoga, según costumbre hebrea, y también en las reuniones «por las casas». Conocía la importancia que Jesús daba en su vida a la Palabra (Lc 2, 46; 4, 1; Mc 11,11), el puesto que ocupaba en la cena pascual (Jn 13, 17), y el alcance que tenía en las reuniones pospascuales con el Resucitado (Lc 24, 27).

Los primeros cristianos, nos dice los Hechos de los Apóstoles, que «*acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a la oración*» (2, 42). Los apóstoles, que habían visto y escuchado a Jesús, recuerdan a la comunidad reunida sus palabras y ejemplos. Este texto no precisa el día de la semana para la reunión y la escucha de la enseñanza de los apóstoles.

La descripción que hace Justino de la sinaxis dominical cristiana muestra un claro esquema procedente del oficio sinagoga sabático con las adaptaciones cristianas correspondientes. El día de la reunión indica que es el día del Sol, el domingo. La comunidad reunida escucha la palabra de Dios *«en cuanto el tiempo lo permite se leen los recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas. Y a continuación el presidente exhorta a la comunidad a seguir estos bellos ejemplos»*<sup>21</sup>. La palabra de Dios desde los orígenes de la Iglesia hasta hoy forma parte integrante de la celebración eucarística dominical. La Iglesia no ha inventado la liturgia de la Palabra, existía y existe en el judaísmo, solamente la ha incorporado en sus celebraciones con las oportunas adaptaciones según la celebración cristiana.

Tertuliano expresa en breves palabras los efectos que produce en los cristianos cuando reunidos escuchan la Palabra: *«Cuando nos reunimos para escuchar las Escrituras... nutrimos nuestra fe, elevamos nuestras esperanzas, afirmamos nuestra confianza y alimentamos nuestra disciplina»*<sup>22</sup>.

El domingo es el día en el que el Señor se hace presente entre sus fieles, peregrinos por el mundo, y les habla, como hizo con los de Emaús. No se trata de refrescar la memoria de los fieles repitiendo eventos salvíficos de los libros sagrados sino que creer vivamente que Cristo está presente cuando se proclama la palabra de Dios en la celebración<sup>23</sup>. Su presencia no es una teoría abstracta sino una presencia real<sup>24</sup>. La palabra de Dios se actualiza aquí y ahora, de la misma manera cuando Jesús ex-

plicaba sus parábolas a sus oyentes (cf. Mc 4, 32; Mt 13, 36; 15, 15).

La Palabra divina tiene una historia, una dinámica y una pedagogía. Cuando se proclama la Palabra divina en la asamblea los participantes entran de una forma pedagógica en la historia salvífica y se sienten envueltos en su dinamismo. La comunidad cristiana entra en la historia salvífica cuando en domingo se proclama y se actualiza de una forma pedagógica y dinámica en la liturgia de la Palabra.

La estructura es dialógica y pone en juego a Dios y al hombre: Dios habla y el hombre escucha; Dios interpela y el hombre se decide; Dios llama y el hombre responde. Es Dios quien tiene la iniciativa. Antes de responder, se debe escuchar, antes de hablar a Dios, se debe dejar que Dios hable. La palabra de Dios es una palabra incipiente y preparatoria en el AT. una Palabra culminante y personificada en el Evangelio y una palabra continuadora y realizadora hacia la plenitud.

Si los hombres conocemos algo de Dios es porque Dios mismo nos lo ha revelado a través de su Palabra. El domingo es el día en el que Cristo revela sus misterios a la asamblea empleando el lenguaje de los hombres. Comunica al hombre y a la mujer quién es, qué desea de nosotros y cuál es el sentido de nuestra existencia y de nuestra correspondencia. Dios habló y sigue hablando hoy. No hay asamblea cristiana sin la palabra de Dios y no hay celebración eucarística sin la palabra de Dios.

En la asamblea eucarística dominical, la Palabra debe ser proclamada y celebrada, conservada en el corazón y vivida en compromiso. La Iglesia ha puesto al alcance de los fieles los tesoros de la Biblia. Hoy, como nunca, la Palabra divina es abundante, variada y apropiada<sup>25</sup>. Los Leccionarios actuales son una muestra de esta gran riqueza bíblica.

La acción de la Iglesia requiere que toda la comunidad cristiana se sienta ella misma evangelizada en el contacto vivo y personal con el Evangelio y con los demás textos de la escritura. Para la mayoría de los cristianos el único contacto vital con la palabra de Dios es el domingo en el contexto celebrativo de la Eucaristía. Una buena pastoral exige la creación de un clima de atención interesada y una proclamación perfecta de las lecturas para que la semilla de la palabra caiga en tierra fecunda y dé abundante fruto.

La homilía no es palabra de Dios pero forma parte integrante de la dinámica de la liturgia de la Palabra. El único momento de la semana que es instruido el pueblo cristiano es en la homilía. Una buena pastoral exige prestar la máxima atención a la homilía para que enseñe, ilumine y explique debidamente la doctrina de la fe. Es una acción litúrgica y un acontecimiento celebrativo. La homilía debe ser siempre circunstanciada y situada, es decir: adaptada a las necesidades de los participantes. La homilía debe ser preparada con particular cuidado por el estudio y la oración; debe expresar fielmente el contenido de la palabra de Dios en relación con los

interrogantes y la vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo<sup>26</sup>

Por otra parte, el sacrificio eucarístico forma una unidad con la liturgia de la palabra de Dios, de manera que la fe necesaria para celebrar el sacramento eucarístico, es la misma que se nutre de la misma Palabra. La palabra de Dios, proclamada y explicada por la Iglesia en la celebración eucarística conduce a la acción de gracias por excelencia, al sacrificio de la alianza y al sagrado banquete. En este sentido la Iglesia y cada uno de los fieles, progresan en la fe y caridad, gracias a la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo.

4) *La asamblea dominical participa en la «fracción del pan»*

Jesús resucitado no sólo explica las Escrituras a los dos discípulos de Emaús sino que sentado en la mesa con ellos en el atardecer del primer día de la semana, parte el pan.

La comunidad cristiana, desde sus orígenes, se reúne en el día del Señor para participar en la cena del Señor, cumpliendo su mandato: «*Haced esto en memoria mía*» (Lc 22, 19). La Iglesia desde entonces nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual, celebrando la Eucaristía<sup>27</sup>. La Iglesia de Dios en Jesucristo alcanza su máxima expresión en la asamblea dominical para celebrar la Cena del Señor (cf. 1 Cor 11, 20).

Pablo por su paso por Tróade conversa largamente con la comunidad reunida el

primer día de la semana para la fracción del pan (Hch 20, 7-12). La Didajé manda: «*Reunidos cada día del Señor, romped el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro*»<sup>28</sup> (cf. XIV, 1). Justino explica al emperador lo que es y significa la eucaristía para los cristianos. Describe luego, la liturgia dominical con sus partes<sup>29</sup>.

La Eucaristía es el memorial litúrgico-ritual de la verdadera Pascua de Cristo en continuidad con el rito pascual de la última Cena. Es el sacrificio pascual que contiene en el rito aquella pascua verdadera que trajo la redención al mundo, según la definición tridentina. Se trata de la actualización del misterio de nuestra redención y de la renovación de la Alianza entre Dios y el hombre.

La eucaristía no consiste en un simple recuerdo de una realidad pasada, ni en un aniversario de un suceso lejano, sino de un verdadero memorial actualizante, de un recuerdo eficaz que hace presente el acontecimiento que salva. Se conmemora el pasado histórico-salvífico, se actualiza este pasado en el presente misterico-sacramental y se anuncia, por el pasado y desde el presente, un futuro pascual y escatológico. Cuando la comunidad celebra la Eucaristía en el domingo no hace sino prolongar la obra redentora de Cristo; a través de aquel mismo rito pascual que tuvo lugar en la última Cena y con el mandato de repetirlo hasta que él vuelva. La Eucaristía es la Pascua permanente que vive la Iglesia.

La Eucaristía es siempre y, sobre todo en el domingo, acción de gracias al Padre por toda la historia salvífica, centrada y unificada en el misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado. La acción de gracias es un signo de aceptación y de reconocimiento de los dones recibidos. Dar gracias a Dios es reconocer su plan de salvación y aceptar que él está cerca del hombre con su presencia salvífica. Dar gracias a Dios es reconocer su bondad y misericordia, su amor y salvación. Estamos habituados a dirigirnos a Dios para pedir, es preciso aprender en la escuela eucarística a saber agradecer a Dios sus dones salvíficos. El don de la presencia sacramental de Cristo que Dios Padre en el Espíritu nos concede en la Eucaristía, sólo tiene una respuesta digna: «*te damos gracias, Señor*».

Sin embargo, no consiste solamente decir gracias, es necesario sentir el corazón agradecido por la historia de la salvación y, sobre todo, por la presencia sacramental-mística de Cristo bajo las especies de pan y vino. La gratitud es la respuesta más profunda y adecuada que el cristiano puede dar al Dios de la Pascua. El diálogo, previo al prefacio, indica la actitud de acción de gracias que la asamblea debe tener en este momento de la Eucaristía.

La memoria-agradecida se convierte en admiración. Admirar el misterio no consiste en explicarlo, ni reducirlo a las categorías de la razón, es dejarse poseer de su grandeza y estar dispuesto a acogerlo en el fondo del corazón. Para admirar el misterio hace falta ser capaz de contemplarlo y dejarse cautivar por su magnificencia.



De la admiración brota una gama variada de sentimientos. La contemplación del misterio pide tener los ojos de fe y el corazón de niño para que lo inexplicable se manifieste y lo escondido se revele. El misterio no son las palabras, ni los signos, sino lo que ellos significan o la realidad a la que remiten.

No es posible celebrar la Eucaristía, Pascua de Cristo y de la Iglesia, sin sentirse implicado. La Pascua celebra el paso de Cristo de este mundo al Padre muriendo y resucitando, tránsito por el que la humanidad ha sido salvada y liberada. La participación en este acontecimiento consiste en insertarse y sumergirse en su dinámica salvadora, que obliga a pasar personalmente del pecado a la gracia, del egoísmo a la donación, de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz. La Eucaristía es, en este sentido, una verdadera transformación en Cristo y con Cristo. No es sólo el recuerdo de una liberación pascual pasada, ni la prenda de una liberación futura de todo pecado; es también la realización de una liberación pascual presente, el paso real y eficaz de la salvación que exige en el proceso personal pasar del hombre viejo para revestirse del hombre nuevo en Cristo.

El participante a la Eucaristía, hace suyo el sacrificio de Cristo, lo asume, sintoniza con él, lo ofrece al Padre y él mismo se incorpora a ese movimiento de oblación, como afirma la Constitución dogmática sobre la Iglesia cuando dice que los fieles *«participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella»*<sup>30</sup>.

La Eucaristía dominical tiene, además, otra dimensión fundamental, a saber: *«Ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima eucaristía»*<sup>31</sup>. La Eucaristía edifica la Iglesia como comunidad pascual del Señor. La comunidad reunida hace la Eucaristía, pero la Eucaristía hace a la Iglesia. La Eucaristía va edificando a la comunidad pascual. Ésta celebra la Eucaristía, pero la Eucaristía hace que vaya madurando como comunidad del Resucitado.

La Eucaristía, memoria sacramental y participación en la pascua de Cristo, tiene en el domingo su máxima significación. No es iniciativa nuestra, sino de Cristo y de su Espíritu que nos congrega y nos envuelve en el movimiento pascual. Es algo más que un precepto cumplido o una pedagogía educadora de la fe, es entrar en la dinámica salvadora y participativa en la Cena pascual del Señor en la que *«se hacen de nuevo presente la victoria y el triunfo de su muerte»*<sup>32</sup>; es el signo sacramental más profundo y completo de su presencia en medio de la comunidad cristiana. En la Eucaristía se renueva una y otra vez la Alianza realizada en el misterio pascual de Cristo para que participemos en el sacrificio de la Cruz y en su victoria, y nos alimentemos con su Cuerpo y Sangre.

La Eucaristía dominical no es un acto cualquiera. No se trata de una práctica piadosa que puede dejarse o aceptarse a tenor del gusto personal o de los resortes psicológicos del día o del momento. No celebramos nuestra santidad o nuestra fidelidad o nuestra fraternidad, celebramos

la presencia continuada de Cristo muerto y resucitado. No celebramos el deber o una idea, sino a una Persona viviente, Cristo Jesús. Y la Eucaristía es el signo sacramental más profundo y completo de su presencia en medio de la comunidad cristiana. Se trata de una celebración en la que se pone de relieve nuestra identidad cristiana, nuestra pertenencia a la Iglesia y nuestra creencia.

La resurrección y las apariciones de Cristo han sido la razón principal de la unión *del primer día de la semana* con la celebración de *la fracción del pan*. Aparecen tan unidos que puede decirse que no existe el uno sin el otro, o que existe el uno porque existe el otro. No hay domingo, el Día del Señor, sin Eucaristía, ni Eucaristía que no sea del Señor resucitado. No hay Iglesia sin reunión dominical, como no hay domingo sin reunión eclesial. Si se dice que la Eucaristía hace a la Iglesia, también podemos decir que es el domingo el que hace a la Iglesia.

La asamblea eucarística semanal es signo de la identidad cristiana. Expresa y alimenta los mejores valores de la fe. La Iglesia ante la sociedad secularizada tiene un reto: hacer que el domingo sea vivido en clave cristiana por todos los bautizados. Si se pierde la conciencia del domingo y de su celebración eucarística se pierde también la fe, la identidad cristiana y la pertenencia a la Iglesia..

La Eucaristía es una gran escuela de pedagogía donde la Iglesia y cada uno de los fieles aprenden domingo tras domingo a

ser Iglesia con los demás hermanos creyentes, a orar la Palabra escuchada, a dar gracias por el pan partido y compartido, a contemplar el misterio de la presencia de Cristo muerto y resucitado, y a ofrecer al Padre a Cristo y a ofrecerse con él. Es una escuela en la que se aprende a crecer en la fe, en la solidaridad y en el testimonio de lo que se ha celebrado.

El domingo es algo más que incluir obligatoriamente la Eucaristía en el programa de fin de semana. Es todo un estilo de vida pascual que se adquiere en la celebración eucarística semanal y se prolonga fuera de la celebración en la cotidianidad de la vida. Es un estilo de vida pascual que se refleja en el rostro de los fieles cristianos por haber experimentado la alegría de la presencia del Resucitado. Es un estilo de vida pascual que se manifiesta en la caridad y solidaridad hacia los hermanos más necesitados o marginados de la sociedad.

El domingo es a la vez memoria de la Pascua inicial y profecía de la Pascua futura. Termino con las palabras del Prefacio cuando dice: *«reunida, la comunidad cristiana en el domingo, en la escucha de la Palabra y en la comunión del pan único y partido, celebra el memorial del Señor resucitado, mientras espera el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en tu descanso»*<sup>33</sup>

*d.- El día del Señor es también el día del hombre*

La Eucaristía no es la única característica del domingo cristiano, pero sí la más representativa e importante del Día del

Señor. Encierra en sí otros valores de la vida humana y cristiana que enriquecen y complementan el día del Señor, por ejemplo: la caridad y la solidaridad, la alegría y el descanso, la misión y la evangelización.

### 1). *Día de la caridad solidaria*

Los primeros cristianos no sólo oraban en común y partían el pan, sino que compartían los bienes (Hch 2,44-47; 4, 32-37). De este modo la Eucaristía dominical se prolongaba en una serie de actitudes y de obras que movían a admiración e invitaban a compartir la misma fe y caridad. San Pablo invitó a los fieles de Corinto a ahorrar una cantidad “*cada día de la semana*» con destino a los pobres de la comunidad de Jerusalén (1Co 6, 21), Pablo reprocha también a la comunidad de Corinto por su poca solidaridad con los que pasan hambre en el ágape fraterno (1Co 11, 20-22). Santiago, por otro lado, tiene palabras muy duras con los que en la asamblea hacen distinciones entre ricos y pobres (St 2, 2-4). La solidaridad cristiana es signo de la generosidad del mismo Cristo.

Las enseñanzas de los apóstoles han encontrado un eco en las comunidades cristianas. Algunos Padres de la Iglesia han criticado con duras palabras las actitudes de algunos cristianos que olvidan las enseñanzas de Jesús y de los apóstoles<sup>34</sup>.

La fe en el Señor resucitado y la misión evangelizadora se concretizan de una manera privilegiada en el servicio de la caridad. Si el fruto de la Eucaristía es la configuración con Cristo, la atención a los

hermanos es, sin duda alguna, uno de los signos más transparentes de su eficacia. La Eucaristía convierte la fraternidad creyente en solidaridad cristiana.

La caridad fraterna y la solidaridad con los necesitados, en cualquiera de sus manifestaciones, por ejemplo: la ofrenda de dinero en la colecta, los gestos y compromisos más persistentes en favor de los pobres, de los enfermos y de los marginados, constituyen sin duda alguna en los signos más evidentes de la participación activa y fructuosa en el Sacrificio eucarístico. La participación eucarística lleva consigo el compromiso evangélico con los hermanos.

La Eucaristía de los domingos no nos aleja de los deberes de caridad, sino que nos compromete más. Podemos afirmar que ella es la gran escuela de caridad, justicia y paz. La presencia del Resucitado en la comunidad cristiana suscita en el corazón del creyente el compromiso de solidaridad y promueve la cultura del compartir entre los más necesitados.

### 2). *Día de alegría.*

No se trata solamente de participar festivamente en la eucaristía dominical y descansar el domingo, sino de vivir en fiesta y en pleno sentido pascual toda la jornada dominical. La constitución litúrgica del Vaticano II incluye en el número 106, dedicado al día del Señor, esta idea cuando dice: «*el domingo es la fiesta primordial que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo*».

El fundamento de esta alegría proviene del mismo día de la resurrección de Cristo. El primer día de la semana, los discípulos experimentaron la presencia del Resucitado y se llenaron de alegría (Jn 20,20; cf. Jn 17, 13). El gozo pascual llenó de felicidad sus corazones y sus rostros tristes se transformaron en alegría. La alegría pascual inundó su vida y su misión. Desde aquel día todos los domingos quedaron para siempre contagiados del gozo pascual. La Iglesia desde entonces, cuando celebra festivamente el día del Señor, experimenta el gozo pascual y hace que la comunidad cristiana se alegre en el Señor.

Pablo exhorta a los filipenses a vivir en alegría permanente cuando dice y repite: «Estad alegres» (Flp. 4, 4; 1 Tesal. 5. 16). La alegría cristiana es uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. Rm 14, 17; Gá 5, 22). El día del Señor es considerado como el día de la comunión en el espíritu de la alegría. En este día no se admite la tristeza según el libro de las Constituciones Apostólicas, cuando dice: «*El domingo estad siempre alegres porque el que se aflige en domingo comete un pecado*»<sup>35</sup>

El carácter alegre-festivo de la Eucaristía también se manifiesta en algunos gestos apropiados. En este día «se dejan de lado los ayunos, se ora estando de pie como signo de la resurrección y se canta el aleluya»<sup>36</sup>

El Código de Derecho Canónico confirma el sentido de fiesta que tiene el domingo cuando dice: «*El domingo, los fieles se abstendrán de aquellos trabajos*

*y actividades que impidan dar culto a Dios, gozar de la alegría propia del día del Señor...*» (c. 1247).

La razón fundamental del carácter alegre del domingo proviene de la Resurrección del Señor. Vivir todo el domingo en alegría cristiana constituye un acto de culto a Dios en gratitud por su obra creadora y, sobre todo, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

Los fieles cristianos no pueden permitir que la sociedad de hoy vacíe el domingo de la alegría pascual y la sustituya por otras alegrías superficiales. La Iglesia hace de la alegría dominical un gesto profético en Cristo resucitado y demuestra al mundo entero que la fe de los cristianos no es triste sino gozosa porque el domingo «*es el día que hizo el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo*» (Sal 117).

El domingo para muchas personas es un día sin demasiado sentido e incluso experimentan tristeza y frustración. Se habla del síndrome del domingo. No se puede culpar al domingo de este síndrome. Lo que hace este día es poner de manifiesto la vaciedad de ideales y la pobreza de valores de la sociedad de hoy. Para algunos, si no existiera el fútbol, este día sería insoportable. Otros buscan evasiones de alegrías pasajeras y vacías de sentido que dejan el corazón insatisfecho y quizá lleno de amargura. La alegría pascual brota de dentro del corazón creyente y tiene la misión de crear espacios de serenidad y paz, de equilibrio psicológico y armonía.

La celebración eucarística dominical necesita un tono alegre y festivo. La misma forma de celebrar debe crear un clima festivo en el que el canto sea participado y los gestos y movimientos sean signos expresivos del gozo pascual. San Jerónimo decía: «*No es fiesta la que provoca la asamblea, sino la asamblea la que provoca la fiesta: verse juntos los unos con los otros es la fuente de la mayor alegría*»<sup>37</sup> No se trata de una fiesta folclórica o desbordante, pues la Eucaristía es una celebración seria y contagia la alegría pascual.

### 3). *Día de la liberación del trabajo*

En los primeros siglos de la Iglesia, la reunión de los fieles era la nota dominante del domingo cristiano, hoy es el día del descanso. A Misa no van todos, pero todos descansan en domingo, como se dice vulgarmente.

Hasta el cuarto siglo el domingo no tuvo como característica el descanso. Antes de este siglo los cristianos daban al domingo un tono festivo participando a la celebración eucarística. Se recomendaba dejar los trabajos mientras duraba la celebración<sup>38</sup>. La Didascalia de los Apóstoles insiste en dejar los trabajos y acudir a la iglesia: «*No antepongáis vuestros asuntos temporales a la palabra de Dios, antes bien, dejadlo todo cuando llega el día del Señor y corred con diligencia a la iglesia*»<sup>39</sup>. El resto del día se dedicaba al trabajo. La Eucaristía era vivida festivamente y la alegría pascual se prolongaba durante toda la jornada. El día del Señor era un día cúlrico y laborable a la vez.

El emperador Constantino, a principios del siglo IV, declara festivo el día que era al mismo tiempo día del Sol y de Cristo, el Kyrios. Las decisiones imperiales a este respecto no despertaron de momento gran entusiasmo entre los pastores de la Iglesia. No faltaron, sin embargo, algunos que consideraron providencial la norma del emperador porque permitía celebrar mejor el día del Señor.

Hoy el descanso dominical, prolongado con el fin de semana, es una realidad más social que religiosa. El descanso supone reparar las fuerzas físicas después de una semana de trabajo y recuperar la liberación psicológica; favorece el desarrollo de la dignidad humana y el equilibrio interior de la persona. Para los cristianos, además de todos estos valores humanos, tiene el supremo valor que es el carácter pascual. Los judíos descansaban y descansan el sábado en memoria del descanso de Dios en la obra de la creación y en memoria de la liberación de la esclavitud faraónica; los cristianos descansan en memoria de la nueva creación, la resurrección de Cristo, y en memoria de la liberación de la esclavitud del pecado. El primer día de la semana, domingo de Pascua, ha hecho domingo a todos los domingos del año.

El descanso dominical es, además, un signo de liberación humana. Liberados por Cristo en su Pascua nos sentimos un día a la semana libres del trabajo cotidiano. El trabajo es para muchos una dura servidumbre, ya sea por las miserables condiciones en que se realizan, ya sea

por los casos de injusticias o de abusos por parte del mismo hombre. Es preciso que todos puedan disfrutar un día a la semana, el domingo, del descanso que es necesario a la dignidad de la persona y pueden dedicar la jornada a las exigencias religiosas, familiares y culturales. El derecho al descanso presupone el derecho al trabajo. Muchos hombres y mujeres por falta de trabajo hoy se ven obligados a la inactividad, incluso, en los días laborables.

Por medio del descanso dominical, las tareas cotidianas con sus preocupaciones encuentran el momento propicio de ser olvidadas para dar paso a los valores del espíritu y de la amistad, a los valores culturales y naturales. Es el momento del encuentro con la belleza de la naturaleza y de otros aspectos de la propia vida. El cristiano está llamado a vivir todos estos valores humanos conjugándolos con su fe personal y comunitaria, manifestada en la Eucaristía y en la santificación del día del Señor.

Para que el descanso no sea algo vacío o motivo de tedio debe estar acompañado de actividades que se puedan elegir entre los medios culturales y entre las diversiones que la sociedad ofrece y estén en conformidad para los fieles cristianos con el evangelio. El descanso dominical tiene una dimensión profética cuando afirma no sólo la primacía absoluta de Dios, sino también la primacía y la dignidad de la persona. El día del Señor es también el día del hombre.

### 5.- *Revalorización pastoral del Día del Señor*

#### a). *Recuperar la centralidad del domingo en la pastoral*

Es imprescindible que los fieles católicos tengan una conciencia clara del significado pascual del domingo y de su dimensión eclesial y humana. Sólo así se comprenderá la importancia del domingo como fiesta primordial de la Iglesia.

Supuesta esta base, se debe recuperar el significado pascual y festivo del domingo. La novedad cristiana del domingo hay que descubrirla no en la obligación de acudir a la Eucaristía, sino en el hecho de que el Señor resucitó y se manifestó a los suyos en el primer día de la semana. Por este motivo, el Día del Señor está marcado por la actuación salvífica de Dios, por su significado decisivo para la fe y por su celebración en la Iglesia.

El domingo da una extraordinaria importancia a la reunión eucarística. En ella se evoca, se actualiza y se revive la presencia de Jesús entre los suyos. No se trata simplemente de ir a Misa para cumplir con un precepto de la Iglesia, sino que el domingo, es, ante todo, un don de Dios a su pueblo y como tal se debe recibir, celebrarlo y vivirlo. El documento de la Comisión Episcopal de Liturgia del 1981 es muy claro a este respecto cuando dice: *«Aunque es justo reconocer que existe un gran empeño en significar la celebración eucarística como centro que es del domingo, ésta, sin embargo, es solo una parte del día del Señor.»*

La transformación de nuestra sociedad, cada día más secularizada, exige que se acentúe en la conciencia de los cristianos la identidad específica del domingo como fiesta primordial de la Iglesia.

Ante el fenómeno generalizado del fin de semana, habrá que realizar un esfuerzo para integrar, con una buena dosis de imaginación pastoral, los valores latentes en la forma secular de vivir el domingo con la visión cristiana del día del Señor.

Nuestras comunidades cristianas necesitan descubrir y vivir la mística del domingo cristiano. Los pastores deben ser los portadores y comunicadores de esta mística a los fieles. Sin místicos del domingo el número de fieles irá disminuyendo en nuestras iglesias. Oímos quejas y lamentos por este descenso de participantes, y nos preguntamos ¿qué hacemos y cómo celebramos y qué decimos en la homilía? ¿No tenemos los pastores parte de culpa en este descenso?

No podemos cerrar los ojos ante la realidad ni permanecer satisfechos por el reducido número de personas que van a Misa el domingo. El domingo interpela nuestro estilo de celebrar, de vivir la Eucaristía y de orientar a los fieles a vivir el Día del Señor.

Los pastores debemos ayudar a los fieles a realizar un triple paso: 1. del sentido moral del domingo al sentido pascual; 2. de la asistencia rutinaria a la activa, plena y fructuosa participación y 3. de la con-

ciencia de individuo o de grupo a la conciencia de Iglesia.

Por la historia sabemos que el domingo antes de ser un precepto fue un sentido de identidad. El cristiano tiene necesidad del domingo y no puede vivir sin celebrar el día del Señor, como afirmaban los mártires de Abitinia.

La pastoral de la revitalización del domingo debe comenzar en la catequesis de preparación a los sacramentos de la Eucaristía y de la Confirmación. La misma celebración eucarística dominical debe ser un icono de todo el domingo.

#### *b). El precepto dominical*

El día del Señor engloba toda la jornada y exige vivirlo desde la fe cristiana. Se plantean, sin embargo, una serie de interrogantes sobre el precepto de participar a la eucaristía y el precepto del descanso laboral.

Muchos pastores ven que sus iglesias quedan vacías en domingo y pueden caer en la tentación de asustarse por la notoria disminución de asistencia o de idealizar en exceso los tiempos pasados. Es verdad que en las últimas décadas ha disminuido la asistencia. La comunidad cristiana ha tenido siempre que luchar contra la tentación de faltar a la convocatoria dominical. Es un fenómeno histórico.

Ya en la carta a los Hebreos (10, 24-25) se llama la atención para que nadie falte a la reunión eucarística del domingo: «*Fijémonos los unos en los otros para estímulo de*

*la caridad y las buenas obras, sin abandonar vuestra propia asamblea, como algunos acostumbran hacerlo...».* A principios del s. IV, en Elvira, cerca de Granada, se urge la obligatoriedad de la Eucaristía dominical de una forma más canónica: «*Si alguien falta a ella, sin motivo, durante tres domingos seguidos, sea excluido temporalmente de la comunidad eclesial como castigo medicinal por su dejadez*». La novedad de este concilio está en la sanción que se impone por no asistir.

Son frecuentes las quejas de los santos Padres sobre la falta de asistencia. San Agustín habla en un sermón de cómo disminuye el número de los cristianos en la iglesia el día que han acudido a la ciudad el circo o una compañía de teatro. Muchos prefieren la calle y el espectáculo que la iglesia.

Es cierto que hoy las iglesias están menos concurridas que antes, pero también es verdad que hoy se participa mejor en la celebración eucarística. La celebración eucarística da sentido pascual y festivo a toda la jornada, pero no es el único valor del domingo, ni el único momento en que debemos celebrar el día del Señor.

Es una lástima que muchos cristianos conocen del domingo sólo el precepto de asistir a Misa y de no trabajar sin revalorizar los otros aspectos que dan colorido pascual a todo el día. Se trata de presentar la Eucaristía no como una obligación impuesta desde fuera, sino como una exigencia del bautismo que nace de la identificación cristiana.

La comunidad cristiana está urgida a celebrar la Eucaristía como signo expresivo de su pertenencia al Señor, como Pueblo de salvados y liberados. No es cuestión de un deber jurídico o de una pedagogía religiosa; se trata de las raíces teológicas del mismo Cristo resucitado. La Eucaristía del domingo no es importante porque sea precepto sino que es de precepto porque es importante.

Hoy debe hablarse de la obligación tanto en la catequesis como en otros momentos de formación. Recordar la obligación tiene su pedagogía y ayuda a comprender las raíces de la misma identidad cristiana. El precepto no es algo extrínseco, sino vital y coherente con el propio ser. Así, la memoria del precepto pone de relieve la importancia del domingo. Es necesario recordar de cuando en cuando lo que es esencial en la vida cristiana, pues se olvida con frecuencia. El cristiano, además, está sometido a fuertes presiones y propagandas contrarias a los principios del evangelio. Lo que no se concreta en una formulación o en un compromiso se esfuma o se olvida fácilmente. Hoy es útil que se recuerden los puntos más esenciales y vitales de nuestra fe, como es el día del Señor.

No se puede estar a merced de nuestro gusto o de si sentimos o no necesidad de ir a Misa. En las relaciones de amistad o de contrato de trabajo o de estudio no regulamos nuestra conducta siguiendo los impulsos del estado de ánimo del momento o de si el cuerpo lo pide o no. Hay una exigencia de responsabilidad. En el domingo existe la exigencia de nuestra



identidad cristiana y de fidelidad bautismal por encima de todo. El Episcopado español en su documento de 1981 sobre el domingo dice: *«El precepto tiene un valor pedagógico para ayudar a vencer la pereza, el olvido y el abandono, contribuyendo al descubrimiento del auténtico sentido de la ley interior del cristiano que debe obrar, no por imperativos legalistas, sino movido por el amor y la fidelidad al Señor»*. El precepto es una ayuda que nos recuerda el valor que encierra la Eucaristía para que no se descuide sin merma grave de nuestra fe cristiana.

La participación eucarística no es una cuestión indiferente en la vida litúrgica de la comunidad. El fiel católico que deja de participar en la Eucaristía dominical puede modificar sustancialmente el grado de vinculación efectiva a Cristo y a la Iglesia. No se trata de identificar practica dominical con pertenencia a la iglesia, sino de comprender que la pertenencia a la Iglesia puede correr peligro por la falta de participación en la vida de la comunidad cristiana y en la celebración eucarística del domingo.

Además, cada día es más difícil vivir la fe en solitario, y sin el apoyo de una comunidad. Hoy es más necesario sentirse apoyado por los demás creyentes mientras existen fuertes presiones en contra de la identidad cristiana por parte de la sociedad secularizada.

Hay muchos que dicen: Dios: sí; Iglesia: no. Es un slogan exponente de una conciencia no formada del todo.

¿Por qué estos términos alternativos? La Iglesia para ellos es estructura, clero, preceptos, y uno de ellos es el de oír Misa, como se dice vulgarmente. Y, sin embargo, la vinculación a Cristo pasa por la pertenencia a la Iglesia de Jesús. Esto exige de todos un esfuerzo añadido para que la Iglesia sea de veras un signo transparente de Cristo en la sociedad.

A pesar de la reforma litúrgica, la celebración dominical todavía se considera como utilitario, y no con el sentido de gratuidad. La excesiva acentuación de elementos secundarios por intereses más o menos sentimentales o propagandísticos, limita la eficacia verdaderamente evangelizadora del año cristiano y pone en peligro el verdadero sentido de la celebración central de la fe.

Un esfuerzo para reorganizar la pastoral dominical que se ha preocupado más por garantizar y facilitar el mayor número posible el cumplimiento del precepto dominical. Las Misas dominicales, siendo que ha disminuido el número de participación, no ha disminuido en proporción. O se han multiplicado con el peligro de fraccionar la comunidad y el cansancio que supone para muchos presbíteros, en detrimento de la calidad de su presidencia y de poder realizar otras actividades propias del domingo (visita a los enfermos, celebración de la Liturgia de las Horas con los fieles, el mismo descanso del día del Señor).

«*El primer día de la semana*» y «*el séptimo día*»

El *primer día de la semana* es el día siguiente del sábado judío. Esta expresión bíblica da al domingo un doble significado: el primer día Dios inicia la creación del mundo y en este mismo día primero Cristo resucita y comienza la nueva creación. Los Padres de la Iglesia hacen ver la coincidencia en el primer día de la semana la creación y la resurrección.

Los evangelistas, que no son propensos a facilitar detalles cronológicos precisos, han tenido un cuidado especial en señalar el día de la resurrección. Este interés responde a la intencionalidad de evidenciar la importancia y la singularidad que tenía el domingo en la vida de la Iglesia. Cuando narran los signos mesiánicos realizados por Jesús, nunca precisan el día de la semana, a no ser el sábado por causa de la polémica con los fariseos, sin embargo, subrayan con insistencia que la resurrección de Cristo tuvo lugar el primer día después del sábado (Mt 28,1; cf. Lc 24, 1; Jn 20, 1). En mismo día, el Resucitado se aparece a las mujeres y a los suyos (Mt 28, 9-10; Mc 16, 9-13; Lc 24, 13. 35; Jn 20, 14-23) y se manifiesta a los dos discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 12-35). Ocho días después vuelve aparecerse a los discípulos estando con ellos Tomás. (Jn 20, 26-29). El día de Pentecostés es primer día de la octava semana después de la pascua judía (cf. Hch 2, 1). Este mismo día Pedro proclama públicamente la resurrección de Jesús, anuncia la unión de los dispersos y se realizan los primeros bautismos. Pentecostés es la epifanía de la Iglesia en cuanto pueblo congregado en unidad.

El primer día de la semana es para los discípulos un día imborrable y de sorprendente novedad. En este día contemplaron el sepulcro vacío y vieron a Jesús resucitado de entre los muertos. El domingo cristiano quedó definitivamente marcado por aquella experiencia singular que vivieron los primeros discípulos de Jesús. A partir de la Resurrección, la comunidad apostólica se reúne cada ocho días, el primer día de la semana, para hacer memoria del Resucitado y celebrar la pascua semanal.

El libro de los Hechos de los Apóstoles (20, 7-12) narra que Pablo, estando en Tróade, se reúne con la comunidad cristiana «*el primer día de la semana*» para «*la fracción del pan*». La presencia de Pablo constituye un hecho extraordinario, mientras la reunión y «*la fracción del pan en el primer día de la semana*», parece un acto habitual y ordinario de la comunidad<sup>40</sup>. Según Pablo (1Co 10, 16) la expresión «*la fracción del pan*» significa la Eucaristía. La comunidad, reunida el primer día de la semana, celebra la Eucaristía. A mediados del primer siglo parece que la comunidad tiene la costumbre de reunirse «*el primer día de la semana*», el domingo, para celebrar la Eucaristía.

En el NT no existe una declaración oficial y expresa de la institución del domingo, y sin embargo, la comunidad cristiana tiene conciencia que debe reunirse el primer día de la semana para celebrar semanalmente la memoria del Resucitado. La resurrección y las apariciones de Cristo, acontecidas en el primer día de la semana, constituyen el motivo principal por el que

se introdujera la costumbre de la reunión cultual. Desde el principio, el domingo y la Eucaristía aparecen tan relacionadas entre sí que se puede decir que no existe el uno sin el otro, o que existe el uno porque existe el otro. No hay, en verdad, día del Señor resucitado sin Eucaristía, ni Eucaristía que no sea memorial pascual del Señor resucitado<sup>41</sup>.

Por otro lado, los autores cristianos observan que la resurrección de Cristo y el comienzo de la creación del mundo (Gén 1, 3-5) coinciden en el primer día de la semana, y dan su interpretación<sup>42</sup>. La Iglesia canta en domingo el himno del oficio de lectura, que dice: «*Primo dierum omnium/ Quo mundus exstat conditus/ vel quo resurgens Conditor nos, morte victa, liberat*»<sup>43</sup>, en él se pone de relieve la resurrección y la creación, como sucede en la vigilia pascual.

Cristo, primogénito de toda la creación, inaugura con su Resurrección una nueva era de la historia y este día queda señalado con absoluta prioridad sobre los demás. El domingo da al mundo un tono festivo porque la naturaleza cósmica se ha revestido de luz y de nueva historia. La pascua de Cristo resplandece con una nueva luz y llena de alegría el universo entero. El primer día de la semana hace memoria del inicio de la creación y de la resurrección de Cristo. Los Padres testimonian ya una práctica consolidada<sup>44</sup> y fundamentan el domingo en la resurrección del Señor.

El domingo es, además, el día señorial dedicado al Señor y su presencia llena la

tierra. La expresión: «*día señorial*» aparece por primera vez en el *Apocalipsis* (1,10). Juan, desterrado en la isla llamada Patmos, cayó «*en éxtasis el día del Señor*» o el día señorial» (=kyriaké hemera).

La expresión bíblica no es nueva. En el AT. el día de Yavhé, es el día decisivo del juicio y de la salvación, en cambio, en el NT. se emplea en forma adjetivada (día señorial) para referirse al día que resucitó el Señor.

La Didajé, con cierto tono enfático de repetición, dice «cada (día) señorial» se reúne la comunidad (=Kata kyriaken tou Kyriou), «in qualibet dominica Domini». La expresión aparece claramente en un contexto cultual. El Señor (=kyrios) es un título atribuido a Jesús en cuanto resucitado por el Padre (cf. Rm 1, 4; 10, 9; Fil 2, 11). Pedro, en el día de Pentecostés, proclama que Cristo ha resucitado y Dios lo ha constituido Señor y Cristo (Hch 2, 36).

El domingo como día del Señor centraliza por una parte la anámnesis del Señor y, por otra, la dimensión eclesial de la comunidad convocada para la cena del Señor. Los textos de *Apocalipsis*, de la Didajé y de la carta de Ignacio a los Magnesios ponen de relieve que el domingo, el día «señorial» (kyriaké heméra), es el día en que los discípulos de Jesús se reúnen para celebrar la fracción del pan o la cena del Señor (1Co 11, 20). La relación entre día del Señor y la cena del Señor marca toda la historia del domingo. En este día la Iglesia se manifiesta bajo el signo de asamblea,

aspecto epifánico, y celebra la victoria de Cristo resucitado aspecto pascual.

La denominación «día del Señor» evoca un triple aspecto: el memorial de la resurrección celebrado en la fe; la espera del retorno del Señor y la reunión cristiana para escuchar la palabra de Dios y dar gracias a Dios Padre por el misterio pascual de su Hijo, actualizado en el sacramento eucarístico. Es la nueva forma de presencia del Señor resucitado entre nosotros.

#### *El octavo día*

Por otro lado, el hecho de que el sábado hebreo fuera el séptimo día de la semana llevó a considerar el día del Señor a la luz de un simbolismo complementario, muy apreciado en la antigüedad. El domingo, además de ser el primer día, es también el octavo día que no sólo evoca el inicio del tiempo sino también su final.

El primer día de la semana es a la vez el «octavo día»<sup>45</sup>. Los escritores cristianos ven en esta expresión un doble sentido: pascual-bautismal y escatológico. Algunos autores se fundamentan en el texto de san Juan (20, 26): *«a los ocho días después, el Resucitado vuelve a aparecerse a los suyos»*, o en el número de ocho personas salvadas en el arca de Noé (1P 3,20-21), en cambio, otros se apoyan en la circuncisión, realizada a los ocho días del nacimiento, o al día octavo del bautismo cuando los neófitos se despojaban de las vestiduras blancas. En ambas interpretaciones se subraya siempre el contenido bautismal y el sentido de espera escatológica, la vuelta del Señor en el día definitivo y eterno.

En el Diálogo con Trifón, Justino reflexiona sobre la primera carta de s. Pedro y recuerda que en tiempos de Noé, se salvaron ocho personas en el arca y dice:

«En efecto, el justo Noé, con los demás hombres del diluvio, a saber, su mujer, sus tres hijos y las mujeres de sus hijos, ocho en número representaban el día que por su número es octavo, en que apareció nuestro Cristo, resucitado de entre los muertos, aunque por su virtud sigue siempre día primero. Y es así que Cristo, primogénito que es de toda la creación, vino también a ser principio de un nuevo linaje, por él regenerado con el agua, la fe y el madero, que contenía el misterio de la cruz, al modo que también Noé se salvó con los suyos llevado en el madero del arca sobre las aguas»<sup>46</sup>.

El mismo Justino, en otro lugar, relaciona la circuncisión del octavo día, con el bautismo, cuando dice:

«El mandamiento de la circuncisión, por el que se mandaba que todos los nacidos habían de circuncidarse absolutamente al octavo día, era también figura de la verdadera circuncisión por la que Jesucristo nuestro Señor, resucitado el día primero de la semana, nos circuncidó a nosotros del error y de la maldad. Porque el primer día de la semana, aun siendo el primero de todos los días, resulta el octavo de la serie, contando dos veces todos los días, sin dejar de ser el primero»<sup>47</sup>.

Orígenes en su comentario al salmo 118, dice: «Antes que llegue el octavo día

de la resurrección de Cristo, nosotros habremos sido purificados todos juntos en la circuncisión de Cristo, sepultado y resucitado con él, como dice el Apóstol»<sup>48</sup>.

El octavo día, además, contiene una perspectiva escatológica: el domingo es el anuncio del día sin fin. San Basilio ofrece una página espléndida comentando el texto de la creación, cuando dice: «El día del Señor es grande y solemne. La Escritura conoce este día sin noche, sin sucesión y sin fin. El salmista lo llamó también octavo, porque está fuera del tiempo septenario. Que lo llames día o siglo... el sentido es el mismo: es para transportar nuestro espíritu a la vida futura por lo que Moisés llamó “una” a la imagen de la eternidad, a la primicias de los días, al santo domingo, honrado con la resurrección del Señor»<sup>49</sup>.

San Agustín en la misma perspectiva, dice: «El último descanso será eterno y el octavo día tendrá una bienaventuranza también eterna. Así, pues, el día primero será octavo de manera que la primera vida no sea ya arrebatada, sino eterna»<sup>50</sup>.

Transcurridos los siete días, se retorna al primero. El octavo día trasciende al séptimo porque el nuevo día es incapaz de quedarse encerrado en nuestro concepto del tiempo. El domingo se convierte en imagen de la marcha dinámica hacia la escatología, proyectando nuestra historia hacia delante y siendo un anticipo del reino definitivo. Día octavo habla de plenitud y de anticipo. Completa el septenario de la semana cósmica. San Jerónimo dice que al cumplirse el septenario de la Ley

judía, hemos pasado al octavario de la cristiana.

«La sustitución del séptimo día por el octavo, afirma J. Daniélou<sup>51</sup>, es la expresión simbólica y concreta a la vez de la sustitución del judaísmo por el cristianismo... El paso de la religión del séptimo día a la del octavo tiene que convertirse en el símbolo del paso de la ley al evangelio».

El sábado hebreo no podía ser más que la sombra del domingo, día memorial de la resurrección de Cristo y del misterio redentor, la toma de conciencia de nuestra dignidad de bautizados, el recuerdo de nuestro bautismo, pero también esperanza, espera y anticipación del regreso de Cristo. Todo esto no puede ser auténticamente vivido por los cristianos más que reunidos en torno a la Palabra de Dios y a la Eucaristía. Y es por lo que no debe haber domingo sin asamblea ni domingo sin Misa.

La síntesis teológica puede formularse de la siguiente manera: el domingo es el día de la creación y de la resurrección de Cristo, día de la victoria sobre la muerte y principio de vida; día de Cristo-luz. En este día los apóstoles reciben el Espíritu para anunciar el evangelio; es el día sin fin, anunciado proféticamente cada ocho días cuando la comunidad cristiana se reúne y celebra el misterio pascual.

El Concilio Vaticano afirma la importancia fundamental de la Liturgia y establece que es el centro, la fuente y la meta para la vida cristiana (cf.SC 10). Este

principio ha sido aceptado teóricamente por los responsables de la pastoral, pero ha sido entendido más como norma espiritual que como criterio primario de la pastoral. El contenido de la catequesis y la educación en la fe no se han centrado en la celebración del misterio pascual de Cristo. Las opciones y acciones prioritarias en la planificación pastoral no se han decidido desde la importancia fontal que tiene la liturgia para la edificación y renovación de la Iglesia. Los criterios pastorales con los que se abordan sus objetivos no se han orientado en definitiva, a la meta culminante que representa la participación litúrgica.

Una pastoral que no tenga por diana el domingo cristiano, como fiesta del Señor, creo que es una pastoral sin una verdadera meta. Toda pastoral debe llevar a la celebración. No se puede quedar a medio camino.

La liturgia es la cumbre y la fuente de toda la actividad de la Iglesia. Creo que el domingo se va descafeinado y la pastoral no se compromete a trazar las líneas fundamentales para la renovación de la vida cristiana porque hay muchas pastorales mancas y cojas, que no llegan a término: a confesar la fe, y robustecer la fe en la celebración de los sacramentos y en la vivencia del domingo.

La renovación litúrgica promovida por el concilio Vaticano II señala que la formación es una exigencia necesaria con miras a un espíritu nuevo y a una práctica celebrativa que alimente la vida de los fie-

les. La liturgia reclama un nuevo estilo de celebración y participación, de espíritu y pastoral. El estilo renovador germina y se desarrolla a lo largo de un proceso de formación. Sin él es imposible que se comprenda la reforma litúrgica y se participe activa, consciente y plenamente en las acciones litúrgicas. Sin el conocimiento de la liturgia, de su historia, de su espiritualidad, de su celebración y de su normativa es difícil comprender la reforma litúrgica del Vaticano II. La formación litúrgica hace comprender la reforma y ayuda a saber participar en las celebraciones litúrgicas.

Generalmente la formación confiere a la persona una forma unitaria, ayudándole a explicitar y poner por obra sus capacidades y potencialidades, y expresarlas de manera armoniosa y equilibrada. La formación hace que la persona adquiera capacidades teóricas y prácticas para asumir determinados compromisos en la vida.

Por formación litúrgica se entiende en el lenguaje común la transmisión de contenidos

*c). El equipo de animación litúrgica es imprescindible en la pastoral y valoración del domingo.*

Las Eucaristías del domingo deben ser más pascuales y festivas, como signo de la fiesta primordial de los cristianos. No se pueden reducir a un mero cumplimiento o celebraciones de paso para otras actividades o celebraciones meramente pasivas, rutinarias, sin vida y sin espíritu.

La celebración eucarística bien participada en tono pascual es el mejor medio para valorar el domingo. Para ello son necesarios los equipos de animación litúrgica.

Desde hace algunos años los libros y artículos de revistas de pastoral litúrgica hablan del equipo o grupo de animación litúrgica. Puede parecer una novedad o una moda impuesta por la reforma litúrgica del concilio Vaticano II. Sin embargo, no es una novedad, ni una moda. La existencia y el funcionamiento del equipo de animación es y ha sido una exigencia imperativa de la misma celebración litúrgica. Ha existido desde los primeros siglos y a través de los siglos manifestándose en diferentes modalidades y expresiones. Últimamente se ha reducido a los monaguillos. Actualmente es una ayuda indispensable para que la asamblea, reunida en nombre del Señor, participe plenamente en la celebración del misterio pascual de Cristo y ofrezca a Dios Padre el verdadero culto en Espíritu y en verdad.

Si queremos que el *ars celebrandi* se tenga en cuenta en las celebraciones litúrgicas, principalmente en los domingos, es imprescindible que en todas las parroquias e iglesias exista el equipo de animación litúrgica. Conviene tener en cuenta que no es lo mismo una parroquia urbana que una rural. La primera dispone de más medios para formar un buen equipo de animación, en cambio, en la rural es mucho más difícil y muchas veces se reduce a una persona que hace de sacristán y, a veces, proclama la Palabra de Dios.

La animación de las celebraciones litúrgicas no puede recaer exclusivamente en el ministro ordenado, aunque él sea el responsable y el presidente de las mismas, ni en una persona sola, por muy capaz que ésta sea o se considere. Se exige un grupo de personas católicas que voluntariamente realicen en favor de la comunidad un servicio desinteresado. El responsable de la comunidad y la misma comunidad confían al grupo la preparación, la animación y la revisión de las celebraciones litúrgicas.

Actualmente no existe ninguna normativa oficial que determine cómo constituir o formar un grupo de animación litúrgica en una comunidad católica. Los equipos han ido surgiendo de las necesidades y posibilidades concretas de cada comunidad. Cada grupo tiene su propia historia. Unas veces se ha formado a partir de la iniciativa del sacerdote responsable de la comunidad cristiana; otras, por sugerencia de los mismos fieles o por algún acontecimiento extraordinario de la comunidad.

En la parroquia funcionan varios grupos y cada uno de ellos desarrolla su actividad. Estos grupos llevan tiempo funcionando y han adquirido una experiencia y una carta de ciudadanía en la comunidad cristiana. Generalmente, su actividad se manifiesta externamente y sus frutos son conocidos. En cambio, los grupos de animación litúrgica llevan poco tiempo funcionando en las parroquias y en algunas todavía no se perciben los frutos. Por otro lado, en algunas comunidades no se ve con claridad su finalidad y su función. Además,

el grupo litúrgico puede ser considerado como de segunda o tercera categoría al no ejercer directamente una actividad social o caritativa o catequética en la comunidad parroquial.

La creación de un grupo resulta relativamente fácil; lo difícil es la continuidad o la perseverancia. La perseverancia del grupo depende, la mayoría de las veces, del proceso que ha seguido después de ser constituido. Precisa organización y funcionamiento, convivencia y formación, diálogo y responsabilidad.

Una vez constituido el grupo se aconseja que no comience inmediatamente a actuar en las celebraciones litúrgicas, a no ser en casos muy especiales. El grupo necesita un tiempo prudencial para conocerse mutuamente, reflexionar sobre la misión encomendada y adquirir los conocimientos básicos sobre la liturgia y su celebración. En esta primera etapa es imprescindible que todos sus miembros se esmeren en vivir el espíritu litúrgico y se preparen debidamente a ser agentes de animación.

A los equipos litúrgicos que llevan ya algunos años en funcionamiento, se les recomienda que hagan una pausa en su camino y reflexionen sobre lo qué son y su misión en la comunidad. Hay grupos que comenzaron bien pero con el correr de los años se ha reducido el número de miembros y actualmente subsisten sin interés ni eficacia. No se trata propiamente de una revisión de su funcionamiento y de su actuación, sino de revitalizar su identidad

dentro de la parroquia y su compromiso de servicio a la asamblea litúrgica.

Muchos grupos deben pasar de un equipo inconexo a un equipo con conciencia propia; de unas personas que leen las lecturas más o menos correctamente, a estar comprometidas a ejercer habitualmente de lectoras en las celebraciones; pasar de unas personas que entran en la sacristía antes de la celebración a preguntar si tienen que hacer algo, a ser un grupo que prepara a conciencia las celebraciones; pasar de unas personas-individuo, a ser un auténtico grupo que estudia, dialoga, prepara, anima y revisa las celebraciones de la comunidad católica.

El ideal es que en cada comunidad cristiana funcionen varios grupos de animación litúrgica coordinados entre sí. Cada grupo se responsabiliza de unas determinadas celebraciones: por ejemplo: un grupo se compromete a animar las celebraciones eucarísticas dominicales, otro, las celebraciones de entre semana, un tercer grupo, las celebraciones de los demás sacramentos, e incluso, otro grupo, si es posible, asume la responsabilidad de preparar y dirigir los actos de piedad popular de la comunidad. Si en una misma comunidad existen varios grupos es conveniente que se reúnan para unificar criterios y tener la formación en común. Si un grupo es numeroso se pueden distribuir las funciones litúrgicas por rotación.

El grupo, a ser posible, estará formado por personas que representen a toda la comunidad cristiana. Se procurará que



el equipo sea variado y heterogéneo que agrupe ministros ordenados e instituidos, religiosos, religiosas y laicos.

Conviene que el grupo en sus reuniones de preparación se rija por un determinado método. Se sabe que no todo depende del método de trabajo, pero el método favorece el orden y establece un ritmo en las reuniones. Los grupos, por lo general, se han organizado poco a poco y la experiencia enseña que si el grupo sigue un orden o método sus reuniones son más eficaces y se emplea mejor el tiempo.

Existen muchos métodos válidos. Cada grupo, según su propia experiencia, tiene su propio método; otros, en cambio, no saben cómo organizar sus reuniones para mayor eficacia. No faltan grupos que en cada reunión emplea un método distinto sin encontrar el apropiado.

La finalidad del equipo es ayudar a la asamblea, reunida en nombre del Señor, a participar plena, consciente y activamente en las celebraciones litúrgicas, principalmente a la Eucaristía del domingo. Su misión es ayudar al fiel cristiano a introducirse en la experiencia del misterio de Dios, a adorar al Padre en Espíritu y en verdad y a hacer de su vida una ofrenda cultural y agradable a él.

## CONCLUSION

El Vaticano II en la constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium* sintetiza en el número 106 la gran riqueza teológica, espiritual y pastoral del domingo. El do-

mingo con todos sus manifestaciones e implicaciones es considerado como una síntesis de la vida cristiana. Alguien ha dicho: Dime cómo vives el día del Señor y te diré cómo es tu vida cristiana. Por esto, la observancia del día del Señor significa tanto para la iglesia. Esta observancia antes que un precepto es vida, una exigencia inscrita profundamente en la existencia cristiana.

El memorial de la muerte y resurrección de Cristo constituye el eje clave del domingo y todo lo demás gira en su entorno. El domingo, establecido como sostén de la vida cristiana tiene naturalmente un valor de testimonio y de anuncio. Es anuncio de que el tiempo, habitado por Aquel que es la Resurrección y el Señor de la historia, no es la muerte de ilusiones sino la cuna de un futuro siempre nuevo y semilla de eternidad.

El domingo es como el alma de los demás días de la semana por esto, se ha dicho que el cristiano vive siempre en domingo<sup>52</sup>. El domingo es una auténtica escuela, un itinerario permanente de pedagogía eclesial, en donde el cristiano encuentra luz y fuerza para permanecer fiel a las exigencias de la fe en medio de una sociedad que pone a prueba su creencia.

El Domingo pertenece a la identidad misma del ser cristiano. Expresa y alimenta los mejores valores de la fe. La Iglesia tiene un reto: salvar el domingo cristiano y su celebración eucarística. Perder el domingo es signo de la pérdida de la fe. No hay Iglesia sin reunión dominical, como

no hay domingo sin reunión eclesial. Si se dice que la Eucaristía hace a la Iglesia, también podemos decir que es el domingo el que hace a la Iglesia.

El domingo es algo más que un día de descanso o el segundo día del fin de semana. Es algo más que incluir en nuestro programa dominical un tiempo para la Eucaristía. El día del Señor pide todo un estilo de vida pascual, humano y cristiano,

un estilo de oración y celebración, un estilo de alegría y caridad.

El domingo, día del Señor, es memorial y misterio siempre renovado. Lejos de ser una evasión, es profecía inscrita en el tiempo; profecía que obliga a los cristianos, peregrinos en el camino de la fe, encaminarse hacia el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en el descanso.

## NOTAS

<sup>1</sup> Cf. MISAL ROMANO, *Prefacio X dominical del Tiempo Ordinario*.

<sup>2</sup> Cf. J.M.CANALS, ¿El «week-end» eclipsa el Domingo cristiano?, en *Phase* 231, (1999) 199-211.

<sup>3</sup> Cf. *Normas universales sobre el Año litúrgico y sobre el Calendario*, de 1969, n. 1 y 5.

<sup>4</sup> Cf. *Código de Derecho Canónico*, de 1983, cans. 1246 - 1247.

<sup>5</sup> Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *El domingo como fiesta primordial de los cristianos*, (2,11,1981); CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Nota: *Domingo y sociedad*, (28,4,1995); CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *El día del Señor*, (15,7, 1984); cf. CONFERENCIA EPISCOPAL DEL CANADA, *El sentido del domingo en una sociedad pluralista*, (1,3,1987); cf. CONFERENCIA EPISCOPAL y el CONSEJO DE LA IGLESIA REVANGÉLICA DE ALEMANIA, *Nuestra responsabilidad para con el domingo*, traducción castellana de Phase, 168 (1988) 544.. El Secretariado Nacional de Liturgia de España publicó en 1985 un libro titulado: *El día del Señor. Documentos episcopales sobre el domingo*, PPC, Pastoral Aplicada 125, Madrid 1985, que contiene 13 documentos.

<sup>6</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium*, nº 106.

<sup>7</sup> DIDAJE, XIV, 1, dice: «En cuanto al día señorial, el del Señor, cuando os hayáis reunido», traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, BAC 65, Madrid, 1950, 91.

<sup>8</sup> SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Magnesios*, 9, 1; traducción castelana de Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, BAC 65, Madrid 1950, 464.

<sup>9</sup> EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Ecclesiastica*, IV, 23, 11 (Schr 31, 205) menciona el texto de Dionisio de Corinto, *A los romanos*: «Hemos celebrado el santo día del Señor».

<sup>10</sup> Lo llama «el día del Sob». JUSTINO, *Apología I*, 67, 3, traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno en *Padres apostólicos*, BAC 116, Madrid 1954, 258.

<sup>11</sup> TERTULIANO, *Sermón oración 23*, 2 (CCSL 1, 271).

<sup>12</sup> *El día septimo, el domingo, antes del canto del gallo se reúne todo el pueblo...* (*Septima autem die, id est dominica die*), traducción castellana de Agustín Arce, *Egeria. Itinerario del virgen Egeria*, 24, 8, BAC 416, Madrid 1980, 261.

<sup>13</sup> J. DUPONT, *Les disciples d'Emmaüs*, en "La Pâque du Christ, Mystère de Salut". Mélanges offerts au P. F.X. Durrwell (Lectio divina 112), Paris 1982, 195.

<sup>14</sup> Cf. J. ALDABAL, *El domingo, día del Señor*, en D. BOROBIO, "La Celebración en la Iglesia", III, Salamanca, 1990, 74.

<sup>15</sup> Cf. F. X. DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, Salamanca 1982, 47; Cf. X. BASURKO, *Compartir el*

pan: de la Misa a la eucaristía, San Sebastián 1987, 81-82.

<sup>16</sup> *Didajé, XIV, 1*; traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, BAC 65, Madrid 1950, 91.

<sup>17</sup> Cf. *Martirio de los santos Saturnino, Dativo y otros muchos mártires de África bajo Diocleciano IX*, traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno, *Actas de los Mártires*, BAC 75, Madrid 1974, 980s.

<sup>18</sup> *Didascalía de los Apóstoles. Doctrina católica de los dos apóstoles y de los santos discípulos de nuestro Salvador*, cap. XIII, LIX, 1, traducción castellana de J Urdeix, en Cuadernos Phase 132, Barcelona 2003, p. 64.

<sup>19</sup> S. JERONIMO, *Coment. a Gal 2, 4*.

<sup>20</sup> Cf. LG 26.

<sup>21</sup> JUSTINO, *Apología I*, 67, 3-4, en *Padres apologistas griegos*, traducción castellana de D. Ruiz Bueno, BAC 116, Madrid 1954, 258.

<sup>22</sup> TERTULIANO, *Apología*, 39, 3-4.

<sup>23</sup> SC 7; cf. *Ordenación general del Misal Romano*, nº 33.

<sup>24</sup> Cf. PABLO VI, encíclica *Mysterium fidei* (3,9,1965).

<sup>25</sup> Cf. SC 31 y 51; DV 21; PO 18.

<sup>26</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, nº 40.

<sup>27</sup> Cf. SC 6.

<sup>28</sup> *Didajé, XIV, 1*; en *Padres apostólicos*, traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno, BAC 65, Madrid 1950, 91.

<sup>29</sup> JUSTINO, *Apología I*, 65-67, en *Padres Apologistas griegos*, traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno, BAC 116, Madrid 1954, 256-259.

<sup>30</sup> LG 11.

<sup>31</sup> PO 6.

<sup>32</sup> Cf. SC 6.

<sup>33</sup> MISAL ROMANO, Ordinario de la Misa, *Prefacio X dominical delTiempo Ordinario*.

<sup>34</sup> SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre el Evangelio de Mateo*, 50, 3-4: PG 58, 508-509.

<sup>35</sup> *La Didascalía de los Apóstoles*, V, 20, 11; en Cuadernos Phase 132, traducción castellana de J. Urdeix, Barcelona 2003, cap. XXII, XX, 11 p. 101.

<sup>36</sup> SAN AGUSTIN, *Ep.* 55, 28: CSEL 34/2, 202.. Tertuliano también dice que en los domingos está prohibido arrodillarse porque se considera como gesto penitencial y poco oportuno en el día de la alegría, cf. *De corona* 3, 4: CCL 2, 1043.

<sup>37</sup> SAN JERÓNIMO, *Commata Gal 2*, 4.

<sup>38</sup> Cf. TERTULIANO, *De oratione* 23.

<sup>39</sup> *Didascalía de los Apóstoles*, cap. XIII, LIX, 1, en Cuadernos Phase, 132, traducción castellana, Barcelona, 2003, p. 64.

<sup>40</sup> MOSNA, C.S., *Storia della Domenica dalle origini fino agli inizi del V secolo. Problema della origini e sviluppo. Culto e riposo. Aspetti pastorali e liturgici*, Roma 1969, 12, nota 30.

<sup>41</sup> Cf. D.BOROBIO, *Eucaristía para el pueblo*, Bilbao 1981, 279.

<sup>42</sup> JUSTINO, *Apología I*, 67, 7, dice: «Nosotros nos reunimos todos el día del sol, porque es el primer día, en el que Dios, sacando la materia de las tinieblas, creó el mundo y en el que Jesucristo nuestro salvador resucitó de entre los muertos», traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno, en *Padre apologistas griegos*, BAC 116, Madrid 1954, 259. El Pseudo Eusebio de Alejandría en el s. V, comenta: «Fue en ese día cuando el Señor empezó las primicias de la creación del

*mundo; y en ese mismo día dio al mundo las primicias de la resurrección». Texto en J. DANIELOU, Biblia et liturgie, Cerf., col "Lex orandi" 11, Paris 1951, nota 22.*

<sup>43</sup> *Liturgia Horarum*, vol. III, ed. typica Vaticana,

<sup>44</sup> INOCENCIO I, *Epistola. ad Docentium XXV*, 4, 7; PL 20, 555, dice: «*Celebramos el domingo por la venerable resurrección de nuestro Señor Jesucristo, no sólo en Pascua, sino cada semana*». SAN AGUSTÍN, *In Io. ev. tractatus XX*, 20, 2: CCL 36, 203; epist. 55, 2: CSEL, 34, 170-171, llama al domingo «*sacramento de la Pascua*». SAN BASILIO, *Homiliae in Hexameron II*, 8; Sch 26, 184, dice: «*el santo domingo, honrado por la resurrección del Señor, primicia de todos los demás días*». SAN LEON MAGNO, PL 54, 626, emplea la misma expresión, cuando dice: «*Es este día el día de la Resurrección del Señor, cuyo inicio, como es sabido, está fijado al atardecer del sábado*».

<sup>45</sup> San Justino explica «*Porque el primer día de la semana, aun siendo el primero de todos los días, resulta el octavo, después de los siete días de la semana sin que por ello deje de ser el primero*».

<sup>46</sup> SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 138, 1-2, traducción castellana de Daniel Ruiz Bueno, en *Padres apologistas griegos*, BAC 116, Madrid 1954, 541-542.

<sup>47</sup> *Ibidem*, 41,4 y 24, 1, pp. 370 y 340-341.

<sup>48</sup> ORÍGENES, Fragmentos del Comentario a los salmos, *In psalm 118*; PG 12, 1588.

<sup>49</sup> SAN BASILIO, *Homilias sobre el Hexameron*, 2, 21; PG 29, 49. Cf. SAN BASILIO, *Tratado del Espíritu Santo*, 27.

<sup>50</sup> SAN AGUSTÍN, *Epistola 55*, 17.

<sup>51</sup> J. DANIELLOU, *Sacramentos y culto en los Santos Padres*, Guadarrama, Madrid 1962, caps. 14-16. Es el que ha estudiado a fondo la denominación «octavo día». Cf. J. DANIELLOU, *El domingo como octavo día*, en Cuadernos Phase 24, Barcelona 1990, 33-61.

<sup>52</sup> Cf. ORIGENES, *Contra Celso VIII*, 22: SChr 150, 222-224.

## BIBLIOGRAFÍA

ALDAZABAL, J., "El Domingo, día del Señor", en D. BOROBIO, *La celebración en la Iglesia*, vol III, Sígueme, Salamanca 1990, 71-98.

AUGE, M., *La domenica. Festa primordiale dei cristiani*, San Paolo, Milán 1995.

BELLAVISTA, J., *El domingo: valores e interrogantes*, en Phase 164 (1988) 107-123.

BOTTE, B., "La denominación del domingo en la tradición cristiana", en *El domingo*, ed. Estela, Barcelona 1968, 7-28.

CANALS, J.M., "El domingo, día primordial de los cristianos", en *La fiesta cristiana*, Salamanca 1992, 117-151.

CANALS, J.M., «*El "week-end" eclipsa el domingo cristiano?*», en Phase 231 (1999) 199-211.

CATTANEO, E., «*Non possiamo stare senza il giorno del Signore*». *Il precepto dominicale e l'identità cristiana*, en RL 2 (2002) 237-256.

CIBIEN, C., *Educare all'ascolto e al servizio nel giorno del Signore*, en RL 2 (2002) 315-322.

DANIELLOU, J. *Bible et liturgie*, Cerf, Paris 1951.

GAILLARD, J., *Dimanche, Dictionnaire de spiritualité*, t. 3 1957, col. 948-982.

GRELOT, P., *Du sabbat juif au dimanche chrétien*, en LMD 123 (1975) 79-107.

HILD, J., *Domingo y vida pascual*, Sígueme, Salamanca 1966.

- JOUNEL, P., “El domingo y la semana” en A.G, MARTIMORT, *La Iglesia en oración. Introducción a la liturgia*, Herder, Barcelona 1987, 897-916.
- LLABRES, P-J.; “La celebración del domingo a lo largo de la historia de la Iglesia”, en *El Domingo, fiesta primordial de los cristianos*, Actas de las Jornadas Nacionales de Liturgia, Edice, Madrid 1992, 37- 73.
- LOPEZ, J., *El domingo, día del Señor*, en Cuadernos BAC, Madrid 1985.
- LOPEZ, J., “El Domingo en la Iglesia y en la sociedad de Hoy”, en *El Domingo, fiesta primordial de los cristianos*, Actas de las Jornadas Nacionales de Liturgia, Edice, Madrid 1992, 9-36
- MARTIMORT, A. G., *El domingo*, en Phase 125 (1981) 359-380.
- MASSI, *La domenica nella storia della salvezza. Saggio teologico pastorale*, Nápoles 1967.
- MOSNA, C.S., *Storia della domenica dalle origini fino agli inizi del V secolo*, Roma 1969.
- PENNA, R., *Le collette di Paolo per la chiesa di Gerusalemme*, en Parola, spirito e vita 31 (1995) 179-190.
- RORDORF, W., *El domingo. Historia del día de descanso y de culto en los primeros siglos de la Iglesia cristiana*, Marova, Madrid 1971.
- RORDORF, W., *Sabbat et dimanche dans l'Église ancienne*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1972.
- VEZZOLI, O., *Domenica, giorno del Signore*, Queriniana, Brescia 1998.



IGLESIA EN ESPAÑA

---

---





## IGLESIA EN ESPAÑA

### “Rompiendo el círculo del miedo, la cólera y la desesperación en Tierra Santa”

*Comunicado del Encuentro de Obispos de Conferencias Episcopales con la Asamblea de Ordinarios de Tierra Santa*

*Jerusalén, 18 de enero de 2007*

Como consecuencia de un año traumático para los Israelíes, Palestinos y la gente de Oriente Medio, el trabajo de nuestra coordinación de conferencias episcopales en apoyo de la Iglesia en Tierra Santa parece más importante que nunca. En nuestros países de origen y entre la gente católica, hay un enorme interés y preocupación por la situación en el Oriente Medio. La coordinación representa conferencias católicas de los obispos de Europa y de Norteamérica. Este grupo de trabajo fue formado en Jerusalén en 1998 a petición de la Santa Sede.

Éste era nuestro séptimo viaje a Tierra Santa para caminar en solidaridad con la Iglesia local y sus obispos, mientras que apoya la búsqueda para una paz justa. Impulsamos a los católicos de todas las naciones seguir en nuestros pasos, y los millones de peregrinos a que visiten Santos Lugares y a las comunidades cristianas de esta tierra. Nosotros les invitamos con la sugerencia “ven y verás ”

Muchos de nosotros visitamos Gaza para encontrarnos con la comunidad cristiana y con líderes musulmanes y palesti-

nos. La gente nos recibió con una cálida bienvenida, esperando un futuro mejor mientras vivían en la pobreza. Nuestra delegación completa visitó después Galilea y tuvo un encuentro con “las piedras vivas” de las comunidades cristianas. Reizamos con ellos, escuchado sus historias de la alegría y de la preocupación, y aprendiendo de sus iniciativas para construir un futuro común con las personas de todos los credos. Tuvimos la experiencia de un enriquecedor diálogo inter-religioso con un panel que incluyó a un judío, un cristiano, un musulmán y un druze.

Repetidamente nos recordaron que los peregrinos a esta tierra pueden encontrarse con comunidades cristianas vivas además de visitar los lugares santos. Debati-mos con el Ministro del Turismo, Isaac Herzog, maneras de animar y de mejorar peregrinajes y visitas.

La presencia cristiana es una influencia de moderación y es esencial para la consecución de paz. Como dijo recientemente el Papa Benedicto XVI, “los cristianos deben ser ayuda y soporte para un futuro de paz y fraternidad”. Los cristianos son pe-

queños en número pero son una parte integral de la gente de Israel y los territorios palestinos. Sus derechos se deben garantizar con el reconocimiento de la igualdad y de una mejor seguridad, junto con los derechos religiosos reconocidos por ley.

El acuerdo fundamental entre la Santa Sede e Israel se construye sobre los derechos establecidos a través de los siglos para facilitar la misión única de la Iglesia en Tierra Santa. La vitalidad de la iglesia y de sus instituciones en Israel, incluyendo hospitales, escuelas, y hospicios que proporcionan valiosos servicios a la comunidad entera, será realzada cuando el acuerdo y otras medidas sean ratificadas en la ley y se cumplan completamente. Durante más de una década, la Iglesia ha perseguido esta meta. Pedimos que los funcionarios israelíes permitan las negociaciones para un acuerdo fundamental que debe ser terminado con éxito y pronto. El garantizar y conceder visados y permisos a los trabajadores de la Iglesia continúa siendo una preocupación urgente.

Nuestra creencia en el único Dios nos obliga a que trabajemos por el bienestar tanto de Israelíes como de palestinos, y miembros de las tres religiones, Judíos, Cristianos y musulmanes, quienes pertenecen a una única familia de Dios. Como obispos y pastores, recordamos las recientes palabras del Santo Padre al cuerpo diplomático en cuyo encuentro dijo: “los israelíes tienen derecho de vivir en paz en su estado; los palestinos tienen el derecho a una patria libre y soberana.” (8 de enero, 2007)

En una reunión con el vice-primer ministro israelí Simón Peres, expresamos una comprensión de los desafíos significativos sobre la seguridad que hacen falta a Israel. Discutimos la propuesta de reducción en el número de “checkpoints” o puntos fronterizos y la propuesta realizada a los palestinos de reducirles tasas fiscales, que podrían ser signos que animaran, pero acentuado que estos gestos son necesarios para romper el ciclo del miedo israelí y de la cólera palestina que dominan la situación actual.

El futuro de toda la gente de Tierra Santa depende de asegurar una paz justa y duradera. Hay claramente un sufrimiento profundo en ambas partes. La confianza mutua se debe establecer con unas medidas específicas que construyan confianza. El establecimiento de un estado palestino viable, con el cual terminara la ocupación, requiere tierras contiguas y hace una llamada a la pregunta sobre la ruta de la barrera de la seguridad y de la expansión y sobre el establecimiento de los asentamientos en Cisjordania. Mientras tanto, los palestinos necesitan libertad de movimiento de modo que puedan trabajar, visitar a los miembros de su familia, obtener tratamientos médicos y acceder a la educación. El tratamiento humillante en las fronteras y los puntos de comprobación debe ser evitado. Puesto que el fundamento de la sociedad es la familia, las regulaciones israelíes deben permitir la reunificación de familias donde haya un esposo palestino.

En una reunión con el Presidente Abbas, nosotros dimos a conocer que habíamos atestiguado durante nuestras visitas los sufrimientos y las privaciones que los palestinos experimentan en el día a día. Sin embargo, la unidad entre los líderes palestinos es necesaria para ellos, para así negociar una paz justa y crear un futuro mejor. El alejamiento de la violencia y el reconocimiento del Estado de Israel por todos los elementos de la sociedad palestina ayudarán a reconstruir la confianza de la comunidad internacional con el apoyo de la Autoridad Palestina. El Presidente Abbas afirmó la necesidad para la comunidad internacional de apoyar iniciativas nuevas, más serias y oportunas para perseguir la paz.

En esta nuestra séptima visita a la tierra santa, observamos que 59 años después de que el conflicto comenzara, la búsqueda para la seguridad duradera y una paz jus-

ta continúa. Vemos claro que se necesita alcanzar la justicia y la paz de modo que los israelíes puedan moverse más allá de miedo, el cual conduce a políticas ineficaces de seguridad que oprimen a la gente palestina, y así, que los palestinos puedan moverse más allá de la cólera y de la desesperación, las cuales conducen a la violencia que aterroriza a los israelíes. A nosotros nos anima para seguir aprendiendo que el primer ministro israelí, el presidente palestino y la Secretaria de Estado de USA se encontrarán pronto para trabajar juntos hacia una paz justa.

En comunión con los obispos de Tierra Santa, urgimos a los católicos rezar por la paz, a venir en peregrinación y a emprender otras actividades para apoyar a la Iglesia Madre. Rezamos para que el valor y la dirección que son necesarios romper el asimiento del miedo y de la desesperación en esta Tierra Santa.

**Vida consagrada y familia**  
**Huellas de la Trinidad en la historia**  
**(Vita consecrata, 20)**

*Mensaje del Obispo Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada con motivo de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada 2007*

*2 de febrero de 2007*

Lo decía el viejo relato del *Génesis* respecto de la creación del hombre: no es bueno que el hombre esté solo. Nada de esto se dice del resto de las criaturas que igualmente salieron de las manos creado-

ras del mismo Dios. Pero el hombre, dentro de su perfección frente a los demás seres, fue encontrado con esta carencia, con un algo que le distanciaba de su Creador: la soledad, o mejor dicho, la solitariedad.

Y así Dios creó a la mujer como la compañía adecuada, en cuya unidad de los dos, podían ser la imagen y semejanza de Dios amor.

Efectivamente, no era una cuestión psicológica la que Dios quiso remediar como si tan emotivo motivo le hubiera forzado a crear al varón y a la mujer. Lo que estaba en juego, lo que era antes y más principal, era que Dios mismo no era solitariedad, sino comunión amorosa de tres Personas. Si el ápice de la creación vivía solitariamente su soledad, podría ser cualquier cosa, pero no la imagen acabada y la semejanza más próxima de ese Dios que era Trinidad.

San Agustín lo dirá muy hermosamente respecto de la Trinidad: la historia amorosa de un eterno Amante (el Padre), hacia un eterno Amado (el Hijo), en un eterno Amor (el Espíritu Santo). Y esta “familia divina”, Santa Trinidad, queda por vocación reflejada en la entraña de lo humano, precisamente por haber sido llamado el hombre y la mujer a esa alta y bella vocación: espejar en su relación la historia amorosa de la comunidad de Dios.

La vida consagrada, como vocación cristiana y eclesial, no queda al margen de ese reclamo vocacional, y también ha recibido su marchamo espejador de estar convocada para reflejar al Señor. Precisamente, una de las notas que caracterizan el ser vocacional de la vida consagrada (salvo particular carisma de radical soledad), es la dimensión comunitaria, sea cual sea su expresión concreta. En definitiva esta vocación cristiana significa ser consagrados

por el Señor, con los hermanos que Él da, y para la misión a la que envía en su Iglesia: estas son las tres coordenadas, ser del Señor, con los hermanos y para la misión.

Ya se ve que no basta ser del Señor, ni basta llevar adelante una misión, ni tampoco es suficiente estar hermanados. Son precisas las tres dimensiones que precisamente vehiculan y explicitan esta vocación eclesial: la consagración, la comunión y la misión. Por eso, hay un elemento “familiar” que hace de gozne en esa tríada: ser hermanos desde Dios y para la salvación del mundo. Si la dimensión comunitaria no bebe de la pertenencia al Señor y si no se hace luego testimonio de amor, estaremos ante otro tipo de comunidad, pero no ante la que supone una huella de la Trinidad en la encrucijada de la historia.

La comunión sabe de perdón, de complementariedad, de misericordia, sabe a lo que sabe Dios. Al igual que no tendríamos Trinidad sin ese Padre que ama al Hijo en el Amor, tampoco tendríamos el testimonio de la vida consagrada como una huella trinitaria en la historia, si no reflejase en su comunión fraterna, la pertenencia a Dios y la misión carismática que se le confió. Esta es la familia de la vida consagrada. Esta es la familia de Dios que desde un carisma concreto, continúa en el tiempo lo que tuvo origen en la gracia que Dios regaló a su Iglesia a través de un fundador.

*Jesús Sanz Montes, ofm  
Obispo de Huesca y de Jaca  
Presidente de la C.E. para la Vida  
Consagrada*

## Jornada de la Infancia Misionera

*Mensaje de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo Castrense y Director Nacional de OMP.*

### “Ponte en camino... eres misionero”

Cuando Jesús hablaba con sus discípulos lo hacía por los caminos de Galilea, Judea, Samaria... No permitía que se le interrumpiera en su reflexión puesto que les iba enseñando a ser ‘misioneros de su evangelio’, es decir, portavoces de su mensaje y de su vida. Muchos días paseaban y paseaban y siempre tenían un tiempo de reposo para poder comer y en alguna circunstancia, tan interesante les había parecido su palabra y sus discursos, que hasta comer se les había olvidado. Es entonces cuando Jesús les invita a sentarse y realiza el milagro de la multiplicación de los cinco panes y dos peces donde había más de cinco mil personas. El lema que hemos escogido para la “Jornada de Infancia Misionera” es muy sugerente y puede resultar –pedagógicamente hablando– una buena catequesis para los niños que se sorprenden ante la mirada de Jesús. Ponerse en camino es romper con las comodidades y salir de uno mismo para abrir la vida hacia metas más altas que las que nos ofrece el egoísmo. Cuando uno camina hace la experiencia de ruptura con las ataduras del pasado y se adentra mucho más en el presente que le toca vivir. Quien camina se une a otros para sobrellevar juntos la dureza de la subida, las facilidades de la bajada y la relajante llanura que armoniza a una y a otra. Quien camina tiene opción a llegar a la meta, quien se para y se an-

quilosa no realizará su sueño dorado por muchas justificaciones que ponga.

Ser misionero supone un “camino a recorrer”. Durante el viaje, ocurre lo mismo que a los discípulos de Jesús, se presentan tareas, enseñanzas, momentos duros y compromisos que se adquieren. Un misionero no se fía de sí mismo sino que pone todo su empeño en seguir los pasos del Maestro y a su disposición pone todo su trabajo y esmero. Recuerdo la experiencia de una misionera que su única labor era la de recoger, por las calles, a niños abandonados. Ella me decía que no tenía nada cuando llegó a la misión pero al poco tiempo el comedor, donde acogía a estos niños, se fue llenando y siempre tenía comida para darles. Ahora son más de quinientos a los que alimenta diariamente. Se sorprende de cómo les puede sustentar. Tiene muchos benefactores que la ayudan de forma anónima. ¡Un auténtico milagro!

De estas experiencias podríamos comunicar muchísimas. No hay duda que quien camina con Jesucristo encuentra, en su recorrido, la fuerza de su presencia y el milagro de su recompensa. Caminar con él es vivir una experiencia gozosa y con frutos que son muy abundantes. Él toca los corazones más allá de nuestras

percepciones y basta ponerse en el camino de la caridad que premia siempre –con sorpresas imprevisibles– a los que se fían de él. Basta ponerse en camino que uno ya es misionero. Desde niño me sentía atraído a vivir al estilo de los misioneros; me fascinaban, me hacían sentirme mejor. En ellos veía como una ráfaga de luz que iluminaba el mundo. Ahora comprendo lo que dice Jesucristo: “Yo soy la Luz, vosotros sois luz del mundo”.

Ser misionero es llevar esta luz por doquier y ésta no se basa en realizar muchas actividades como si de un vendaval se tratara sino la de manifestar que quien ama y ama de verdad por amor a Jesucristo los frutos serán numerosos. Mirar al pobre con la fuerza amorosa de Dios es la actitud fundamental del misionero. Las experiencias de los misioneros manifiestan esa relación que va, poco a poco, haciendo de los hombres y mujeres un espacio de libertad y de amistad. De nuevo me viene a la memoria la conversación que tuve con un religioso que trabaja en África. La pasión fundamental de este hombre era estar al lado de los que sufren. Durante varios años no hizo otra cosa. La región

era muy dura en pobreza y enfermedades. Con el tiempo formó un pueblo de hermanos que ha florecido en paz, alegría y ayuda mutua. Cuando le pregunté si se iba a jubilar, me respondió con una cara de satisfacción: “mi jubilación es estar al lado de esta gente”.

El lema que deseamos entre en el corazón de todos los niños de Infancia Misionera es el de ayudarles a entender que para ser ‘pequeños misioneros’ (así le gustaba llamar a Juan Pablo II a los niños) han de ponerse en camino, es decir, darse a los demás con gestos de amor, porque quien ama es el mejor amigo de Cristo. Caminar es también solidarizarse, de ahí que pido a todos los niños de España que se asocien para ayudar, con parte de sus ahorros, a Infancia Misionera y sigan haciendo un fondo común a fin de que muchos compañeros suyos, de otros países, puedan beneficiarse y así ayudarles a salir de sus dificultades. Y también les ruego que se unan en grupos, en sus Colegios o Escuelas, en sus Parroquias o en sus Asociaciones para rezar a Jesucristo por la paz y la armoniosa fraternidad entre todos los pueblos. Si así hacemos seremos misioneros auténticos.

### «44 millones de personas: una sola familia»

#### *Mensaje de los obispos de la Comisión de Migraciones del episcopado español*

##### *1. LA REALIDAD DE LA FAMILIA EMIGRANTE*

A nadie se le oculta que el fenómeno

migratorio está siendo uno de los más significativos del siglo casi recién estrenado. Como un signo de nuestro tiempo, lo calificaba el Santo Padre, Benedicto XVI en

su Mensaje de la Jornada Mundial de las Migraciones el pasado año.

Dentro del fenómeno general de las migraciones, reviste la familia emigrante una especial importancia por el determinante papel que la misma ocupa en la vida de las personas, en la sociedad y en la Iglesia. En la emigración, la familia sufre por las especiales dificultades que vive, como separación, desarraigo, barreras de todo tipo para la reagrupación, aprendizaje del nuevo idioma, inculturación, adaptación al nuevo ambiente, integración en la comunidad de fe... estas y otras dificultades tiene que superar la familia cuando se ve, toda ella o alguno de sus miembros, sometida a abandonar su país e instalarse en un país extranjero

El Beato Juan XXIII calificó la separación de las familias por motivos de trabajo como una «dolorosa anomalía» poniendo de relieve que cada cual tiene la obligación de tomar conciencia de ella y de hacer todo lo que está en su poder para eliminarla[1]. En este contexto hay que situar la realidad de los emigrantes que abandonan su país de origen en búsqueda de un futuro mejor, de mejores condiciones de vida para ellos mismos y sus familias.

## 2. SENTIDO DE LA JORNADA

La Jornada Mundial Anual de las Migraciones supone para todos una llamada de atención sobre este fenómeno social de palpitante actualidad, que se está convirtiendo, en palabras del Papa Benedicto XVI, en su Mensaje para esta Jornada, en

un «fenómeno estructural de nuestra sociedad».

Es obvio que no podemos conformarnos con celebrar una Jornada al año sobre una realidad que afecta a tantas personas y que está dando una nueva configuración a nuestra sociedad y a nuestra Iglesia. La Jornada ha de significar, más bien, un momento más intenso, una oportunidad más favorable para conocer más de cerca la realidad, para dejarnos interpelar por ella a la luz de la palabra de Dios, un nuevo punto de partida y una nueva motivación para nuestro compromiso como ciudadanos y como creyentes para todo el año.

Al escoger como tema para la Jornada de 2007 «la familia emigrante», el Santo Padre pretende invitar a toda la Iglesia a «acentuar su compromiso no sólo a favor del individuo emigrante, sino también de su familia, lugar y recurso de la cultura de la vida y principio de integración de valores» (Cf. Mensaje, 2007).

Por nuestra parte, los Obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española nos unimos al Santo Padre, cuando aún resuena el eco de sus mensajes con motivo del V Encuentro Internacional de las Familias en Valencia, e invitamos a todos los católicos en España, especialmente a las familias, y a cuantas personas de buena voluntad quieran escucharnos a adoptar una actitud de cordial acogida y de relaciones fraternas con las familias inmigrantes. Procedentes de los más variados entornos – geográficos, históricos, culturales, religiosos...-

poseen nuestra misma dignidad y han de poder disfrutar de los mismos derechos y ser sujetos de los mismos deberes que nosotros y nuestras familias.

### 3. NUESTRA TAREA

La preocupación de la Iglesia por el emigrante y su familia ha sido una constante a través de los tiempos, sobre todo desde que León XIII en su Encíclica *Rerum Novarum* (1891) hablara del derecho de la familia migrante a un espacio vital. Esta Doctrina se ha ido desarrollando y enriqueciendo posteriormente hasta nuestros días en el Magisterio de la Iglesia por medio de importantes documentos de los Papas y del Concilio Vaticano II, así como de los obispos a través de las Comisiones Episcopales o en sus respectivas diócesis.

Los inmigrantes católicos han de sentirse desde el primer momento en la Iglesia del país de acogida, en sus instituciones y organizaciones, como en su propia casa, en su familia, con los mismos derechos y obligaciones que los autóctonos y sus familias. El ideal es que lleguen a convertirse en sujetos activos, en la pastoral y la vida de la Iglesia local, plenamente integrados, conservando su carácter específico. Hacemos una especial invitación a las parroquias para que acojan con gozo a las familias inmigrantes, faciliten su progresiva integración en la vida parroquial y en sus estructuras organizativas, fomenten el conocimiento mutuo y la convivencia con las familias locales en orden a constituir una sola familia: la familia de los hijos e hijas de Dios.

Nuestra llamada se dirige también a la Escuela Católica para que sea abanderada en la noble y hermosa tarea educadora de la población escolar inmigrante. La Escuela es un marco privilegiado para el conocimiento y la verdadera integración de niños y jóvenes de diversa procedencia y, a través de ellos y de la propia escuela, de las familias de los inmigrantes.

Tanto la Parroquia como la Escuela Católica y las restantes instituciones eclesiales, comunidades cristianas, movimientos, asociaciones, etc. deben colaborar activamente en hacer realidad lo que afirma S. Pablo en *Efesios* 2,19: «Ya no sois extranjeros, sino que ahora compartís con el pueblo santo los mismos derechos, y sois miembros de la familia de Dios».

Todo lo anteriormente dicho en relación con las familias inmigrantes que son católicas, es aplicable, con los obligados matices, a las actitudes y comportamientos de las comunidades, instituciones, organizaciones y servicios de la Iglesia Católica con las familias cristianas de la tradición ortodoxa, protestante o anglicana. Somos hermanos en la fe, y ello ha de transparentarse en nuestros comportamientos fraternos.

También los demás inmigrantes no cristianos – creyentes de otras religiones o no creyentes - y sus familias son destinatarios de la misión evangelizadora y de los servicios de la Iglesia y de los cristianos. Todos han de ser objeto de la preocupación de la Iglesia y de sus desvelos de madre. A ellos han de ir destinados también los servicios



de la Iglesia en el aspecto sociocaritativo, los de acogida y acompañamiento, o en el defensa de sus derechos. La Iglesia y todos sus miembros somos un importante factor en la tarea de la integración armónica de los inmigrantes y de sus familias en la, para ellos, nueva sociedad y, dado el caso, en el seno de la comunidad cristiana de su nuevo país.

Hacemos un llamamiento a los responsables de las administraciones públicas y a cuantas personas tienen asignada una tarea en relación con los inmigrantes y sus familias para que establezcan normas justas y medidas adecuadas, que defiendan y tutelen la dignidad y los derechos de los inmigrantes y de sus familias. Invitamos a todos los miembros de nuestra sociedad a ver a los inmigrantes y a sus familias no como una carga o un peligro, sino como una riqueza para nuestra sociedad y a acogerlos cordialmente, a servirlos como hermanos y a facilitarles su pacífica y enriquecedora integración. «Si no se garantiza a la familia inmigrada una real posibilidad de inserción y participación – nos dice el Papa en su Mensaje -, es difícil prever su desarrollo armónico». Reconocemos el valioso servicio de tantas personas que, en las administraciones públicas, en las instituciones y organizaciones públicas y privadas, de la sociedad y de la Iglesia, en el voluntariado o individualmente, a los inmigrantes y a sus familias, tanto en la acogida y acompañamiento, como en el proceso de integración, y otros servicios. Les animamos a continuar en su trabajo y a no desfallecer ante las dificultades. Con el Papa, animamos también a los Gobier-

nos de las naciones a la «ratificación de los instrumentos legales internacionales propuestos para defender los derechos de los emigrantes, de los refugiados y de sus familias». (Cf. Mensaje papal, 2007)

#### *4. ALGUNOS SIGNOS DEL FENÓMENO DE LAS MIGRACIONES EN EL MOMENTO ACTUAL*

El Papa, en su Mensaje para la Jornada de las Migraciones de 2007, destaca algunos aspectos, especialmente preocupantes en este momento, del fenómeno de las migraciones tales como la imperfecta o nula integración de la primera generación, que repercute en una deficiente integración de los jóvenes de la segunda generación; la emigración femenina y de niños, más expuestos al tráfico de seres humanos y a la prostitución; el empeoramiento de las condiciones para la integración y la reagrupación familiar de los refugiados, o las dificultades de los estudiantes extranjeros, especialmente de los casados. Para todos pide el Papa atención y medidas especiales de parte de la Iglesia, que les ayuden a recuperar su dignidad, a salir de las situaciones perjudiciales o de riesgo, a defender sus derechos y a vivir una vida personal y familiar digna.

En España seguimos viviendo la situación de numerosas personas que llegan a nuestro país sin los requisitos legales que les garanticen un trabajo y una vivienda dignas y un futuro con esperanza; a veces corren en el camino un riesgo grave, al que algunos sucumben. Con frecuencia son víctimas de desamparados que los explo-

tan antes de salir de sus respectivos países, en el camino o en la llegada al nuestro.

Es de alabar la actitud y la respuesta que muchas comunidades eclesiales y otras instituciones, organizaciones y personas, individualmente o en grupo, están dando en todo momento en la medida de sus posibilidades. Felicitamos y alentamos a las delegaciones diocesanas de migraciones, a las Cáritas, a las parroquias, a los servicios de la Vida Consagrada... por la labor de acogida, acompañamiento, orientación y por otras respuestas concretas.

Animamos a las comunidades cristianas y demás organizaciones de la Iglesia y a todos los cristianos a que asuman compromisos concretos durante este año a favor de la persona y de la familia católica inmigrante, con el firme propósito de ayudarles a que se conviertan en miembros activos de su nueva familia en nuestra Iglesia.

A nuestros hermanos inmigrantes y a sus familias agradecemos su valiosa aportación a nuestra sociedad, a nuestra Igle-

sia y a tantas personas como atienden en su enfermedad, en su ancianidad o en sus necesidades, colaborando, incluso en la educación de la familia con la que trabajan. Les animamos a que cuanto antes se sientan entre nosotros como en su propia casa, en su familia, para que, con la ayuda del Señor y en el respeto mutuo, construyamos entre todos una sociedad más justa, solidaria y pacífica y mostremos al mundo una comunidad cristiana de hijos de Dios y de hermanos, unidos por encima de toda diferencia de origen, cultura, raza, religión o nación.

Para terminar, hacemos nuestra la recomendación del Papa Benedicto XVI, en su mensaje para esta Jornada, dirigidas a cuantos trabajan con emigrantes e itinerantes: «La palabra de Pablo «La caridad de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14) los anime a entregarse, con preferencia, a los hermanos y hermanas más necesitados».

*14 de Enero de 2007*

*Los Obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones*



# IGLESIA UNIVERSAL

---



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI.

ÁNGELUS

**Domingo 24 de diciembre,  
víspera de Navidad**

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la santa Navidad ya es inminente. La vigilia de hoy nos prepara para vivir intensamente el misterio que esta noche la liturgia nos invitará a contemplar con los ojos de la fe. En el Niño divino recién nacido, acostado en el pesebre, se manifiesta nuestra salvación. En el Dios que se hace hombre por nosotros, todos nos sentimos amados y acogidos, descubrimos que somos valiosos y únicos a los ojos del Creador. El nacimiento de Cristo nos ayuda a tomar conciencia del valor de la vida humana, de la vida de todo ser humano, desde su primer instante hasta su ocaso natural. A quien abre el corazón a este “niño envuelto en pañales” y acostado “en un pesebre” (cf. Lc 2, 12), él le brinda la posibilidad de mirar de un modo nuevo las realidades de cada día. Podrá gustar la fuerza de la fascinación interior del amor de Dios, que logra transformar en alegría incluso el dolor.

Preparémonos, queridos amigos, para encontrarnos con Jesús, el Emmanuel, Dios con nosotros. Al nacer en la pobreza de Belén, quiere hacerse compañero de viaje de cada uno. En este mundo, desde

que él mismo quiso poner aquí su “tienda”, nadie es extranjero. Es verdad, todos estamos de paso, pero es precisamente Jesús quien nos hace sentir como en casa en esta tierra santificada por su presencia. Pero nos pide que la convirtamos en una casa acogedora para todos. Este es precisamente el don sorprendente de la Navidad: Jesús ha venido por cada uno de nosotros y en él nos ha hecho hermanos. De ahí deriva el compromiso de superar cada vez más los recelos y los prejuicios, derribar las barreras y eliminar las contraposiciones que dividen o, peor aún, enfrentan a las personas y a los pueblos, para construir juntos un mundo de justicia y de paz.

Con estos sentimientos, queridos hermanos y hermanas, vivamos las últimas horas que nos separan de la Navidad, preparándonos espiritualmente para acoger al Niño Jesús. En el corazón de la noche vendrá por nosotros. Pero su deseo es también venir a nosotros, es decir, a habitar en el corazón de cada uno de nosotros. Para que esto sea posible, es indispensable que estemos disponibles y nos preparemos para recibirlo, dispuestos a dejarlo entrar en nuestro interior, en nuestras familias, en nuestras ciudades. Que su nacimiento no nos encuentre ocupados en festejar la Navidad, olvidando que el protagonista de la fiesta es precisamente él. Que Ma-

ría nos ayude a mantener el recogimiento interior indispensable para gustar la alegría profunda que trae el nacimiento del Redentor. A ella nos dirigimos ahora con nuestra oración, pensando de modo especial en los que van a pasar la Navidad en la tristeza y la soledad, en la enfermedad y el sufrimiento. Que la Virgen dé a todos fortaleza y consuelo.

### Martes 26 de diciembre de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

Al día siguiente de la solemnidad de Navidad, celebramos hoy la fiesta de san Esteban, diácono y primer mártir. A primera vista, unir el recuerdo del “protomártir” y el nacimiento del Redentor puede sorprender por el contraste entre la paz y la alegría de Belén y el drama de san Esteban, lapidado en Jerusalén durante la primera persecución contra la Iglesia naciente. En realidad, esta aparente contraposición se supera si analizamos más a fondo el misterio de la Navidad. El Niño Jesús, que yace en la cueva, es el Hijo unigénito de Dios que se hizo hombre. Él salvará a la humanidad muriendo en la cruz. Ahora lo vemos en pañales en el pesebre; después de su crucifixión, será nuevamente envuelto con vendas y colocado en un sepulcro. No es casualidad que la iconografía navideña represente a veces al Niño divino recién nacido recostado en un pequeño sarcófago, para indicar que el Redentor nace para morir, nace para dar su vida como rescate por todos.

San Esteban fue el primero en seguir

los pasos de Cristo con el martirio; murió, como el divino Maestro, perdonando y orando por sus verdugos (cf. Hch 7, 60). En los primeros cuatro siglos del cristianismo todos los santos venerados por la Iglesia eran mártires. Se trata de una multitud innumerable, que la liturgia llama “el blanco ejército de los mártires”, *martyrum candidatus exercitus*. Su muerte no era motivo de miedo y tristeza, sino de entusiasmo espiritual, que suscitaba siempre nuevos cristianos. Para los creyentes, el día de la muerte, y más aún el día del martirio, no es el fin de todo, sino más bien el “paso” a la vida inmortal, es el día del nacimiento definitivo, en latín, el *dies natalis*. Así se comprende el vínculo que existe entre el *dies natalis* de Cristo y el *dies natalis* de san Esteban. Si Jesús no hubiera nacido en la tierra, los hombres no habrían podido nacer para el cielo. Precisamente porque Cristo nació, nosotros podemos “renacer”.

También María, que estrechó entre sus brazos al Redentor en Belén, sufrió un martirio interior. Compartió su pasión y tuvo que tomarlo, una vez más, entre sus brazos cuando lo desclavaron de la cruz. A esta Madre, que experimentó la alegría del nacimiento y la angustia de la muerte de su divino Hijo, le encomendamos a los que son perseguidos y a los que sufren, de diversos modos, por testimoniar y servir al Evangelio. Con especial cercanía espiritual, pienso también en los católicos que mantienen su fidelidad a la Sede de Pedro sin ceder a componendas, a veces incluso a costa de graves sufrimientos. Toda la Iglesia admira su ejemplo y ruega para que tengan la fuerza de perseverar, sabiendo que sus

tribulaciones son fuente de victoria, aunque por el momento puedan parecer un fracaso.

A todos, una vez más, ¡feliz Navidad!

### **Domingo 31 de diciembre de 2006, Fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret**

Queridos hermanos y hermanas:

En este último domingo del año celebramos la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. Con alegría dirijo un saludo a todas las familias del mundo, deseándoles la paz y el amor que Jesús nos ha dado al venir a nosotros en la Navidad.

En el Evangelio no encontramos discursos sobre la familia, sino un acontecimiento que vale más que cualquier palabra: Dios quiso nacer y crecer en una familia humana. De este modo, la consagró como camino primero y ordinario de su encuentro con la humanidad.

En su vida transcurrida en Nazaret, Jesús honró a la Virgen María y al justo José, permaneciendo sometido a su autoridad durante todo el tiempo de su infancia y su adolescencia (cf. Lc 2, 51-52). Así puso de relieve el valor primario de la familia en la educación de la persona. María y José introdujeron a Jesús en la comunidad religiosa, frecuentando la sinagoga de Nazaret. Con ellos aprendió a hacer la peregrinación a Jerusalén, como narra el pasaje evangélico que la liturgia de hoy propone a nuestra meditación. Cuando tenía doce años, permaneció

en el Templo, y sus padres emplearon tres días para encontrarlo. Con ese gesto les hizo comprender que debía “ocuparse de las cosas de su Padre”, es decir, de la misión que Dios le había encomendado (cf. Lc 2, 41-52).

Este episodio evangélico revela la vocación más auténtica y profunda de la familia: acompañar a cada uno de sus componentes en el camino de descubrimiento de Dios y del plan que ha preparado para él. María y José educaron a Jesús ante todo con su ejemplo: en sus padres conoció toda la belleza de la fe, del amor a Dios y a su Ley, así como las exigencias de la justicia, que encuentra su plenitud en el amor (cf. Rm 13, 10). De ellos aprendió que en primer lugar es preciso cumplir la voluntad de Dios, y que el vínculo espiritual vale más que el de la sangre.

La Sagrada Familia de Nazaret es verdaderamente el “prototipo” de toda familia cristiana que, unida en el sacramento del matrimonio y alimentada con la Palabra y la Eucaristía, está llamada a realizar la estu-penda vocación y misión de ser célula viva no sólo de la sociedad, sino también de la Iglesia, signo e instrumento de unidad para todo el género humano.

Invoquemos ahora juntos la protección de María santísima y de san José sobre todas las familias, especialmente sobre las que se encuentran en dificultades. Que ellos las sostengan, para que resistan a los impulsos disgregadores de cierta cultura contemporánea, que socava las bases mismas de la institución familiar. Que ellos ayuden a las familias cristianas a ser, en todo el mundo, imagen viva del amor de Dios.

Lunes 1 de enero de 2007,  
Solemnidad de Santa María,  
Madre de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

Al inicio del nuevo año, me alegra dirigiros a todos vosotros, presentes en la plaza de San Pedro, y a cuantos están unidos a nosotros mediante la radio y la televisión, mis más cordiales deseos de paz y de bien. ¡Felicidades a todos! Os deseo paz y bien. Que la luz de Cristo, Sol que surgió en el horizonte de la humanidad, ilumine vuestro camino y os acompañe durante todo el año 2007.

Con una feliz intuición, mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI quiso que el año comenzara bajo la protección de María santísima, venerada como Madre de Dios. La comunidad cristiana, que durante estos días ha permanecido en oración y adoración ante el belén, mira hoy con particular amor a la Virgen Madre; se identifica con ella mientras contempla al Niño recién nacido, envuelto en pañales y recostado en el pesebre. Como María, también la Iglesia permanece en silencio para captar y custodiar las resonancias interiores del Verbo encarnado, conservando el calor divino y humano que emana de su presencia. Él es la bendición de Dios. La Iglesia, como la Virgen, no hace más que mostrar a todos a Jesús, el Salvador, y sobre cada uno refleja la luz de su Rostro, esplendor de bondad y de verdad.

Hoy contemplamos a Jesús, nacido de María Virgen, en su prerrogativa de verdadero “Príncipe de la paz” (Is 9, 5). Él es “nuestra paz”; vino para derribar el “muro de

separación” que divide a los hombres y a los pueblos, es decir, “la enemistad” (Ef 2, 14). Por eso, el mismo Papa Pablo VI, de venerada memoria, quiso que el 1 de enero fuera también la Jornada mundial de la paz: para que cada año comience con la luz de Cristo, el gran pacificador de la humanidad.

Renuevo hoy mi deseo de paz a los gobernantes y a los responsables de las naciones y de los organismos internacionales y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Lo hago en particular con el Mensaje especial que preparé juntamente con mis colaboradores del Consejo pontificio Justicia y paz, y que este año tiene por tema: “La persona humana, corazón de la paz”. Ese Mensaje aborda un punto esencial, el valor de la persona humana, la columna que sostiene todo el gran edificio de la paz.

Hoy se habla mucho de derechos humanos, pero a menudo se olvida que necesitan un fundamento estable, no relativo, no opinable. Y ese fundamento sólo puede ser la dignidad de la persona. El respeto a esta dignidad comienza con el reconocimiento y la protección de su derecho a vivir y a profesar libremente su religión.

A la santa Madre de Dios dirigimos con confianza nuestra oración, para que se desarrolle en las conciencias el respeto sagrado a toda persona humana y el firme rechazo de la guerra y de la violencia. María, tú que diste al mundo a Jesús, ayúdanos a acoger de él el don de la paz y a ser sinceros y valientes constructores de paz.



**Sábado 6 de enero de 2007,  
Solemnidad de la Epifanía**

Queridos hermanos y hermanas:

La solemnidad de la Epifanía celebra la manifestación de Cristo a los Magos, acontecimiento al que san Mateo da gran relieve (cf. Mt 2, 1-12). Narra en su evangelio que algunos “Magos” -probablemente jefes religiosos persas- llegaron a Jerusalén guiados por una “estrella”, un fenómeno celeste luminoso que interpretaron como señal del nacimiento de un nuevo rey de los judíos. Nadie en la ciudad sabía nada; más aún, Herodes, el rey que ocupaba el trono, se turbó fuertemente con la noticia y concibió el trágico plan de la “matanza de los inocentes” para eliminar al rival recién nacido.

Los Magos, en cambio, se fiaron de las sagradas Escrituras, en particular de la profecía de Miqueas, según la cual el Mesías nacería en Belén, la ciudad de David, situada aproximadamente diez kilómetros al sur de Jerusalén (cf. Mi 5, 1). Al ponerse en camino en esa dirección, vieron de nuevo la estrella y, llenos de alegría, la siguieron hasta que se detuvo encima de una cabaña. Entraron y encontraron al Niño con María; se postraron ante él y, rindiendo homenaje a su dignidad real, le ofrecieron oro, incienso y mirra.

¿Por qué este acontecimiento es tan importante? Porque con él comenzó a realizarse la adhesión de los pueblos paganos a la fe en Cristo, según la promesa hecha por Dios a Abraham, que nos refiere el libro del Génesis: “Por ti serán bendecidos todos los linajes de la tierra” (Gn 12, 3). Por tanto, si María, José

y los pastores de Belén representan al pueblo de Israel que acogió al Señor, los Magos son, en cambio, las primicias de los gentiles, llamados también ellos a formar parte de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, que ya no se basa en la homogeneidad étnica, lingüística o cultural, sino sólo en la fe común en Jesús, Hijo de Dios. Por eso, la Epifanía de Cristo es al mismo tiempo epifanía de la Iglesia, es decir, manifestación de su vocación y misión universal.

En este contexto, me alegra dirigir mi cordial saludo a los amados hermanos y hermanas de las Iglesias orientales que, siguiendo el calendario juliano, celebrarán mañana la santa Navidad: con afecto les deseo abundancia de paz y de prosperidad cristiana.

Me complace recordar también que, con ocasión de la Epifanía, se celebra la Jornada mundial de la infancia misionera. Es la fiesta de los niños cristianos que viven con alegría el don de la fe y rezan para que la luz de Jesús llegue a todos los niños del mundo. Doy las gracias a los niños de la “Santa Infancia”, presente en 110 países, porque son valiosos colaboradores del Evangelio y apóstoles de la solidaridad cristiana con los más necesitados. Aliento a los educadores a cultivar en los niños el espíritu misionero, para que surjan entre ellos misioneros apasionados, testigos de la ternura de Dios y anunciadores de su amor.

Nos dirigimos ahora a la Virgen María, Estrella de la evangelización. Que por su intercesión los cristianos de todas las partes de la tierra vivan como hijos de la luz y lleven a los hombres a Cristo, verdadera luz del mundo.

**Domingo 7 de enero de 2007,  
Fiesta del Bautismo del Señor**

Queridos hermanos y hermanas:

Se celebra hoy la fiesta del Bautismo del Señor, con la que concluye el tiempo de Navidad. La liturgia nos propone el relato del bautismo de Jesús en el Jordán según la redacción de san Lucas (cf. Lc 3, 15-16. 21-22). El evangelista narra que, mientras Jesús estaba en oración, después de recibir el bautismo entre las numerosas personas atraídas por la predicación del Precursor, se abrió el cielo y, en forma de paloma, bajó sobre él el Espíritu Santo. En ese momento resonó una voz de lo alto: “Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto” (Lc 3, 22).

Todos los evangelistas, aunque con matices diversos, recuerdan y ponen de relieve el bautismo de Jesús en el Jordán. En efecto, formaba parte de la predicación apostólica, ya que constituía el punto de partida de todo el arco de los hechos y de las palabras de que los Apóstoles debían dar testimonio (cf. Hch 1, 21-22; 10, 37-41). La comunidad apostólica lo consideraba muy importante, no sólo porque en aquella circunstancia, por primera vez en la historia, se había producido la manifestación del misterio trinitario de manera clara y completa, sino también porque desde aquel acontecimiento se había iniciado el ministerio público de Jesús por los caminos de Palestina.

El bautismo de Jesús en el Jordán es

anticipación de su bautismo de sangre en la cruz, y también es símbolo de toda la actividad sacramental con la que el Redentor llevará a cabo la salvación de la humanidad. Por eso la tradición patristica se interesó mucho por esta fiesta, la más antigua después de la Pascua. “Cristo es bautizado -canta la liturgia de hoy- y el universo entero se purifica; el Señor nos obtiene el perdón de los pecados: limpiémonos todos por el agua y el Espíritu” (Antífona del Benedictus, oficio de Laudes).

Hay una íntima correlación entre el bautismo de Cristo y nuestro bautismo. En el Jordán se abrió el cielo (cf. Lc 3, 21) para indicar que el Salvador nos ha abierto el camino de la salvación, y nosotros podemos recorrerlo precisamente gracias al nuevo nacimiento “de agua y de Espíritu” (Jn 3, 5), que se realiza en el bautismo. En él somos incorporados al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, morimos y resucitamos con él, nos revestimos de él, como subraya repetidamente el apóstol san Pablo (cf. 1 Co 12, 13; Rm 6, 3-5; Ga 3, 27).

Por tanto, del bautismo brota el compromiso de “escuchar” a Jesús, es decir, de creer en él y seguirlo dócilmente, cumpliendo su voluntad. De este modo cada uno puede tender a la santidad, una meta que, como recordó el concilio Vaticano II, constituye la vocación de todos los bautizados. Que María, la Madre del Hijo predilecto de Dios, nos ayude a ser siempre fieles a nuestro bautismo.

**Domingo 14 de enero de 2007,  
Jornada mundial del emigrante  
y del refugiado**

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo se celebra la Jornada mundial del emigrante y del refugiado. Con esta ocasión he dirigido a todos los hombres de buena voluntad, y en particular a las comunidades cristianas, un Mensaje especial dedicado a la familia emigrante. Podemos contemplar a la Sagrada Familia de Nazaret, icono de todas las familias, porque refleja la imagen de Dios custodiada en el corazón de cada familia humana, aun cuando esté debilitada y, a veces, desfigurada por las pruebas de la vida. El evangelista san Mateo narra que, poco después del nacimiento de Jesús, san José se vio obligado a huir a Egipto, llevando consigo al Niño y a su Madre, para escapar de la persecución del rey Herodes (cf. Mt 2, 13-15).

En el drama de la Familia de Nazaret vislumbramos la dolorosa condición de numerosos emigrantes, especialmente de los refugiados, los exiliados, los desplazados, los prófugos y los perseguidos. En particular, reconocemos las dificultades de la familia emigrante como tal: las molestias, las humillaciones, las estrecheces, las fragilidades.

En realidad, el fenómeno de la movilidad humana es muy amplio y variado. Según datos recientes de las Naciones Unidas, los emigrantes por razones económicas son hoy casi doscientos millones; los refugiados, cerca de nueve millones; y los estudiantes internacionales, alrededor de dos millones. A este gran número de hermanos y hermanas debemos añadir los desplazados internos y los irregulares, teniendo

en cuenta que de cada uno depende, de alguna manera, una familia.

Por tanto, es importante tutelar a los emigrantes y a sus familias mediante el apoyo de protecciones específicas en el ámbito legislativo, jurídico y administrativo, y también a través de una red de servicios, de centros de escucha y de organismos de asistencia social y pastoral. Espero que se llegue pronto a una gestión equilibrada de los flujos migratorios y de la movilidad humana en general, para que redunden en beneficio de toda la familia humana, comenzando por medidas concretas que favorezcan la emigración regular y las reagrupaciones familiares, prestando una atención particular a las mujeres y a los niños.

En efecto, también en el vasto campo de las migraciones internacionales es preciso poner siempre en el centro a la persona humana. Solamente el respeto de la dignidad humana de todos los emigrantes, por una parte, y el reconocimiento de los valores de la sociedad por parte de los emigrantes mismos, por otra, hacen posible la integración correcta de las familias en los sistemas sociales, económicos y políticos de los países de acogida.

Queridos amigos, la realidad de las migraciones no se ha de ver nunca sólo como un problema, sino también y sobre todo como un gran recurso para el camino de la humanidad. Y de modo especial la familia emigrante es un recurso, con tal de que se la respete como tal y no sufra daños irreparables, sino que pueda permanecer unida o reagruparse, para cumplir su misión de cuna de la vida y primer ámbito de acogida y de educación de la persona humana. Pidámoslo juntos al Señor, por intercesión de la bienaventurada Virgen María y de santa Francisca Javier Cabrini, patrona de los emigrantes.

## AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles 27 de diciembre de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

El encuentro de hoy tiene lugar en el clima navideño impregnado de íntima alegría por el nacimiento del Salvador. Acabamos de celebrar, anteaayer, este misterio, cuyo eco se extiende a la liturgia de todos estos días. Es un misterio de luz que los hombres de todas las épocas pueden revivir en la fe.

Resuenan en nuestra alma las palabras del evangelista san Juan, cuya fiesta celebramos precisamente hoy: “Et Verbum caro factum est”, “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Así pues, en Navidad Dios ha venido a habitar entre nosotros; ha venido por nosotros, para estar con nosotros. Una pregunta que se repite a lo largo de estos dos mil años de historia cristiana es: “Pero, ¿por qué lo ha hecho?, ¿por qué Dios se ha hecho hombre?”.

Nos ayuda a responder a este interrogante el canto que los ángeles entonaron cerca de la cueva de Belén: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que él ama” (Lc 2, 14). El cántico de la noche de Navidad, que entró en el Gloria, ya forma parte de la liturgia, como los otros tres cánticos del Nuevo Testamento, que se refieren al nacimiento y a la infancia de Jesús: el Benedictus, el Magnificat, y el Nunc dimittis. Mientras los últimos fueron

insertados respectivamente en las Laudes matutinas, en la oración vespertina de las Vísperas y en la nocturna de las Completas, el Gloria fue introducido precisamente en la santa misa.

A las palabras de los ángeles, desde el siglo II, se añadieron algunas aclamaciones: “Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias”; y más tarde otras invocaciones: “Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, tú que quitas el pecado del mundo...”, hasta formular un armonioso himno de alabanza que se cantó por primera vez en la misa de Navidad y luego en todos los días de fiesta. Insertado al inicio de la celebración eucarística, el Gloria quiere subrayar la continuidad que existe entre el nacimiento y la muerte de Cristo, entre la Navidad y la Pascua, aspectos inseparables del único y mismo misterio de salvación.

El evangelio narra que la multitud angélica cantaba: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que él ama”. Los ángeles anuncian a los pastores que el nacimiento de Jesús “es” gloria para Dios en las alturas y “es” paz en la tierra para los hombres que él ama. Por tanto, es muy oportuna la costumbre de poner en la cueva estas palabras angélicas como explicación del misterio de la Navidad, que se realizó en el pesebre.

El término “gloria” (doxa) indica el esplendor de Dios que suscita la alabanza, llena de gratitud, de las criaturas. San Pablo diría: es “el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 Co 4, 6). “Paz” (eirene) sintetiza la plenitud de los dones mesiánicos, es decir, la salvación que, como explica también el Apóstol, se identifica con Cristo mismo: “Él es nuestra paz” (Ef 2, 14).

Por último, se hace una referencia a los hombres “de buena voluntad”. “Buena voluntad” (eudokia), en el lenguaje común, hace pensar en la “buena voluntad” de los hombres, pero aquí se indica, más bien, el “buen querer” de Dios a los hombres, que no tiene límites. Y ese es precisamente el mensaje de la Navidad: con el nacimiento de Jesús Dios manifestó su amor a todos.

Volvamos a la pregunta: “¿Por qué Dios se ha hecho hombre?”. San Ireneo escribe. “El Verbo se ha hecho dispensador de la gloria del Padre en beneficio de los hombres... Gloria de Dios es el hombre que vive y su vida consiste en la visión de Dios” (Adv. haer. IV, 20, 5. 7). Así pues, la gloria de Dios se manifiesta en la salvación del hombre, al que -como afirma el evangelista san Juan- tanto amó Dios “que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

Por consiguiente, el amor es la razón última de la encarnación de Cristo. Es

elocuente, al respecto, la reflexión del teólogo Hans Urs von Balthasar: Dios “no es, en primer lugar, potencia absoluta, sino amor absoluto, cuya soberanía no se manifiesta en tener para sí mismo todo lo que le pertenece, sino en abandonarlo” (Mysterium paschale I, 4). El Dios que contemplamos en el pesebre es Dios-Amor.

En este momento el anuncio de los ángeles resuena para nosotros como una invitación: “sea” gloria a Dios en las alturas, “sea” paz en la tierra a los hombres que él ama. El único modo de glorificar a Dios y de construir la paz en el mundo consiste en la humilde y confiada acogida del regalo de Navidad: el amor.

Entonces, el canto de los ángeles puede convertirse en una oración que podemos repetir con frecuencia, no sólo en este tiempo navideño. Un himno de alabanza a Dios en las alturas y una ferviente invocación de paz en la tierra, que se traduzca en un compromiso concreto de construirla con nuestra vida.

Este es el compromiso que nos encomienda la Navidad.

**Miércoles 3 de enero de 2007**  
**Acoger a Cristo en el corazón**

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por vuestro afecto. A todos os deseo un feliz año. Esta primera audiencia general del nuevo año se celebra aún

en el clima navideño, en una atmósfera que nos invita a la alegría por el nacimiento del Redentor. Al venir al mundo, Jesús distribuyó abundantemente entre los hombres dones de bondad, de misericordia y de amor. Interpretando los sentimientos de los hombres de todos los tiempos, el apóstol san Juan afirma: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios” (1 Jn 3, 1). Quien se detiene a meditar ante el Hijo de Dios que yace inerte en el pesebre no puede por menos de quedar sorprendido por este acontecimiento humanamente increíble; no puede por menos de compartir el asombro y el humilde abandono de la Virgen María, que Dios escogió como Madre del Redentor precisamente por su humildad.

En el Niño de Belén todos los hombres descubren que son amados gratuitamente por Dios; con la luz de la Navidad se nos manifiesta a cada uno de nosotros la infinita bondad de Dios. En Jesús el Padre celestial inauguró una nueva relación con nosotros; nos hizo “hijos en su Hijo”. Durante estos días san Juan nos invita a meditar precisamente sobre esta realidad, con la riqueza y la profundidad de su palabra, de la que hemos escuchado un pasaje.

El Apóstol predilecto del Señor subraya que “somos realmente hijos” (cf. 1 Jn 3, 1). No somos sólo criaturas; somos hijos. De este modo Dios está cerca de nosotros; de este modo nos atrae hacia sí en el momento de su encarnación, al hacerse uno de nosotros. Por consiguiente,

pertenece verdaderamente a la familia que tiene a Dios como Padre, porque Jesús, el Hijo unigénito, vino a poner su tienda en medio de nosotros, la tienda de su carne, para congregar a todas las gentes en una única familia, la familia de Dios, que pertenece realmente al Ser divino: todos estamos unidos en un solo pueblo, en una sola familia.

Vino para revelarnos el verdadero rostro del Padre. Y si ahora nosotros usamos la palabra Dios, ya no se trata de una realidad conocida sólo desde lejos. Nosotros conocemos el rostro de Dios: es el rostro del Hijo, que vino para hacer más cercanas a nosotros, a la tierra, las realidades celestes. San Juan explica: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero” (1 Jn 4, 10).

En la Navidad resuena en el mundo entero el anuncio sencillo y desconcertante: “Dios nos ama”. “Nosotros amamos -dice san Juan- porque él nos amó primero” (1 Jn 4, 19). Este misterio ya está puesto en nuestras manos porque, al experimentar el amor divino, vivimos orientados hacia las realidades del cielo. Y el ejercicio de estos días consiste también en vivir realmente orientados hacia Dios, buscando ante todo el Reino y su justicia, con la certeza de que lo demás, todo lo demás, se nos dará como añadidura (cf. Mt 6, 33). El clima espiritual del tiempo navideño nos ayuda a crecer en esta conciencia.

Sin embargo, la alegría de la Navidad no nos hace olvidar el misterio del mal

(*mysterium iniquitatis*), el poder de las tinieblas, que trata de oscurecer el esplendor de la luz divina; y, por desgracia, experimentamos cada día este poder de las tinieblas. En el prólogo de su Evangelio, que hemos proclamado varias veces en estos días, el evangelista san Juan escribe: “La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la acogieron” (Jn 1, 5).

Es el drama del rechazo de Cristo, que, como en el pasado, también hoy se manifiesta y se expresa, por desgracia, de muchos modos diversos. Tal vez en la época contemporánea son incluso más solapadas y peligrosas las formas de rechazo de Dios: van desde el rechazo neto hasta la indiferencia, desde el ateísmo científicista hasta la presentación de un Jesús que dicen moderno y posmoderno. Un Jesús hombre, reducido de modo diverso a un simple hombre de su tiempo, privado de su divinidad; o un Jesús tan idealizado que parece a veces personaje de una fábula.

Pero Jesús, el verdadero Jesús de la historia, es verdadero Dios y verdadero hombre, y no se cansa de proponer su Evangelio a todos, sabiendo que es “signo de contradicción para que se revelen los pensamientos de muchos corazones” (cf. Lc 2, 34-35), como profetizó el anciano Simeón. En realidad, sólo el Niño que yace en el pesebre posee el verdadero secreto de la vida. Por eso pide que lo acogamos, que le demos espacio en nosotros, en nuestro corazón, en nuestras casas, en nuestras ciudades y en nuestras sociedades.

En la mente y en el corazón resuenan las palabras del prólogo de san Juan: “A todos los que lo acogieron les dio poder de hacerse hijos de Dios” (Jn 1, 12). Tratemos de contarnos entre los que lo acogen. Ante él nadie puede quedar indiferente. También nosotros, queridos amigos, debemos tomar posición continuamente.

¿Cuál será, por tanto, nuestra respuesta? ¿Con qué actitud lo acogemos? Viene en nuestra ayuda la sencillez de los pastores y la búsqueda de los Magos que, a través de la estrella, escrutan los signos de Dios; nos sirven de ejemplo la docilidad de María y la sabia prudencia de José. Los más de dos mil años de historia cristiana están llenos de ejemplos de hombres y mujeres, de jóvenes y adultos, de niños y ancianos que han creído en el misterio de la Navidad y han abierto sus brazos al Emmanuel, convirtiéndose con su vida en faros de luz y de esperanza.

El amor que Jesús trajo al mundo al nacer en Belén une a los que lo acogen en una relación duradera de amistad y fraternidad. San Juan de la Cruz afirma: Dios “lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. (...) Pon los ojos sólo en él (...) y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas” (*Subida del monte Carmelo*, libro II, cap. 22, 4-5).

Queridos hermanos y hermanas, al inicio de este nuevo año renovemos en

nosotros el compromiso de abrir a Cristo la mente y el corazón, manifestándole sinceramente la voluntad de vivir como verdaderos amigos suyos. Así seremos colaboradores de su proyecto de salvación y testigos de la alegría que él nos da para que la difundamos abundantemente en nuestro entorno.

Que nos ayude María a abrir nuestro corazón al Emmanuel, que asumió nuestra pobre y frágil carne para compartir con nosotros el fatigoso camino de la vida terrena. Con todo, en compañía de Jesús este fatigoso camino se transforma en un camino de alegría. Caminemos juntamente con Jesús, caminemos con él; así el año nuevo será un año feliz y bueno.

**Miércoles 10 de enero de 2007**  
**San Esteban, protomártir**

Queridos hermanos y hermanas:

Después de las fiestas, volvemos a nuestras catequesis. Había meditado con vosotros en las figuras de los doce apóstoles y de san Pablo. Después habíamos comenzado a reflexionar en otras figuras de la Iglesia primitiva. Hoy reflexionaremos en la persona de san Esteban, que la Iglesia festeja al día siguiente de Navidad. San Esteban es el más representativo de un grupo de siete compañeros.

La tradición ve en este grupo el germen del futuro ministerio de los “diáconos”, aunque es preciso constatar que

esta denominación no se encuentra en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. En cualquier caso, la importancia de san Esteban se manifiesta por el hecho de que san Lucas, en este importante libro, le dedica dos capítulos enteros.

La narración de san Lucas comienza constatando una subdivisión que existía dentro de la Iglesia primitiva de Jerusalén: estaba compuesta totalmente de cristianos de origen judío, pero algunos de estos eran originarios de la tierra de Israel -se les llamaba “hebreos”-, mientras que otros, de fe judía veterotestamentaria, procedían de la diáspora de lengua griega -se les llamaba “helenistas”-. Por eso comenzaba a perfilarse un problema: se corría el riesgo de descuidar a las personas más necesitadas entre los helenistas, especialmente a las viudas desprovistas de todo apoyo social, en la asistencia para su sustento diario.

Para salir al paso de estas dificultades, los Apóstoles, reservándose para sí mismos la oración y el ministerio de la Palabra como su tarea central, decidieron encargar a “siete hombres de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría” que llevaran a cabo el oficio de la asistencia (cf. Hch 6,2-4), es decir, del servicio social caritativo. Con este objetivo, como escribe san Lucas, por invitación de los Apóstoles los discípulos eligieron siete hombres. Conocemos sus nombres: “Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Los presentaron a los



Apóstoles y, habiendo hecho oración, les impusieron las manos” (Hch 6, 5-6).

El gesto de la imposición de las manos puede tener varios significados. En el Antiguo Testamento, ese gesto tiene sobre todo el significado de transmitir un encargo importante, como hizo Moisés con Josué (cf. Nm 27, 18-23), designando así a su sucesor. En esta línea, también la Iglesia de Antioquía utilizará este gesto para enviar a Pablo y Bernabé en misión a los pueblos del mundo (cf. Hch 13, 3). A una análoga imposición de las manos sobre Timoteo, para transmitirle un encargo oficial, hacen referencia las dos cartas que san Pablo le dirigió (cf. 1 Tm 4, 14; 2 Tm 1, 6).

Que se trataba de una acción importante, que era preciso realizar después de un discernimiento, se deduce de lo que se lee en la primera carta a Timoteo: “No te precipites en imponer a nadie las manos; no te hagas partícipe de los pecados ajenos” (1 Tm 5, 22). Por tanto, vemos que el gesto de la imposición de las manos se desarrolla en la línea de un signo sacramental. En el caso de Esteban y sus compañeros se trata, ciertamente, de la transmisión oficial, por parte de los Apóstoles, de un encargo y al mismo tiempo de la imploración de una gracia para cumplirlo.

Conviene advertir que lo más importante es que, además de los servicios caritativos, san Esteban desempeña también una tarea de evangelización entre sus compatriotas, los así llamados “he-

lenistas”. En efecto, san Lucas insiste en que, “lleno de gracia y de poder” (Hch 6, 8), presenta en el nombre de Jesús una nueva interpretación de Moisés y de la misma Ley de Dios, relee el Antiguo Testamento a la luz del anuncio de la muerte y la resurrección de Jesús. Esta relectura del Antiguo Testamento, una relectura cristológica, provoca las reacciones de los judíos, que interpretan sus palabras como una blasfemia (cf. Hch 6, 11-14). Por este motivo es condenado a la lapidación. Y san Lucas nos transmite el último discurso del santo, una síntesis de su predicación.

Del mismo modo que Jesús había explicado a los discípulos de Emaús que todo el Antiguo Testamento habla de él, de su cruz y de su resurrección, también san Esteban, siguiendo la enseñanza de Jesús, lee todo el Antiguo Testamento en clave cristológica. Demuestra que el misterio de la cruz se encuentra en el centro de la historia de la salvación narrada en el Antiguo Testamento; muestra que realmente Jesús, el crucificado y resucitado, es el punto de llegada de toda esta historia. Y demuestra, por tanto, también que el culto del templo ha concluido y que Jesús, el resucitado, es el nuevo y auténtico “templo”.

Precisamente este “no” al templo y a su culto provoca la condena de san Esteban, el cual, en ese momento, como nos dice san Lucas, mirando al cielo vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a su derecha. Y viendo en el cielo a Dios y a Jesús, san Esteban dijo: “Estoy viendo

los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios” (Hch 7, 56). Siguió su martirio, que de hecho se asemejó a la pasión de Jesús mismo, pues entregó al “Señor Jesús” su espíritu y oró para que el pecado de sus asesinos no les fuera tenido en cuenta (cf. Hch 7, 59-60).

El lugar del martirio de san Esteban, en Jerusalén, se sitúa tradicionalmente fuera de la puerta de Damasco, al norte, donde ahora se encuentra precisamente la iglesia de San Esteban, junto a la conocida École Biblique de los dominicos. Tras el asesinato de san Esteban, primer mártir de Cristo, se desencadenó una persecución local contra los discípulos de Jesús (cf. Hch 8, 1), la primera de la historia de la Iglesia. Constituyó la ocasión concreta que impulsó al grupo de los cristianos judío-helenistas a huir de Jerusalén y a dispersarse. Expulsados de Jerusalén, se transformaron en misioneros itinerantes: “Los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando la buena nueva de la Palabra” (Hch 8, 4). La persecución y la consiguiente dispersión se convirtieron en misión. Así el Evangelio se propagó en Samaría, en Fenicia y en Siria, hasta llegar a la gran ciudad de Antioquía, donde, según san Lucas, fue anunciado por primera vez también a los paganos (cf. Hch 11, 19-20) y donde resonó por primera vez el nombre de “cristianos” (cf. Hch 11, 26).

En particular, san Lucas especifica que los que lapidaron a Esteban “pusie-

ron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo” (Hch 7, 58), el mismo que de perseguidor se convertiría en apóstol insigne del Evangelio. Eso significa que el joven Saulo seguramente escuchó la predicación de san Esteban y conoció sus contenidos principales. Y probablemente san Pablo se encontraba entre quienes, siguiendo y escuchando este discurso, “tenían los corazones consumidos de rabia y rechinaban sus dientes contra él” (Hch 7, 54).

Así podemos ver las maravillas de la Providencia divina: Saulo, adversario empedernido de la visión de Esteban, después del encuentro con Cristo resucitado en el camino de Damasco, retoma la interpretación cristológica del Antiguo Testamento hecha por el protomártir, la profundiza y la completa, y de este modo se convierte en el “Apóstol de los gentiles”. Enseña que la Ley se cumple en la cruz de Cristo. Y la fe en Cristo, la comunión con el amor de Cristo, es el verdadero cumplimiento de toda la Ley. Este es el contenido de la predicación de san Pablo. Así demuestra que el Dios de Abraham se convierte en el Dios de todos. Y todos los creyentes en Cristo Jesús, como hijos de Abraham, se hacen partícipes de las promesas. En la misión de san Pablo se realiza la visión de san Esteban.

La historia de san Esteban nos da varias lecciones. Por ejemplo, nos enseña que el compromiso social de la caridad no se debe separar nunca del anuncio valiente de la fe. Era uno de los siete que

se encargaban sobre todo de la caridad. Pero la caridad no se podía separar del anuncio. De este modo, con la caridad, anuncia a Cristo crucificado, hasta el punto de aceptar incluso el martirio. Esta es la primera lección que podemos aprender de san Esteban: la caridad y el anuncio van siempre juntos.

San Esteban sobre todo nos habla de Cristo, de Cristo crucificado y resucitado como centro de la historia y de nuestra vida. Podemos comprender que la cruz ocupa siempre un lugar central en la vida de la Iglesia y también en nuestra vida personal. En la historia de la Iglesia no faltará nunca la pasión, la persecución. Y precisamente la persecución se convierte, según la famosa frase de Tertuliano, en fuente de misión para los nuevos cristianos. Cito sus palabras: “Nosotros nos multiplicamos cada vez que somos segados por vosotros: la sangre de los cristianos es una semilla” (Apologético 50, 13: “Plures effimur quoties metimur a vobis: semen est sanguis christianorum”). Pero también en nuestra vida la cruz, que no faltará nunca, se convierte en bendición. Y aceptando la cruz, sabiendo que se convierte en bendición y es bendición, aprendemos la alegría del cristiano incluso en los momentos de dificultad. El valor del testimonio es insustituible, pues el Evangelio lleva a él y de él se alimenta la Iglesia.

Que san Esteban nos enseñe a aprender estas lecciones; que nos enseñe a amar la cruz, puesto que es el camino por el que Cristo se hace siempre presente entre nosotros.

**Miércoles 17 de enero de 2007**

Queridos hermanos y hermanas:

Comienza mañana la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que clausuraré personalmente en la basílica de San Pablo extramuros, el próximo 25 de enero, con la celebración de las Vísperas, a las que han sido invitados también los representantes de las demás Iglesias y comunidades eclesiales de Roma.

Los días del 18 al 25 de enero, y en otras partes del mundo la semana en torno a Pentecostés, son un tiempo fuerte de compromiso y de oración por parte de todos los cristianos, que pueden utilizar los subsidios elaborados conjuntamente por el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos y por la Comisión “Fe y constitución” del Consejo mundial de Iglesias.

En los encuentros que he mantenido con varios representantes de las Iglesias y comunidades eclesiales a lo largo de estos años, y de manera muy conmovedora en mi reciente visita al patriarca ecuménico Bartolomé I, en Estambul, Turquía, he podido comprobar cuán profundo es el deseo de la unidad. El próximo miércoles hablaré más ampliamente sobre estas y otras experiencias que han abierto mi corazón a la esperanza.

Ciertamente el camino de la unidad sigue siendo largo y difícil; sin embar-

go, es necesario evitar el desaliento y seguir recorriéndolo, contando en primer lugar con el apoyo seguro de Cristo que, antes de subir al cielo, prometió a los suyos: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). La unidad es don de Dios y fruto de la acción del Espíritu. Por esto es importante orar. Cuanto más nos acercamos a Cristo, convirtiéndonos a su amor, más nos acercamos también los unos a los otros.

En algunos países, entre los que se encuentra Italia, antes de la Semana de oración por la unidad de los cristianos tiene lugar una Jornada de reflexión judeocristiana, que se celebra precisamente hoy, 17 de enero. Desde hace casi dos décadas, la Conferencia episcopal italiana dedica esta Jornada al judaísmo para promover el conocimiento y la estima e incrementar la relación de amistad recíproca entre la comunidad cristiana y la judía, relación que se ha desarrollado positivamente tras el concilio Vaticano II y tras la histórica visita del siervo de Dios Juan Pablo II a la sinagoga mayor de Roma.

También la amistad judeocristiana, para crecer y ser fecunda, debe fundarse en la oración. Por tanto, invito a todos a dirigir hoy una invocación insistente al Señor para que judíos y cristianos se respeten, se estimen y colaboren juntos con vistas a la justicia y la paz en el mundo.

Este año el tema bíblico propuesto a la reflexión común y a la oración en

esta Semana es: “Hace oír a los sordos y hablar a los mudos” (Mc 7, 37). Son palabras tomadas del evangelio de san Marcos y se refieren a la curación de un sordomudo por parte de Jesús. En este breve pasaje el evangelista narra que el Señor, después de poner los dedos en los oídos y de tocar con la saliva la lengua del sordomudo, realizó el milagro diciendo: “Effatá”, que significa, “Ábrete”. Al recobrar el oído y el don de la palabra, aquel hombre suscitó la admiración de los demás contando lo que le había sucedido.

Todo cristiano, espiritualmente sordo y mudo a causa del pecado original, con el bautismo recibe el don del Señor que pone sus dedos en su cara y, así, a través de la gracia del bautismo, se hace capaz de escuchar la palabra de Dios y de proclamarla a sus hermanos. Más aún, a partir de ese momento debe progresar en el conocimiento y en el amor de Cristo para poder anunciar y testificar con eficacia el Evangelio.

Este tema, al ilustrar dos aspectos de la misión de toda comunidad cristiana -el anuncio del Evangelio y el testimonio de la caridad-, subraya también la importancia de traducir el mensaje de Cristo en iniciativas concretas de solidaridad. Esto favorece el camino de la unidad, pues se puede decir que cuando los cristianos alivian juntos, aunque sea en pequeña medida, el sufrimiento del prójimo, hacen más visible también su comunión y su fidelidad al mandamiento del Señor.

Sin embargo, la oración por la unidad de los cristianos, no puede limitarse a una semana del año. La invocación conjunta al Señor para que realice, en los tiempos y modos que sólo él conoce, la unidad plena de todos sus discípulos debe extenderse a todos los días del año.

Además, la armonía de objetivos en la diaconía para aliviar los sufrimientos del hombre, la búsqueda de la verdad del mensaje de Cristo, la conversión y la penitencia, son etapas obligadas a través de las cuales todo cristiano digno de este nombre debe unirse a sus hermanos para implorar el don de la unidad y de la comunión.

Así pues, os exhorto a vivir estos días en un clima de oración y escucha del Espíritu de Dios, para que se den pasos significativos en el camino de la comunión plena y perfecta entre todos los discípulos de Cristo. Que nos lo obtenga la Virgen María, a quien invocamos como Madre de la Iglesia y apoyo de todos los cristianos, apoyo de nuestro camino hacia Cristo.

**Miércoles 24 de enero de 2007**

Queridos hermanos y hermanas:

Mañana concluye la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que en este año ha tenido como lema las palabras del Evangelio de san Marcos: “Hace oír a los sordos y hablar a los

mudos”. Se trata de una preocupación que, como afirma el Concilio Vaticano II, atañe a la Iglesia entera. Rezando juntos, los cristianos se hacen más conscientes de su estado de “hermanos divididos”, de las dificultades causadas por sus diferencias y se sienten retados a superarlas.

La experiencia de estos últimos años demuestra que la búsqueda de esta unidad se lleva a cabo en innumerables circunstancias y de diversos modos, en parroquias, hospitales, comunidades locales y especialmente en las regiones donde realizar un gesto de buena voluntad con un hermano requiere un gran esfuerzo y una purificación de la memoria. En este contexto se encuadrarán también los encuentros que marcan constantemente el ministerio del Obispo de Roma, Pastor de la Iglesia Universal. Entre ellos quiero resaltar el inolvidable viaje apostólico a Turquía y el encuentro con Su Santidad Bartolomé I. Estos momentos de alto valor espiritual ponen de relieve el compromiso que nos une en la búsqueda de la unidad, y nos animan a realizar todos los esfuerzos posibles para proseguir en el camino iniciado.

## DISCURSOS

**Alocución de Su Santidad,  
Benedicto XXVI,  
a una delegación de la  
“B’NAI B’RITH INTERNATIONAL”**

*Lunes 18 de diciembre de 2006*

Queridos amigos:

Me alegra saludar a esta delegación de la B’nai B’rith International con ocasión de vuestra visita al Vaticano. Desde la promulgación de la declaración *Nostra aetate* del concilio Vaticano II, en 1965, los dirigentes de la B’nai B’rith han visitado la Santa Sede en numerosas ocasiones. Hoy, con el espíritu de comprensión, respeto y aprecio mutuo que se está desarrollando entre nuestras comunidades, os saludo y, a través de vosotros, a todos los que representáis.

En las últimas cuatro décadas se han dado muchos pasos positivos en las relaciones entre judíos y católicos, y debemos dar gracias a Dios por el notable cambio que ha tenido lugar sobre la base de nuestro patrimonio espiritual común. Esta rica herencia de fe permite a nuestras comunidades no sólo entablar un diálogo, sino también trabajar juntos por el bien de la familia humana. Nuestro agitado mundo necesita el testimonio de las personas de buena voluntad inspiradas por la verdad revelada en la primera página de las Escrituras, según la cual todos los hombres y las mujeres han sido crea-

dos a imagen de Dios (cf. Gn 1, 26-27) y por tanto poseen una dignidad y un valor inalienables.

Judíos y cristianos están llamados a colaborar para salvar el mundo promoviendo los valores morales y espirituales fundados en nuestras convicciones de fe. Si damos un claro ejemplo de fecunda cooperación, será mucho más convincente nuestra voz para responder a las necesidades de la familia humana.

Con ocasión de vuestra visita, reitero mi inquebrantable esperanza y mi oración por la paz en Tierra Santa, una paz que sólo puede establecerse si hay un interés común por ella de judíos, cristianos y musulmanes a la vez, expresado con un auténtico diálogo interreligioso y con gestos concretos de reconciliación. Todos los creyentes están llamados a mostrar que no es el odio y la violencia, sino la comprensión y la cooperación pacífica, lo que abre la puerta al futuro de justicia y paz que es promesa y don de Dios.

Durante este santo tiempo, invoco cordialmente sobre vosotros y sobre vuestras familias una abundancia de bendiciones divinas.

Shalom alechem!

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a los niños y muchachos  
de la Acción Católica Italiana**

*Jueves 21 de diciembre de 2006*

Queridos muchachos y muchachas de la Acción católica italiana:

También este año habéis querido visitar al Papa en la inminencia de la santa Navidad. Os acojo con afecto y os agradezco de corazón vuestra presencia, portadora como siempre de alegría y entusiasmo. A través de vosotros, saludo a todos los muchachos de la Acción católica de todas las diócesis italianas, a quienes vosotros representáis aquí. Saludo de corazón a vuestro consiliario general, mons. Francesco Lambiasi, y al presidente, prof. Luigi Alici, así como a todos vuestros educadores.

Me habéis dicho que este año vuestro camino formativo se centra en la belleza al buscar la verdad. Por eso, habéis escogido un eslogan sencillo y eficaz: “Belleza y verdad”. La Navidad es el gran misterio de la verdad y de la belleza de Dios, que viene a habitar en medio de nosotros para la salvación de todos.

El nacimiento de Jesús no es una fábula; es una historia que aconteció realmente en Belén hace dos mil años. La fe nos hace reconocer en ese pequeño Niño, nacido de María Virgen, al verdadero Hijo de Dios, que por amor a nosotros se hizo hombre. “El rey del cielo viene a una cueva, en medio del frío y del hielo”, reza el

villancico “Tu scendi dalle stelle”, conocido en todo el mundo.

En el rostro de Jesús niño contemplamos el rostro de Dios, que no se revela en la fuerza o el poder, sino en la debilidad y en la frágil constitución de un niño. Este “Niño Dios”, envuelto en pañales y recostado en el pesebre con maternal solicitud por su madre, María, revela toda la bondad y la infinita belleza de Dios. Manifiesta la fidelidad y la ternura del amor ilimitado que Dios nos tiene a cada uno.

Por esto hacemos fiesta en Navidad, reviviendo la experiencia de los pastores de Belén. Juntamente con muchos padres y madres que trabajan cada día afrontando continuos sacrificios, hacemos fiesta con los niños, los enfermos, los pobres, porque con el nacimiento de Jesús el Padre celestial respondió al deseo de verdad, de perdón y de paz de nuestro corazón. Y respondió con un amor tan grande que nos sorprendió: nadie hubiera podido imaginarlo jamás, si Jesús no nos lo hubiera revelado.

El asombro que experimentamos ante el encanto de la Navidad se refleja, de alguna manera, en la maravilla de todo nacimiento y nos invita a reconocer al Niño Jesús en todos los niños, que son la alegría de la Iglesia y la esperanza del mundo. El recién nacido que viene al mundo en Belén es el mismo Jesús que recorrió los caminos de Galilea y dio su vida por nosotros en la cruz; es el mismo Jesús que resucitó y, después de subir al cielo, sigue guiando a su Iglesia

con la fuerza de su Espíritu. Esta es la verdad hermosa y grande de nuestra fe cristiana.

Queridos muchachos de la Acción católica, el Papa os quiere, confía en vosotros y os encomienda hoy la tarea de ser amigos y testigos de Jesús, que en Belén vino a habitar en medio de nosotros. ¿No es hermoso darlo a conocer cada vez más entre vuestros amigos, en las ciudades, en las parroquias y en vuestras familias? La Iglesia os necesita para estar cerca de todos los niños y muchachos que viven en Italia. Testimoniad que Jesús no quita nada a vuestra alegría, sino que os hace más humanos, más verdaderos, más hermosos. Gracias, una vez más, por vuestra visita. Os bendigo con afecto a vosotros, a vuestros seres queridos, educadores y consiliarios, así como a todos los amigos de la Acción católica. ¡Feliz Navidad!

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a los Cardenales, Arzobispos, Obispos  
y Prelados Superiores  
de la Curia Romana**

*Viernes 22 de diciembre de 2006*

Señores cardenales;  
venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado;  
queridos hermanos:

Con gran alegría me encuentro hoy con vosotros y os dirijo a cada uno mi cordial saludo. Os agradezco vuestra presencia en

esta cita tradicional, que tiene lugar en la inminencia de la santa Navidad. Doy las gracias, en particular, al cardenal Ángelo Sodano por las palabras con que se ha hecho intérprete de los sentimientos de todos los presentes, tomando como punto de partida el tema central de la encíclica *Deus caritas est*. En esta significativa circunstancia, deseo renovarle la expresión de mi gratitud por el servicio que durante tantos años ha prestado al Papa y a la Santa Sede, sobre todo en calidad de secretario de Estado, y pido al Señor que lo recompense por el bien que ha realizado con su sabiduría y su celo por la misión de la Iglesia.

Al mismo tiempo, quiero renovar mis mejores deseos al cardenal Tarcisio Bertone por la nueva misión que le he encomendado. Extiendo de buen grado estos sentimientos a todos los que, a lo largo de este año, han entrado al servicio de la Curia romana o de la Gobernación, a la vez que con afecto y gratitud recordamos a los que el Señor ha llamado a sí de esta vida.

El año que se acerca a su fin, como ha dicho usted, eminencia, queda grabado en nuestra memoria con la profunda huella de los horrores de la guerra que se ha librado cerca de la Tierra Santa, así como, en general, del peligro de un enfrentamiento entre culturas y religiones, un peligro que se cierne aún como una amenaza sobre nuestro momento histórico.

Así, el problema de los caminos hacia la paz se ha convertido en un desafío de la máxima importancia para todos los que



se preocupan por el hombre. Esto vale de modo especial para la Iglesia, para la cual la promesa que acompañó sus inicios significa a la vez una responsabilidad y una tarea: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que él ama” (Lc 2, 14).

Este saludo del ángel a los pastores en la noche del nacimiento de Jesús en Belén revela una conexión inseparable entre la relación de los hombres con Dios y su relación mutua. La paz en la tierra no puede lograrse sin la reconciliación con Dios, sin la armonía entre el cielo y la tierra. Esta correlación del tema de “Dios” con el tema de la “paz” fue el aspecto fundamental de los cuatro viajes apostólicos de este año, a los que quiero referirme en este momento.

Ante todo tuvo lugar la visita pastoral a Polonia, país natal de nuestro amado Papa Juan Pablo II. El viaje a su patria era para mí un íntimo deber de gratitud por todo lo que me dio personalmente a mí, y sobre todo por lo que dio a la Iglesia y al mundo, durante el cuarto de siglo de su servicio. Su don más grande para todos nosotros fue su fe inquebrantable y el radicalismo de su entrega. En su lema, “Totus tuus”, se reflejaba todo su ser.

Sí, se entregó sin reservas a Dios, a Cristo, a la Madre de Cristo y a la Iglesia, al servicio del Redentor y de la redención del hombre. No se reservó nada; se dejó consumir totalmente por la llama de la fe. Nos mostró cómo, siendo hombre de nuestro tiempo, se puede creer en Dios, en

el Dios vivo que se hizo cercano a nosotros en Cristo. Nos mostró que es posible una entrega definitiva y radical de toda la vida y que, precisamente al entregarse, la vida se hace grande, amplia y fecunda.

En Polonia, en todos los lugares que visité, encontré la alegría de la fe. Allí se podían experimentar como una realidad las palabras que el escriba Esdras dirigió al pueblo de Israel recién vuelto del destierro, en medio de la miseria del nuevo inicio: “La alegría del Señor es vuestra fuerza” (Ne 8, 10). Me impresionó profundamente la gran cordialidad con que fui acogido por doquier. La gente veía en mí al Sucesor de Pedro, a quien está encomendado el ministerio pastoral para toda la Iglesia. Veían a aquél a quien, a pesar de toda su debilidad humana, se dirige hoy como entonces la palabra del Señor resucitado: “Apacienta mis ovejas” (cf. Jn 21, 15-19); veían al sucesor de aquél a quien Jesús dijo cerca de Cesarea de Filipo: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18). Pedro, por sí mismo, no era una roca, sino un hombre débil e inconstante. Sin embargo, el Señor quiso convertirlo precisamente a él en piedra, para demostrar que, a través de un hombre débil, es él mismo quien sostiene con firmeza a su Iglesia y la mantiene en la unidad.

Así, la visita a Polonia fue para mí, en el sentido más profundo, una fiesta de la catholicidad. Cristo es nuestra paz, que reúne a los separados: él es la reconciliación, por encima de todas las diferencias de las épocas históricas y de las culturas. Mediante

el ministerio petrino experimentamos esta fuerza unificadora de la fe que, partiendo de los numerosos pueblos, construye continuamente el único pueblo de Dios. Con alegría hemos hecho realmente esta experiencia: procediendo de numerosos pueblos, formamos el único pueblo de Dios, su santa Iglesia. Por eso, el ministerio petrino puede ser el signo visible que garantiza esta unidad y forma una unidad concreta. Por esta conmovedora experiencia de catolicidad quisiera dar gracias una vez más, de modo explícito y de todo corazón, a la Iglesia que está en Polonia.

En mis desplazamientos en Polonia no podía faltar la visita a Auschwitz-Birkenau, lugar de la barbarie más cruel, del intento de borrar al pueblo de Israel, de hacer así vana también la elección realizada por Dios, de expulsar a Dios mismo de la historia. Para mí fue motivo de gran consuelo ver aparecer en el cielo en ese momento el arco iris mientras yo, ante el horror de aquel lugar, con la actitud de Job, clamaba a Dios, turbado por el temor de su aparente ausencia y al mismo tiempo sostenido por la certeza de que, incluso en su silencio, no deja de existir y de permanecer con nosotros. El arco iris era como una respuesta: Sí, yo existo, y también hoy siguen siendo válidas las palabras de la promesa, de la Alianza, que pronuncié tras el diluvio (cf. Gn 9, 12-17).

El viaje a España, a Valencia, se centró en el tema del matrimonio y de la familia. Fue hermoso escuchar, ante la asamblea de personas de todos los continentes, el testimonio de cónyuges que, bendecidos

con muchos hijos, se presentaron delante de nosotros y hablaron de sus respectivos caminos en el sacramento del matrimonio y en sus familias numerosas. No ocultaron que han tenido también días difíciles, que han pasado tiempos de crisis. Pero precisamente en el esfuerzo por soportarse mutuamente día tras día, precisamente al aceptarse siempre en el crisol de los afanes cotidianos, viviendo y sufriendo a fondo el “sí” inicial, precisamente en este camino del “perderse” evangélico habían madurado, se habían encontrado a sí mismos y habían llegado a ser felices. El sí que se habían dado recíprocamente, con la paciencia del camino y con la fuerza del sacramento con que Cristo los había unido, se había transformado en un gran “sí” ante sí mismos, ante los hijos, ante el Dios creador y ante el Redentor Jesucristo.

Así, del testimonio de estas familias nos llegaba una ola de alegría, no de una alegría superficial y mezquina, que desaparece en seguida, sino de una alegría madurada incluso en el sufrimiento, de una alegría muy profunda que realmente redime al hombre. Ante estas familias con sus hijos, ante estas familias en las que las generaciones se dan la mano y en las que el futuro está presente, el problema de Europa, que aparentemente casi ya no quiere tener hijos, me penetró en el alma.

Para un extraño, esta Europa parece cansada; más aún, da la impresión de querer despedirse de la historia. ¿Por qué están así las cosas? Ésta es la gran pregunta. Seguramente las respuestas son muy complejas. Antes de buscar esas respuestas

es necesario dar las gracias a los numerosos cónyuges que también hoy, en nuestra Europa, dicen “sí” al hijo y aceptan las molestias que esto conlleva: los problemas sociales y económicos, así como las preocupaciones y los trabajos de cada día; la entrega necesaria para abrir a los hijos el camino hacia el futuro.

Aludiendo a estas dificultades tal vez se aclaran un poco las razones por las cuales a muchos les parece demasiado grande el riesgo de tener hijos. El niño necesita atención amorosa. Eso significa que debemos darle algo de nuestro tiempo, del tiempo de nuestra vida. Pero precisamente esta “materia prima” esencial de la vida -el tiempo- parece escasear cada vez más. El tiempo de que disponemos apenas basta para nuestra propia vida: ¿cómo podríamos cederlo, darlo a otro? Tener tiempo y dar tiempo es para nosotros un modo muy concreto de aprender a entregarnos nosotros mismos, de perdernos para encontrarnos.

A este problema se añade el cálculo difícil: ¿qué normas debemos imponer al niño para que siga el camino recto? Y, al hacerlo, ¿cómo debemos respetar su libertad? El problema se ha vuelto tan difícil, entre otras causas, porque ya no estamos seguros de las normas que conviene transmitir; porque ya no sabemos cuál es el uso correcto de la libertad, cuál es el modo correcto de vivir, qué cosas son un deber moral y, al contrario, qué cosas son inaceptables. El espíritu moderno ha perdido la orientación, y esta falta de orientación nos

impide ser para los demás señales que indiquen el camino recto.

Pero el problema es aún más profundo. El hombre de hoy siente gran incertidumbre con respecto a su futuro. ¿Se puede enviar a alguien a ese futuro incierto? En definitiva, ¿es algo bueno ser hombre? Tal vez esta profunda incertidumbre acerca del hombre mismo -juntamente con el deseo de tener la vida totalmente para sí mismos- es la razón más profunda por la que el riesgo de tener hijos se presenta a muchos como algo prácticamente insostenible.

De hecho, sólo podemos transmitir la vida de modo responsable si somos capaces de transmitir algo más que la simple vida biológica, es decir, un sentido que sostenga también en las crisis de la historia futura y una certeza en la esperanza que sea más fuerte que las nubes que ensombrecen el porvenir. Si no aprendemos nuevamente los fundamentos de la vida, si no descubrimos de nuevo la certeza de la fe, cada vez nos resultará menos posible comunicar a otros el don de la vida y la tarea de un futuro desconocido.

Por último, también está unido a lo anterior el problema de las decisiones definitivas: ¿el hombre puede vincularse para siempre?, ¿puede decir un “sí” para toda la vida”? Sí puede. Ha sido creado para esto. Precisamente así se realiza la libertad del hombre y así se crea también el ámbito sagrado del matrimonio, que se ensancha al convertirse en familia y construye futuro.

Al llegar a este punto, no puedo ocultar mi preocupación por las leyes de parejas de hecho. Muchas de estas parejas han elegido este camino porque, al menos por el momento, no se sienten capaces de aceptar la convivencia jurídicamente ordenada y vinculante del matrimonio. De este modo, prefieren quedarse simplemente en el estado de hecho. Cuando se crean nuevas formas jurídicas que relativizan el matrimonio, la renuncia a un vínculo definitivo obtiene también, por decirlo así, un sello jurídico. En este caso, a quien ya tiene dificultad, le resulta aún más difícil decidirse.

Además, para la otra forma de parejas, se añade la relativización de la diferencia de sexos. Así, la unión de un hombre y una mujer resulta igual que la de dos personas del mismo sexo. De este modo se confirman tácitamente las funestas teorías que quitan toda importancia a la masculinidad y a la feminidad de la persona humana, como si se tratara de un hecho puramente biológico; teorías según las cuales el hombre -es decir, su intelecto y su voluntad- decidiría autónomamente qué es o no es.

En esto se produce una depreciación de la corporeidad, de la cual se sigue que el hombre, al querer emanciparse de su cuerpo -de la "esfera biológica"- acaba por destruirse a sí mismo. Si nos dicen que la Iglesia no debería entrometerse en estos asuntos, entonces podemos limitarnos a responder: ¿Es que el hombre no nos interesa? Los creyentes, en virtud de la gran cultura de su fe, ¿no tienen acaso el de-

recho de pronunciarse en todo esto? ¿No tienen -no tenemos- más bien el deber de alzar la voz para defender al hombre, a la criatura que precisamente en la unidad inseparable de cuerpo y alma es imagen de Dios?

El viaje a Valencia se convirtió para mí en un viaje a la búsqueda de lo que significa ser hombre.

Proseguimos mentalmente hacia Baviera: Munich, Altötting, Ratisbona y Freising. Allí viví las hermosas e inolvidables jornadas del encuentro con la fe y con los fieles de mi patria. El gran tema de mi viaje a Alemania fue Dios. La Iglesia debe hablar de muchas cosas: de todas las cuestiones relacionadas con el ser del hombre, con su estructura y su ordenamiento, etc. Pero su tema verdadero, y en varios aspectos único, es "Dios". Y el gran problema de Occidente es el olvido de Dios: es un olvido que se difunde. Estoy convencido de que todos los problemas particulares pueden remitirse, en última instancia, a esta pregunta.

Por eso, en ese viaje mi intención principal era poner de relieve el tema de "Dios", consciente de que en algunas partes de Alemania la mayoría de los habitantes no son bautizados y para ellos el cristianismo y el Dios de la fe parecen algo del pasado. Al hablar de Dios, también tocamos precisamente el tema que constituyó el interés central de la predicación terrena de Jesús. El tema fundamental de esa predicación es el dominio de Dios, el "reino de Dios". Esas palabras no aluden a algo que vendrá

más tarde o más temprano en un futuro indeterminado. Tampoco se refieren al mundo mejor que tratamos de crear paso a paso con nuestras fuerzas.

En la expresión “reino de Dios” la palabra “Dios” es un genitivo subjetivo, lo cual significa que Dios no es una añadidura al “reino”, de la que se podría prescindir. Dios es el sujeto. Reino de Dios quiere decir, en realidad “Dios reina”. Él mismo está presente y es decisivo para los hombres en el mundo. Él es el sujeto y donde falta este sujeto no queda nada del mensaje de Jesús. Por eso Jesús dice: el reino de Dios no viene de tal manera que podamos -por decirlo así- situarnos al borde del camino y contemplar su llegada. “Está en medio de vosotros” (cf. Lc 17, 20 s). Este reino se desarrolla donde se realiza la voluntad de Dios. Está presente donde hay personas que se abren a su llegada y así dejan que Dios entre en el mundo. Por eso Jesús es el reino de Dios en persona: el hombre en el cual Dios está en medio de nosotros y a través del cual podemos tocar a Dios, acercarnos a Dios. Donde esto acontece, el mundo se salva.

Con el tema de Dios estaban y están relacionados dos temas que marcaron las jornadas de la visita a Baviera: el tema del sacerdocio y el del diálogo. San Pablo llama a Timoteo -y en él al obispo, y en general al sacerdote- “hombre de Dios” (1 Tm 6, 11). La misión fundamental del sacerdote consiste en llevar a Dios a los hombres. Ciertamente, sólo puede hacerlo si él mismo viene de Dios, si vive con Dios y de Dios.

Eso lo expresa admirablemente un versículo de un Salmo sacerdotal que nosotros -la generación antigua- rezamos cuando fuimos admitidos al estado clerical: “El Señor es el lote de mi heredad y mi copa: mi suerte está en tu mano” (Sal 15, 5). El orante-sacerdote de este Salmo interpreta su vida partiendo de la forma de distribuir el territorio establecida en el Deuteronomio (cf. Dt 10, 9). Después de tomar posesión de la Tierra, cada tribu obtiene por sorteo su lote de la Tierra santa y así participa en el gran don prometido al patriarca Abraham. Sólo la tribu de Leví no recibe ningún lote: su tierra es Dios mismo.

Esta afirmación tenía, ciertamente, un sentido muy práctico. Los sacerdotes no vivían, como las demás tribus, del trabajo de la tierra, sino de las ofertas. Sin embargo, la afirmación es aún más profunda: Dios mismo es el verdadero fundamento de la vida del sacerdote, la base de su existencia, la tierra de su vida.

La Iglesia, en esta interpretación veterotestamentaria de la vida sacerdotal -una interpretación que se repite varias veces también en el Salmo 118- ha visto con razón la explicación de lo que significa la misión sacerdotal siguiendo a los Apóstoles, en comunión con Jesús mismo. El sacerdote puede y debe decir también hoy con el levita: “Dominus pars hereditatis meae et calicis mei”. Dios mismo es mi lote de tierra, el fundamento externo e interno de mi existencia.

Esta visión teocéntrica de la vida sacerdotal es necesaria precisamente en nuestro

mundo totalmente funcionalista, en el que todo se basa en realizaciones calculables y comprobables. El sacerdote debe conocer realmente a Dios desde su interior y así llevarlo a los hombres: éste es el servicio principal que la humanidad necesita hoy. Si en una vida sacerdotal se pierde esta centralidad de Dios, se vacía progresivamente también el celo de la actividad. En el exceso de las cosas externas, falta el centro que da sentido a todo y lo conduce a la unidad. Falta allí el fundamento de la vida, la “tierra” sobre la que todo esto puede estar y prosperar.

El celibato, vigente para los obispos en toda la Iglesia oriental y occidental, y, según una tradición que se remonta a una época cercana a la de los Apóstoles, en la Iglesia latina para los sacerdotes en general, sólo se puede comprender y vivir, en definitiva, sobre la base de este planteamiento de fondo. Las razones puramente pragmáticas, la referencia a la mayor disponibilidad, no bastan. Esa mayor disponibilidad de tiempo fácilmente podría llegar a ser también una forma de egoísmo, que se ahorra los sacrificios y las molestias necesarias para aceptarse y soportarse mutuamente en el matrimonio; de esta forma, podría llevar a un empobrecimiento espiritual o a una dureza de corazón.

El verdadero fundamento del celibato sólo puede quedar expresado en la frase: “Dominus pars”, Tú eres el lote de mi heredad. Sólo puede ser teocéntrico. No puede significar quedar privados de amor; debe significar dejarse arrastrar por el amor a Dios y luego, a través de una re-

lación más íntima con él, aprender a servir también a los hombres. El celibato debe ser un testimonio de fe: la fe en Dios se hace concreta en esa forma de vida, que sólo puede tener sentido a partir de Dios. Fundar la vida en él, renunciando al matrimonio y a la familia, significa acoger y experimentar a Dios como realidad, para así poderlo llevar a los hombres.

Nuestro mundo, que se ha vuelto totalmente positivista, en el cual Dios sólo encuentra lugar como hipótesis, pero no como realidad concreta, necesita apoyarse en Dios del modo más concreto y radical posible. Necesita el testimonio que da de Dios quien decide acogerlo como tierra en la que se funda su propia vida. Por eso precisamente hoy, en nuestro mundo actual, el celibato es tan importante, aunque su cumplimiento en nuestra época se vea continuamente amenazado y puesto en tela de juicio.

Hace falta una preparación esmerada durante el camino hacia este objetivo; un acompañamiento continuo por parte del obispo, de amigos sacerdotes y de laicos, que sostengan juntos este testimonio sacerdotal. Hace falta la oración que invoque sin cesar a Dios como el Dios vivo y se apoye en él tanto en los momentos de confusión como en los de alegría. De este modo, contrariamente a la tendencia cultural que trata de convencernos de que no somos capaces de tomar esas decisiones, este testimonio se puede vivir y así puede volver a introducir a Dios en nuestro mundo como realidad.

El otro gran tema relacionado con el tema de Dios es el del diálogo. El círculo interior del complejo diálogo que hoy resulta necesario, el compromiso común de todos los cristianos en favor de la unidad, se hizo evidente en las Vísperas ecuménicas de la catedral de Ratisbona donde, además de los hermanos y hermanas de la Iglesia católica, me encontré con muchos amigos de la Ortodoxia y del Cristianismo Evangélico. Estábamos todos allí reunidos para rezar los Salmos y escuchar la palabra de Dios, y no es insignificante el hecho de que nos haya sido concedida esta unidad.

El encuentro con la Universidad, como corresponde a ese lugar, estuvo dedicado al diálogo entre la fe y la razón. Con ocasión de mi encuentro con el filósofo Jürgen Habermas, hace algunos años en Munich, él dijo que nos hacían falta pensadores capaces de traducir las convicciones cifradas de la fe cristiana al lenguaje del mundo secularizado para hacerlas así eficaces de nuevo. De hecho resulta cada vez más evidente la gran necesidad que tiene el mundo del diálogo entre la fe y la razón.

Manuel Kant, en su tiempo, consideraba que la esencia de la Ilustración se resumía en la expresión "sapere aude": en la valentía del pensamiento que no permite que ningún prejuicio lo ponga en aprieto. Pues bien, desde entonces la capacidad cognoscitiva del hombre, su dominio sobre la materia mediante la fuerza del pensamiento, ha hecho progresos en aquel tiempo inimaginables. Pero el poder del hombre, que ha aumentado en sus manos

gracias a la ciencia, se transforma cada vez más en un peligro que se cierne sobre el hombre mismo y sobre el mundo.

La razón orientada totalmente a enseñorearse del mundo no acepta ya límites. Está a punto de tratar al hombre mismo como simple materia de su producción y de su poder. Nuestro conocimiento aumenta, pero al mismo tiempo se produce una progresiva ceguera de la razón con respecto a sus mismos fundamentos, con respecto a los criterios que le dan orientación y sentido.

La fe en el Dios que es en persona la Razón creadora del universo debe ser acogida por la ciencia de modo nuevo como un desafío y una oportunidad. Recíprocamente, esta fe debe reconocer nuevamente su intrínseca amplitud y su propia racionalidad. La razón necesita el Logos que está en el inicio y es nuestra luz; la fe, por su parte, necesita el coloquio con la razón moderna para darse cuenta de su propia grandeza y corresponder a sus responsabilidades. Esto es lo que traté de poner de relieve en mi lección magistral en Ratisbona. No es una cuestión puramente académica; en ella está en juego el futuro de todos nosotros.

En Ratisbona, el diálogo entre las religiones se tocó marginalmente y desde un doble punto de vista. La razón secularizada no es capaz de entrar en un verdadero diálogo con las religiones. Si se cierra ante la cuestión de Dios, esto acabará por llevar al enfrentamiento de las culturas. El otro punto de vista se refería a la afir-

mación según la cual las religiones deben colaborar en la tarea común de ponerse al servicio de la verdad y, por consiguiente, del hombre.

La visita a Turquía me brindó la ocasión de manifestar también públicamente mi respeto por la religión islámica, un respeto, por lo demás, que el concilio Vaticano II (cf. *Nostra aetate*, 3) indicó como la actitud que debemos tomar. En este momento quiero expresar una vez más mi gratitud a las autoridades de Turquía y al pueblo turco, que me acogió con una hospitalidad tan grande y me hizo vivir días inolvidables de encuentro.

En el diálogo con el islam, que es preciso intensificar, debemos tener presente que el mundo musulmán se encuentra hoy con gran urgencia ante una tarea muy semejante a la que se impuso a los cristianos desde los tiempos de la Ilustración y que el concilio Vaticano II, como fruto de una larga y ardua búsqueda, llevó a soluciones concretas para la Iglesia católica.

Se trata de la actitud que la comunidad de los fieles debe adoptar ante las convicciones y las exigencias que se afirmaron en la Ilustración. Por una parte, hay que oponerse a una dictadura de la razón positivista que excluye a Dios de la vida de la comunidad y de los ordenamientos públicos, privando así al hombre de sus criterios específicos de medida. Por otra, es necesario aceptar las verdaderas conquistas de la Ilustración, los derechos del hombre, y especialmente la libertad de la fe y de su ejercicio, reconociendo en ellos

elementos esenciales también para la autenticidad de la religión.

Del mismo modo que en la comunidad cristiana tuvo lugar una larga búsqueda de la postura correcta de la fe ante esas convicciones -una búsqueda que desde luego nunca concluirá definitivamente-, así también el mundo islámico, con su propia tradición, tiene ante sí la gran tarea de encontrar a este respecto las soluciones adecuadas. En este momento, el contenido del diálogo entre cristianos y musulmanes consistirá sobre todo en encontrarse en este compromiso para hallar las soluciones correctas. Los cristianos nos sentimos solidarios con todos los que, precisamente por su convicción religiosa de musulmanes, se comprometen contra la violencia y en favor de la sinergia entre fe y razón, entre religión y libertad. En este sentido, los dos diálogos de los que he hablado se compenetran mutuamente.

Por último, en Estambul viví una vez más momentos felices de cercanía ecuménica en el encuentro con el Patriarca ecuménico Bartolomé I. Hace algunos días me escribió una carta cuyas palabras de gratitud, que brotaron de lo más íntimo de su corazón, me han hecho de nuevo muy presente la experiencia de comunión de esos días. Experimentamos que somos hermanos no sólo por palabras y acontecimientos históricos, sino desde lo más íntimo del alma; que estamos unidos por la fe común de los Apóstoles, desde dentro de nuestro pensamiento y sentimiento personal.



Experimentamos una unidad profunda en la fe y pediremos al Señor con más insistencia aún que nos conceda pronto también la unidad plena en la común fracción del Pan.

Mi profunda gratitud y mi oración fraterna se dirigen en estos momentos al Patriarca Bartolomé y a sus fieles, así como a las diversas comunidades cristianas con las que me encontré en Estambul. Esperamos y oramos para que la libertad religiosa, que corresponde a la naturaleza íntima de la fe y está reconocida en los principios de la Constitución turca, encuentre en las formas jurídicas adecuadas y en la vida diaria del Patriarcado y de las demás comunidades cristianas una realización práctica cada vez mayor.

“Et erit iste pax”: “Él será la paz”, dice el profeta Miqueas (Mi 5, 4) refiriéndose al futuro dominador de Israel, cuyo nacimiento en Belén anuncia. A los pastores que apacentaban sus ovejas en los campos cercanos a Belén los ángeles les dijeron: el Esperado ha llegado. “Paz en la tierra a los hombres” (Lc 2, 14). Él mismo, Cristo, el Señor, dijo a sus discípulos: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn 14, 27). A partir de estas palabras se formó el saludo litúrgico: “La paz esté con vosotros”. Esta paz, que se comunica en la liturgia, es Cristo mismo. Él se nos da como la paz, como la reconciliación, superando toda frontera. Donde es acogido, surgen islas de paz.

Los hombres hubiéramos querido que Cristo eliminara de una vez para

siempre toda las guerras, destruyera las armas y estableciera la paz universal. Pero debemos aprender que la paz no puede alcanzarse únicamente desde fuera con estructuras y que el intento de establecerla con la violencia sólo lleva a una violencia siempre nueva. Debemos aprender que la paz, como decía el ángel de Belén, implica eudokia, abrir nuestro corazón a Dios. Debemos aprender que la paz sólo puede existir si se supera desde dentro el odio y el egoísmo. El hombre debe renovarse desde su interior; debe renovarse y ser distinto.

Así la paz en este mundo sigue siendo débil y frágil. Y nosotros sufrimos las consecuencias. Precisamente por eso estamos llamados, mucho más aún, a dejar que la paz de Dios penetre en nuestro interior y a llevar su fuerza al mundo. En nuestra vida debe realizarse lo que en el bautismo aconteció sacramentalmente en nosotros: la muerte del hombre viejo y el nacimiento del nuevo. Y seguiremos pidiendo al Señor con gran insistencia: Sacude los corazones. Haznos hombres nuevos. Ayuda para que la razón de la paz triunfe sobre la irracionalidad de la violencia. Haznos portadores de tu paz.

Que nos obtenga esta gracia la Virgen María, a la que os encomiendo a vosotros y vuestro trabajo. A cada uno de vosotros, aquí presentes, y a vuestros seres queridos renuevo mi más cordial felicitación navideña. Y, como signo de nuestra alegría, mañana será día de vacación en la Curia, para prepararse

bien, material y espiritualmente, a la Navidad. A los colaboradores de los diversos dicasterios y oficinas de la Curia romana y de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano les imparto con afecto la bendición apostólica.

¡Feliz Navidad! Os felicito también por el Año nuevo.

**Alocución del Papa,  
Benedicto XVI,  
durante su visita al comedor  
de la Cáritas de Roma**

*Jueves 4 de enero de 2007*

Queridos amigos:

Con mucho gusto he venido a visitaros en medio del clima de las festividades navideñas y al inicio de un nuevo año, que deseo transcurra serenamente para todos. El ambiente navideño hace aún más familiar este encuentro, que se realiza en un lugar significativo de la ciudad de Roma: un lugar lleno de humanidad.

Os saludo a todos con afecto, comenzando por el cardenal Camillo Ruini y el obispo auxiliar del sector centro, mons. Ernesto Mandara; saludo al director de la Cáritas romana, mons. Guerino Di Tora, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido, y al vicedirector, mons. Angelo Bergamaschi, así como a los colaboradores y a los voluntarios.

Saludo al responsable, a los educadores y a los muchachos del centro juvenil “Il Centro”, a los que agradezco los hermosos cantos con que nos han alegrado. Además, habéis cantado el “Te Deum” en alemán. Gracias por este gesto especial. Saludo al párroco de San Silvestre y San Martín en los Montes, a los sacerdotes y a las personas consagradas presentes. Expreso mi agradecimiento en especial a la señora jefe del servicio del comedor, al voluntario y al huésped que se han hecho portavoces e intérpretes de los sentimientos comunes.

Mi saludo más cordial se dirige a vosotros que diariamente gozáis del servicio de este comedor de la Cáritas, y con el pensamiento quisiera abrazar a todos vuestros amigos que, procedentes de casi todos los países del mundo, están presentes en esta ciudad.

En este comedor, que en cierto modo podría considerarse el símbolo de la Cáritas de Roma, en esta posada, como ha dicho vuestra portavoz, se puede palpar la presencia de Cristo en el hermano que tiene hambre y en el que le da de comer. Aquí se puede experimentar que, cuando amamos al prójimo, conocemos mejor a Dios, pues en la cueva de Belén él se manifestó a nosotros en la pobreza de un recién nacido necesitado de todo.

El mensaje de la Navidad es sencillo: Dios ha venido a nosotros porque nos ama y espera nuestro amor. Dios es amor: no un amor sentimental, sino un amor que se ha hecho entrega total hasta el sacrificio de la cruz, comenzando por el nacimiento en la cueva de Belén.

De este amor, realista y divino, nos habla el hermoso belén que habéis querido montar dentro de vuestro comedor, y que hace poco he podido admirar. En su sencillez, el belén nos dice que el amor y la pobreza van juntos, como enseña también un gran enamorado de Cristo, san Francisco de Asís. En la Navidad Dios se ha hecho hombre, porque se interesa por el hombre, por todo hombre.

San Gregorio Nacianceno dijo que se ha hecho hombre porque quería experimentar personalmente lo que es ser hombre, lo que significa vivir realmente la pobreza. El gran Dios quería experimentar personalmente la vida humana, todos los sufrimientos y todas las necesidades humanas. Recién nacido, fue recostado en el pesebre de Belén, palabra que, como sabéis, significa “la casa del pan”.

En realidad, Jesús, “el pan bajado del cielo”, “el pan de vida” (cf. Jn 6, 32-51), se hace visible cada día de algún modo en este comedor, donde no sólo se quiere dar de comer -ciertamente, comer es importante-, sino que también se quiere servir a la persona, sin distinción de raza, religión y cultura. “El hombre que sufre nos pertenece”, decía mi inolvidable predecesor Juan Pablo II, al cual precisamente hoy hemos dedicado este comedor. Desde la cueva de Belén, desde todo belén se difunde un anuncio destinado a todos: Jesús nos ama y nos enseña a amar, nos impulsa a amar.

Ojalá que los responsables, los voluntarios y todos los que frecuentan el come-

edor experimenten la belleza de este amor; ojalá que sientan la profundidad de la alegría que deriva de él, una alegría que ciertamente es diversa de la ilusoria que nos presenta la publicidad.

Dentro de poco concluiremos este encuentro elevando al Señor nuestra oración. Él conoce muy bien las necesidades materiales y espirituales de todos los presentes. Yo quisiera pedirle, en particular, que siga protegiendo a todos los que en la Cáritas romana realizan una valiosa obra de solidaridad, aquí y en otros lugares de la ciudad. Que el Espíritu Santo impulse el corazón de los responsables y de todos los colaboradores y voluntarios, para que desempeñen su servicio con una entrega cada vez más consciente, inspirándose en el auténtico estilo del amor cristiano, que los santos de la caridad resumieron en el lema: el bien hay que hacerlo bien.

Que sobre todos vele con amor solícito la Virgen María, Madre de la Iglesia, Madre de cada uno de nosotros.

De corazón os bendigo a todos.

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al cuerpo diplomático acreditado  
ante la Santa Sede**

*Lunes 8 de enero de 2007*

Señor Decano, Excelencias, Señoras y Señores:

Con mucho gusto os recibo hoy para esta tradicional ceremonia de intercambio de felicitaciones. Aunque se renueva cada año, no se trata sin embargo de una simple formalidad, sino de una ocasión para consolidar nuestra esperanza y para comprometernos aún más al servicio de la paz y del desarrollo de las personas y de los pueblos.

En primer lugar, deseo agradecer a vuestro Decano, el Embajador Giovanni Galassi, las amables palabras con las que ha expresado vuestra felicitación. Dirijo también un saludo particular a los Embajadores que participan por primera vez en este encuentro. A todos os expreso mis más cordiales votos y os aseguro mis oraciones para que el 2007 sea para vosotros, vuestras familias y colaboradores, para todos los pueblos y para quienes los rigen, un año de prosperidad y de paz.

Al inicio del año se nos invita a mirar la situación internacional para examinar los retos que debemos afrontar juntos. Entre las cuestiones esenciales, ¿cómo no pensar en los millones de personas, especialmente mujeres y niños, que carecen de agua, comida y vivienda? El escándalo del hambre, que tiende a agravarse, es inaceptable en un mundo que dispone de bienes, de conocimientos y de medios para subsanarlo. Esto nos impulsa a cambiar nuestros modos de vida y nos recuerda la urgencia de eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial, y corregir los modelos de crecimiento que parecen incapaces de garantizar el respeto del medio ambiente y un

desarrollo humano integral para hoy y sobre todo para el futuro. Invito de nuevo a los Responsables de las Naciones más ricas a tomar las iniciativas necesarias para que los países pobres, que a menudo poseen muchas riquezas naturales, puedan beneficiarse de los frutos de sus propios bienes. Desde este punto de vista, es también motivo de preocupación el retraso en el cumplimiento de los compromisos asumidos por la comunidad internacional en los años recientes. Sería, pues, de desear la reanudación de las negociaciones comerciales de "Doha Development Round" de la Organización Mundial del Comercio, así como la continuación y la aceleración del proceso de anulación y reducción de la deuda de los países más pobres, sin que eso esté condicionado por medidas de ajuste estructural, perjudiciales para las poblaciones más vulnerables.

Igualmente, en el ámbito del desarme, se multiplican los síntomas de una crisis progresiva, vinculada a las dificultades en las negociaciones sobre las armas convencionales así como sobre las armas de destrucción masiva, y, por otra parte, al aumento de los gastos militares a escala mundial. Las cuestiones de seguridad, agravadas por el terrorismo que es necesario condenar firmemente, deben tratarse con un enfoque global y clarividente.

Por lo que se refiere a las crisis humanitarias, conviene tener en cuenta que las Organizaciones que las afrontan necesitan un apoyo más fuerte, a fin de que puedan proporcionar protección y asistencia a las víctimas. Otra cuestión que adquiere siem-

pre más relieve es la de los movimientos de personas: millones de hombres y mujeres se ven obligados a dejar sus hogares o su patria debido a violencias, o a buscar condiciones de vida más dignas. Es ilusorio pensar que los fenómenos migratorios puedan ser bloqueados o controlados simplemente por la fuerza. Las migraciones y los problemas que crean deben afrontarse con humanidad, justicia y compasión.

¿Cómo no preocuparse también de los continuos atentados a la vida, desde la concepción hasta la muerte natural? Tales atentados afectan incluso a regiones donde la cultura del respeto de la vida es tradicional, como en África, donde se intenta trivializar subrepticamente el aborto por medio del Protocolo de Maputo, así como por el Plan de acción adoptado por los Ministros de Sanidad de la Unión Africana, y que dentro de poco se someterá a la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno. Se extienden también amenazas contra la estructura natural de la familia, fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, así como los intentos de relativizarla dándole el mismo estatuto que a otras formas de unión radicalmente diferentes. Todo esto ofende la familia y contribuye a desestabilizarla, violando su carácter específico y su papel social único. Otras formas de agresión a la vida se cometen a veces al amparo de la investigación científica. Se apoya en la convicción de que la investigación no está sometida más que a las leyes que ella se da a sí misma, y que no tiene otro límite que sus propias posibilidades. Es

el caso, por ejemplo, del intento de legitimar la clonación humana para hipotéticos fines terapéuticos.

Este cuadro preocupante no impide percibir elementos positivos que caracterizan nuestra época. Quisiera mencionar, en primer lugar, la creciente toma de conciencia sobre la importancia del diálogo entre las culturas y entre las religiones. Se trata de una necesidad vital, concretamente ante los retos comunes que afectan a la familia y a la sociedad. Por otra parte, pongo de relieve numerosas iniciativas en este sentido, encaminadas a construir las bases comunes para vivir en concordia.

Conviene también tener en cuenta cómo la comunidad internacional ha tomado conciencia cada vez más de los enormes retos de nuestro tiempo, así como de los esfuerzos para que se traduzca en actos concretos. En el seno de la Organización de las Naciones Unidas, el año pasado se ha creado el Consejo de Derechos Humanos, esperando que centre su actividad en la defensa y promoción de los derechos fundamentales de la persona, en particular el derecho a la vida y el derecho a la libertad religiosa. Evocando las Naciones Unidas, me siento en el deber de saludar con gratitud a Su Excelencia el Señor Kofi Annan por la obra llevada a cabo durante sus mandatos de Secretario General. Formulo mis mejores votos para su sucesor, el Señor Ban Ki-moon, que acaba de asumir sus funciones.

En el ámbito del desarrollo, se han promovido también diversas iniciativas a las

que la Santa Sede ha ofrecido su apoyo, recordando al mismo tiempo que estos proyectos no deben dispensar del compromiso de los países desarrollados de destinar el 0,70% de su producto interior bruto para la ayuda internacional. Otro elemento importante es el esfuerzo común para la erradicación de la miseria, que requiere no sólo una asistencia cuya extensión es de desear, sino también la toma de conciencia sobre la importancia de la lucha contra la corrupción y la promoción de la buena administración. Es necesario también fomentar y continuar los esfuerzos realizados con el fin de garantizar la aplicación del derecho humanitario a las personas y a los pueblos, para una protección más eficaz de las poblaciones civiles.

Al considerar la situación política en los distintos continentes, encontramos aún muchos motivos de preocupación y de esperanza. Constatamos en primer lugar que la paz es a menudo muy frágil e incluso ridiculizada. No podemos olvidar el Continente africano. El drama de Darfour continúa y se extiende a las regiones fronterizas del Chad y de la República Centroafricana. La comunidad internacional parece impotente desde hace casi cuatro años, a pesar de las iniciativas destinadas a aliviar a las poblaciones indefensas y a aportar una solución política. Estos medios sólo podrán ser eficaces mediante una colaboración activa entre las Naciones Unidas, la Unión Africana, los Gobiernos implicados y otros protagonistas. Les invito a todos a actuar con determinación: no podemos aceptar que tantos inocentes sigan sufriendo y muriendo así.

La situación en el Cuerno de África se ha agravado recientemente con la reanudación de las hostilidades y la internacionalización del conflicto. Al llamar a todas las partes a que abandonen las armas y a la negociación, me permito recordar a Sor Leonella Sgorbati, que dio su vida al servicio de los más desfavorecidos, invocando el perdón para sus asesinos. Que su ejemplo y su testimonio inspiren a todos los que buscan realmente el bien de Somalia.

En Uganda, es preciso alentar los avances de las negociaciones entre las partes, de cara a poner fin a un conflicto cruel en el que se han reclutado incluso numerosos niños obligados a hacer de soldados. Esto permitirá a muchos desplazados volver a su casa y reemprender una vida digna. La colaboración de los jefes religiosos y la reciente designación de un Representante del Secretario General de las Naciones Unidas son un buen augurio. Repito: no olvidemos África y sus numerosas situaciones de guerra y tensión. Es necesario recordar que sólo las negociaciones entre los diferentes protagonistas pueden abrir la vía para una justa solución de los conflictos y dejar entrever un progreso en la consolidación de la paz.

La Región de los Grandes Lagos se ha visto ensangrentada, después de años, por guerras feroces. Con satisfacción y esperanza conviene acoger la reciente evolución positiva, en particular la conclusión de la fase de transición política en Burundi y más recientemente en la República Democrática del Congo. Sin embargo, es urgente que los países se esfuercen en

recuperar el funcionamiento de las instituciones del estado de derecho, para poner freno a todas las arbitrariedades y permitir el desarrollo social. Para Ruanda, deseo que el largo proceso de reconciliación nacional después del genocidio alcance su fruto en la justicia, y también en la verdad y el perdón. La Conferencia internacional sobre la Región de los Grandes Lagos, con la participación de una delegación de la Santa Sede y de representantes de numerosas conferencias episcopales nacionales y regionales de África Central y Oriental, deja entrever nuevas esperanzas. Finalmente, quisiera mencionar Costa de Marfil, exhortando a las partes implicadas a crear un clima de confianza recíproca que pueda llevar al desarme y a la pacificación, y, por otra parte, África Austral: en estos países, millones de personas se ven reducidas a una situación muy vulnerable, que exige la atención y el apoyo de la comunidad internacional.

Señales positivas para África vienen igualmente de la voluntad, expresada por la comunidad internacional, de mantener este continente en el centro de su atención, y también de reforzar las instituciones continentales y regionales, que da prueba de la intención de los países interesados de hacerse cada vez más responsables de su propio destino. Asimismo, es necesario alabar la digna actitud de las personas que cada día, sobre el terreno, se comprometen con determinación a promover proyectos que contribuyen al desarrollo y a la organización de la vida económica y social.

El viaje apostólico, que en el próximo mes de mayo haré a Brasil, me ofrece la ocasión de dirigir mi mirada hacia este gran país que me espera con alegría, y hacia toda Latinoamérica y el Caribe. La mejora de algunos índices económicos, el compromiso en la lucha contra el tráfico de drogas y contra la corrupción, los distintos procesos de integración, los esfuerzos para mejorar el acceso a la educación, para combatir el desempleo y para reducir desigualdades en la distribución de las rentas, son índices que se han de destacar con satisfacción. Si estos progresos se consolidan, podrán contribuir de manera determinante a vencer la pobreza que aflige a vastos sectores de la población y aumentar la estabilidad institucional. Al tratar sobre las elecciones que se han tenido el año pasado en varios países, conviene subrayar que la democracia está llamada a tener en cuenta las aspiraciones del conjunto de los ciudadanos, a promover el desarrollo en el respeto de todos los miembros de la sociedad, según los principios de la solidaridad, de la subsidiariedad y de la justicia. Sin embargo, conviene ponerse en guardia frente al riesgo de un ejercicio de la democracia que se transforme en dictadura del relativismo, proponiendo modelos antropológicos incompatibles con la naturaleza y la dignidad del hombre.

Mi atención se dirige muy especialmente hacia algunos países, en particular Colombia, donde el largo conflicto interno ha provocado una crisis humanitaria, sobre todo por lo que se refiere a las personas desplazadas. Se deben hacer todos los esfuerzos necesarios para pacificar el país,

para devolver las personas secuestradas a sus familias, para volver a dar seguridad y una vida normal a millones de personas. Tales señales darían confianza a todos, incluso a los que han estado implicados en la lucha armada. Nuestra mirada se dirige a Cuba. Con el deseo de que cada uno de sus habitantes pueda realizar sus aspiraciones legítimas en favor del bien común, permitidme que retome la llamada de mi venerado Predecesor: «Que Cuba se abra al mundo y el mundo a Cuba». La apertura recíproca con los demás países redundará en beneficio de todos. No lejos de allí, el pueblo haitiano vive todavía en una gran pobreza y en la violencia. Formulo mis votos para que el interés de la comunidad internacional, manifestado entre otras iniciativas por las conferencias de donantes que tuvieron lugar en 2006, lleve a la consolidación de las instituciones y permita al pueblo convertirse en protagonista de su propio desarrollo, en un clima de reconciliación y concordia.

Asia presenta, ante todo, unos países caracterizados por una población muy numerosa y un gran desarrollo económico. Pienso en China y en la India, países en plena expansión, deseando que su presencia creciente en la escena internacional conlleve beneficios para sus propias poblaciones y para las otras naciones. Igualmente, formulo votos por Vietnam, recordando su reciente adhesión a la Organización Mundial del Comercio. Mi pensamiento se dirige a las comunidades cristianas. En la mayor parte de los países de Asia se trata a menudo de comunidades pequeñas, pero vivas, que desean legítimamente po-

der vivir y actuar en un clima de libertad religiosa. Éste es un derecho primordial y al mismo tiempo una condición que les permitirá contribuir al progreso material y espiritual de la sociedad, actuando como elementos de cohesión y concordia.

En Timor Oriental, la Iglesia católica se propone seguir ofreciendo su contribución, en particular en los sectores de la educación, de la sanidad y de la reconciliación nacional. La crisis política sufrida por este joven Estado, así como por otros países de la región, evidencia una cierta fragilidad de los procesos de democratización. Peligrosos focos de tensión se fraguan en la Península de Corea. Debe perseguirse en el marco de la negociación el objetivo de la reconciliación del pueblo coreano y la desnuclearización de la Península, que tantos efectos beneficiosos tendría en toda la región. Conviene evitar los gestos que puedan comprometer las negociaciones, sin condicionar por ello a sus resultados las ayudas humanitarias destinadas a las capas más vulnerables de la población norcoreana.

Quisiera llamar vuestra atención sobre otros dos países asiáticos que son motivo de preocupación. En Afganistán, es necesario deplorar, a lo largo de los últimos meses, el aumento notable de la violencia y los ataques terroristas, que dificultan el camino hacia una salida de la crisis gravando pesadamente sobre las poblaciones locales. En Sri Lanka, el fracaso de las negociaciones de Ginebra entre el Gobierno y el Movimiento Tamil ha supuesto una intensificación del conflicto, que provoca



inmensos sufrimientos entre la población civil. Sólo la vía del diálogo podrá garantizar un futuro mejor y más seguro para todos.

Oriente Medio es fuente también de grandes inquietudes. Por eso quise enviar una carta a los católicos de la región con motivo de la Navidad, para expresar mi solidaridad y mi proximidad espiritual con todos, y para animarles a continuar con su presencia en la región, con la certeza de que su testimonio será una ayuda y un apoyo para un futuro de paz y fraternidad. Renuevo mi urgente llamada a todas las partes implicadas en el complejo tablero político de la región, con la esperanza que se consoliden las señales positivas, entre Israelíes y Palestinos, verificadas durante las últimas semanas. La Santa Sede no se cansará nunca de repetir que las soluciones armadas no conducen a nada, como se ha visto en el Líbano el verano pasado. El futuro de este país pasa necesariamente por la unidad de todos los que lo integran y por las relaciones fraternas entre los diferentes grupos religiosos y sociales. Éste es un mensaje de esperanza para todos. No es posible tampoco contentarse con soluciones parciales o unilaterales. Para poner fin a la crisis y a los sufrimientos que ocasiona en las poblaciones, es necesario proceder según un enfoque global, que no excluya a nadie en la búsqueda de una solución negociada y que tenga en cuenta las aspiraciones y los legítimos intereses de los distintos pueblos implicados; en particular, los Libaneses tienen derecho a ver respetadas la integridad y la soberanía de su país; los Israelíes tienen derecho a vivir

en paz en su Estado; los Palestinos tienen derecho a una patria libre y soberana. Si cada uno de los pueblos de la región ve sus aspiraciones tomadas en consideración y se siente menos amenazado, se reforzará la confianza mutua. Esta misma confianza aumentará si un país como Irán, especialmente en lo que concierne a su programa nuclear, acepta dar una respuesta satisfactoria a las legítimas preocupaciones de la comunidad internacional. Los pasos dados en este sentido tendrán sin duda alguna un efecto positivo para la estabilidad de toda la región, y en particular de Irak, poniendo fin a la espantosa violencia que ensangrienta este país y ofreciendo la posibilidad de relanzar su reconstrucción y la reconciliación entre todos sus habitantes.

Un poco más cerca, en Europa, nuevos países de larga tradición cristiana como Bulgaria y Rumania, han entrado en la Unión Europea. Al prepararnos para celebrar el cincuenta aniversario de los Tratados de Roma, se impone una reflexión sobre el Tratado constitucional. Deseo que los valores fundamentales que están a la base de la dignidad humana sean protegidos plenamente, en particular la libertad religiosa en todas sus dimensiones, así como los derechos institucionales de las Iglesias. Al mismo tiempo, no se puede hacer abstracción del innegable patrimonio cristiano de este continente, que contribuyó ampliamente a modelar la Europa de las Naciones y la Europa de los pueblos. El cincuenta aniversario de la insurrección de Budapest, celebrado en el mes de octubre pasado, nos ha recordado los acontecimientos dramáticos del siglo XX,

incitando a todos los Europeos a construir un futuro libre de toda opresión y de todo condicionamiento ideológico, a establecer vínculos de amistad y fraternidad, y a manifestar solicitud y solidaridad hacia los más pobres y pequeños; del mismo modo, es importante superar las tensiones del pasado, promoviendo la reconciliación a todos los niveles, ya que sólo ésta es la que permite construir el futuro y favorecer la esperanza. Pido también a todos los que en el continente europeo son tentados por el terrorismo, que cesen toda actividad de este género, ya que tales comportamientos, que hacen prevalecer la violencia ciega y provocan el miedo en la población, constituyen una vía sin salida. Pienso también en los distintos “conflictos congelados”, deseando que encuentren rápidamente una solución definitiva, así como en las tensiones recurrentes vinculadas hoy sobre todo a los recursos energéticos.

Deseo que la región de los Balcanes alcance la estabilidad que todos esperan, de modo particular gracias a la integración en las estructuras continentales por parte de las naciones que la componen, así como al apoyo de la comunidad internacional. El establecimiento de relaciones diplomáticas con la República de Montenegro, que acaba de entrar pacíficamente en el concierto de las naciones, y el Acuerdo de Base firmado con Bosnia Herzegovina, son dos signos de la atención constante de la Santa Sede hacia la región de los Balcanes. Mientras se acerca el momento en que se definirá el estatuto de Kosovo, la Santa Sede pide a todos los implicados un esfuerzo de sabiduría clarividente, de

flexibilidad y de moderación, para que se encuentre una solución que respete los derechos y las legítimas expectativas de todos.

Las situaciones que he mencionado constituyen un reto que nos implica a todos; se trata de un reto consistente en promover y consolidar todo lo que de positivo hay en el mundo y a superar, con buena voluntad, sabiduría y tenacidad, todo lo que hiere, degrada y mata al hombre. Sólo será posible promover la paz si se respeta la persona humana, y sólo construyendo la paz es como se sentarán las bases de un auténtico humanismo integral. Aquí encuentra respuesta la preocupación ante el futuro de tantos contemporáneos nuestros. Sí, el futuro podrá ser sereno si trabajamos juntos por el hombre. El hombre, creado a imagen de Dios, tiene una dignidad incomparable; es tan digno de amor a los ojos de su Creador, que Dios no dudó en entregarle a su propio Hijo. Éste es el gran misterio de Navidad, que acabamos de celebrar, y cuyo clima de alegría se prolonga hasta nuestro encuentro de hoy. La Iglesia, en su compromiso al servicio del hombre y de la construcción de la paz, está al lado de todas las personas de buena voluntad, ofreciendo una colaboración desinteresada. Que juntos, cada uno en su puesto y con sus propios talentos, sepamos trabajar en la construcción de un humanismo integral, el único que puede garantizar un mundo pacífico, justo y solidario. Acompaño este deseo con la oración que elevo al Señor por todos vosotros y vuestras familias, por vuestros colaboradores y por los pueblos que representáis.

## HOMILÍAS

**Vísperas de la Solemnidad  
de Santa María, Madre de Dios,  
con el canto del “Te Deum”**

*Basilica Vaticana,  
domingo 31 de diciembre de 2006*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado; distinguidas autoridades; queridos hermanos y hermanas:

Nos hallamos reunidos en la basílica vaticana para dar gracias al Señor al terminar el año y para cantar juntos el Te Deum. Os doy gracias a todos de corazón por haber querido uniros a mí en una circunstancia tan significativa. Saludo en primer lugar a los señores cardenales, a los venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, a los religiosos y las religiosas, a las personas consagradas y a los numerosos fieles laicos que representan a toda la comunidad eclesial de Roma. Saludo en especial al alcalde de Roma y a las demás autoridades presentes.

En esta tarde del 31 de diciembre se entrecruzan dos perspectivas diversas: la primera, vinculada al fin del año civil; la segunda, a la solemnidad litúrgica de María santísima Madre de Dios, que concluye la octava de la santa Navidad. El primer acontecimiento es común a todos; el segundo es propio de los cristianos. El entrecruzarse de las dos perspectivas confiere a esta celebración

vespertina un carácter singular, en un clima espiritual particular que invita a la reflexión.

El primer tema, muy sugestivo, está vinculado a la dimensión del tiempo. En las últimas horas de cada año solar asistimos al repetirse de algunos “ritos” mundanos que, en el contexto actual, están marcados sobre todo por la diversión, con frecuencia vivida como evasión de la realidad, como para exorcizar los aspectos negativos y favorecer improbables golpes de suerte.

¡Cuán diversa debe ser la actitud de la comunidad cristiana! La Iglesia está llamada a vivir estas horas haciendo suyos los sentimientos de la Virgen María. Juntamente con ella está invitada a tener fija su mirada en el Niño Jesús, nuevo Sol que ha surgido en el horizonte de la humanidad y, confortada por su luz, a apresurarse a presentarle “las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos” (*Gaudium et spes*, 1).

Así pues, se confrontan dos valoraciones de la dimensión “tiempo”: una cuantitativa y otra cualitativa. Por una parte, el ciclo solar, con sus ritmos; por otra, lo que san Pablo llama la “plenitud de los tiempos” (Ga 4, 4), es decir, el momento culminante de la historia del universo y del género humano, cuando el Hijo de Dios nació en el mundo.

El tiempo de las promesas se cumplió y, cuando el embarazo de María llegó a su fin, “la tierra -como dice un salmo- dio su fruto” (Sal 66, 7). La venida del Mesías, anunciada por los profetas, es el acontecimiento cualitativamente más importante de toda la historia, a la que confiere su sentido último y pleno. Las coordenadas histórico-políticas no condicionan las decisiones de Dios; el acontecimiento de la Encarnación es el que “llena” de valor y de sentido la historia.

Los que hemos nacido dos mil años después de ese acontecimiento podemos afirmarlo -por decirlo así- también a posteriori, después de haber conocido toda la vida de Jesús, hasta su muerte y su resurrección. Nosotros somos, a la vez, testigos de su gloria y de su humildad, del valor inmenso de su venida y del infinito respeto de Dios por los hombres y por nuestra historia. Él no ha llenado el tiempo entrando en él desde las alturas, sino “desde dentro”, haciéndose una pequeña semilla para llevar a la humanidad hasta su plena maduración.

Este estilo de Dios hizo que fuera necesario un largo tiempo de preparación para llegar desde Abraham hasta Jesucristo, y que después de la venida del Mesías la historia no haya concluido, sino que haya continuado su curso, aparentemente igual, pero en realidad ya visitada por Dios y orientada hacia la segunda y definitiva venida del Señor al final de los tiempos. La maternidad de María, que es a la vez acontecimiento humano y divino, es símbolo real, y

podríamos decir, sacramento de todo ello.

En el pasaje de la carta a los Gálatas que acabamos de escuchar san Pablo afirma: “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer” (Ga 4, 4). Orígenes comenta: “Mira bien que no dice: nacido a través de una mujer; sino: nacido de una mujer” (Comentario a la carta a los Gálatas: PG 14, 1298). Esta aguda observación del gran exegeta y escritor eclesiástico es importante porque, si el Hijo de Dios hubiera nacido solamente a través de una mujer, en realidad no habría asumido nuestra humanidad, y esto es precisamente lo que hizo al tomar carne de María.

Por consiguiente, la maternidad de María es verdadera y plenamente humana. En la frase “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer” se halla condensada la verdad fundamental sobre Jesús como Persona divina que asumió plenamente nuestra naturaleza humana. Él es el Hijo de Dios, fue engendrado por él; y al mismo tiempo es hijo de una mujer, de María. Viene de ella. Es de Dios y de María. Por eso la Madre de Jesús se puede y se debe llamar Madre de Dios.

Es probable que este título, que en griego se dice Theotókos, haya aparecido por primera vez precisamente en la región de Alejandría de Egipto, donde vivió Orígenes en la primera mitad del siglo III. Pero sólo fue definido dogmáticamente dos siglos después, en el año 431, por el concilio de Éfeso, ciudad a la que tuve la alegría de acudir en peregrinación hace

un mes, durante el viaje apostólico a Turquía. Precisamente teniendo presente esta inolvidable visita, ¿cómo no expresar toda mi filial gratitud a la santa Madre de Dios por la especial protección que me concedió en esos días de gracia?

Theotókos, Madre de Dios: cada vez que rezamos el Ave María nos dirigimos a la Virgen con este título, suplicándole que ruegue “por nosotros, pecadores”. Al finalizar un año, sentimos la necesidad de invocar de modo muy especial la intercesión maternal de María santísima en favor de la ciudad de Roma, de Italia, de Europa y del mundo entero. A ella, que es la Madre de la Misericordia encarnada, le encomendamos sobre todo las situaciones a las que sólo la gracia del Señor puede llevar paz, consuelo y justicia.

“Para Dios nada es imposible”, dijo el ángel a la Virgen cuando le anunció su maternidad divina (cf. Lc 1, 37). María creyó y por eso es bienaventurada (cf. Lc 1, 45). Lo que resulta imposible para el hombre, es posible para quien cree (cf. Mc 9, 23). Por eso, al terminar el año 2006, vislumbrando ya el alba del 2007, pidamos a la Madre de Dios que nos obtenga el don de una fe madura: una fe que quisiéramos que se asemeje, en la medida de lo posible, a la suya; una fe nítida, genuina, humilde y a la vez valiente, impregnada de esperanza y entusiasmo por el reino de Dios; una fe que no admita el fatalismo y esté abierta a cooperar en la voluntad de Dios con obediencia plena y gozosa, con la certeza absoluta de que

lo único que Dios quiere siempre para todos es amor y vida.

Oh María, alcánzanos una fe auténtica y pura.

Te damos gracias y te bendecimos siempre, santa Madre de Dios. Amén.

**Santa Misa en la Solemnidad  
de Santa María, Madre De Dios  
XL Jornada Mundial de la Paz**

*Lunes 1 de enero de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de hoy contempla, como en un mosaico, varios hechos y realidades mesiánicas, pero la atención se concentra de modo especial en María, Madre de Dios. Ocho días después del nacimiento de Jesús recordamos a su Madre, la Theotókos, la “Madre del Rey que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos” (Antífona de entrada; cf. Sedulio). La liturgia medita hoy en el Verbo hecho hombre y repite que nació de la Virgen. Reflexiona sobre la circuncisión de Jesús como rito de agregación a la comunidad, y contempla a Dios que dio a su Hijo unigénito como cabeza del “pueblo nuevo” por medio de María. Recuerda el nombre que dio al Mesías y lo escucha pronunciado con tierna dulzura por su Madre. Invoca para el mundo la paz, la paz de Cristo, y lo hace a través de María, mediadora y cooperadora de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 60-61).

Comenzamos un nuevo año solar, que es un período ulterior de tiempo que nos ofrece la divina Providencia en el contexto de la salvación inaugurada por Cristo. Pero ¿el Verbo eterno no entró en el tiempo precisamente por medio de María? Lo recuerda en la segunda lectura, que acabamos de escuchar, el apóstol san Pablo, afirmando que Jesús nació “de una mujer” (cf. Ga 4, 4). En la liturgia de hoy destaca la figura de María, verdadera Madre de Jesús, hombre-Dios. Por tanto, en esta solemnidad no se celebra una idea abstracta, sino un misterio y un acontecimiento histórico: Jesucristo, persona divina, nació de María Virgen, la cual es, en el sentido más pleno, su madre.

Además de la maternidad, hoy también se pone de relieve la virginidad de María. Se trata de dos prerrogativas que siempre se proclaman juntas y de manera inseparable, porque se integran y se califican mutuamente. María es madre, pero madre virgen; María es virgen, pero virgen madre. Si se descuida uno u otro aspecto, no se comprende plenamente el misterio de María, tal como nos lo presentan los Evangelios. María, Madre de Cristo, es también Madre de la Iglesia, como mi venerado predecesor el siervo de Dios, Pablo VI proclamó el 21 de noviembre de 1964, durante el concilio Vaticano II. María es, por último, Madre espiritual de toda la humanidad, porque en la cruz Jesús dio su sangre por todos, y desde la cruz a todos encomendó a sus cuidados maternos.

Así pues, contemplando a María comenzamos este nuevo año, que recibimos

de las manos de Dios como un “talento” precioso que hemos de hacer fructificar, como una ocasión providencial para contribuir a realizar el reino de Dios. En este clima de oración y de gratitud al Señor por el don de un nuevo año, me alegra dirigir mi cordial saludo a los ilustres señores embajadores del Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, que han querido participar en esta solemne celebración.

Saludo cordialmente al cardenal Tarcisio Bertone, mi secretario de Estado. Saludo al cardenal Renato Raffaele Martino y a los componentes del Consejo pontificio Justicia y paz, expresándoles mi profunda gratitud por el empeño con que promueven a diario estos valores tan fundamentales para la vida de la sociedad. Con ocasión de la actual Jornada mundial de la paz, dirigí a los gobernantes y a los responsables de las naciones, así como a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, el tradicional Mensaje, que este año tiene por tema: “La persona humana, corazón de la paz”.

Estoy profundamente convencido de que “respetando a la persona se promueve la paz, y de que construyendo la paz se ponen las bases para un auténtico humanismo integral” (Mensaje, n. 1: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de diciembre de 2006, p. 5). Este compromiso compete de modo peculiar al cristiano, llamado “a ser un incansable artífice de paz y un valiente defensor de la dignidad de la persona humana y de sus derechos inalienables” (ib., n. 16). Preci-

samente por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 27), todo individuo humano, sin distinción de raza, cultura y religión, está revestido de la misma dignidad de persona. Por eso ha de ser respetado, y ninguna razón puede justificar jamás que se disponga de él a placer, como si fuera un objeto.

Ante las amenazas contra la paz, lamentablemente siempre presentes; ante las situaciones de injusticia y de violencia, que permanecen en varias regiones de la tierra; ante la persistencia de conflictos armados, a menudo olvidados por la mayor parte de la opinión pública; y ante el peligro del terrorismo, que perturba la seguridad de los pueblos, resulta más necesario que nunca trabajar juntos en favor de la paz. Como recordé en el Mensaje, la paz es “al mismo tiempo un don y una tarea” (n. 3): un don que es preciso invocar con la oración, y una tarea que hay que realizar con valentía, sin cansarse jamás.

El relato evangélico que hemos escuchado muestra la escena de los pastores de Belén que se dirigen a la cueva para adorar al Niño, después de recibir el anuncio del ángel (cf. Lc 2, 16).

¿Cómo no dirigir la mirada una vez más a la dramática situación que caracteriza precisamente esa Tierra donde nació Jesús? ¿Cómo no implorar con oración insistente que también a esa región llegue cuanto antes el día de la paz, el día en que se resuelva definitivamente el conflicto actual, que persiste ya desde hace demasiado tiempo? Un acuerdo de paz, para

ser duradero, debe apoyarse en el respeto de la dignidad y de los derechos de toda persona.

El deseo que formulo ante los representantes de las naciones aquí presentes es que la comunidad internacional aúne sus esfuerzos para que en nombre de Dios se construya un mundo en el que los derechos esenciales del hombre sean respetados por todos. Sin embargo, para que esto acontezca, es necesario que el fundamento de esos derechos sea reconocido no en simples pactos humanos, sino “en la naturaleza misma del hombre y en su dignidad inalienable de persona creada por Dios” (Mensaje, n. 13).

En efecto, si los elementos constitutivos de la dignidad humana quedan dependiendo de opiniones humanas mudables, también sus derechos, aunque sean proclamados solemnemente, acaban por debilitarse y por interpretarse de modos diversos. “Por tanto, es importante que los Organismos internacionales no pierdan de vista el fundamento natural de los derechos del hombre. Eso los pondría a salvo del peligro, por desgracia siempre al acecho, de ir cayendo hacia una interpretación meramente positivista de los mismos” (ib.).

“El Señor te bendiga y te proteja, (...). El Señor se fije en ti y te conceda la paz” (Nm 6, 24. 26). Esta es la fórmula de bendición que hemos escuchado en la primera lectura. Está tomada del libro de los *Números*; en ella se repite tres veces el nombre del Señor, para significar la intensidad

y la fuerza de la bendición, cuya última palabra es “paz”.

El término bíblico shalom, que traducimos por “paz”, indica el conjunto de bienes en que consiste “la salvación” traída por Cristo, el Mesías anunciado por los profetas. Por eso los cristianos reconocemos en él al Príncipe de la paz. Se hizo hombre y nació en una cueva, en Belén, para traer su paz a los hombres de buena voluntad, a los que lo acogen con fe y amor. Así, la paz es verdaderamente el don y el compromiso de la Navidad: un don, que es preciso acoger con humilde docilidad e invocar constantemente con oración confiada; y un compromiso que convierte a toda persona de buena voluntad en un “canal de paz”.

Pidamos a María, Madre de Dios, que nos ayude a acoger a su Hijo y, en él, la verdadera paz.

Pidámosle que ilumine nuestros ojos, para que sepamos reconocer el rostro de Cristo en el rostro de toda persona humana, corazón de la paz.

### Solemnidad de la Epifanía del Señor

*Basilica de San Pedro,  
sábado 6 de enero de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos con alegría la solemnidad de la Epifanía, “manifestación” de Cristo a los gentiles, representados por los Ma-

gos, misteriosos personajes llegados de Oriente. Celebramos a Cristo, meta de la peregrinación de los pueblos en búsqueda de la salvación. En la primera lectura hemos escuchado al profeta, inspirado por Dios, que contempla a Jerusalén como un faro de luz, que, en medio de las tinieblas y de la niebla de la tierra, orienta el camino de todos los pueblos. La gloria del Señor resplandece sobre la ciudad santa y atrae ante todo a sus hijos deportados y dispersos, pero al mismo tiempo también a las naciones paganas, que de todas las partes acuden a Sión como a una patria común, enriqueciéndola con sus bienes (cf. Is 60, 1-6).

En la segunda lectura se nos ha propuesto nuevamente lo que el apóstol san Pablo escribió a los Efesios, es decir, que la convergencia de judíos y gentiles, por iniciativa amorosa de Dios, en la única Iglesia de Cristo era “el misterio” manifestado en la plenitud de los tiempos, la “gracia” de que Dios lo había hecho ministro (cf. Ef 3, 2-3. 5-6). Dentro de poco, en el Prefacio cantaremos: “Hoy en Cristo, luz de los pueblos, has revelado a los pueblos el misterio de nuestra salvación”.

Han transcurrido veinte siglos desde que ese misterio fue revelado y realizado en Cristo, pero aún no se ha cumplido plenamente. Mi amado predecesor Juan Pablo II, al inicio de su encíclica sobre la misión de la Iglesia, escribió que “a finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos” (*Redemptoris missio*, 1).



Surgen espontáneamente algunas preguntas: ¿en qué sentido, hoy, Cristo es aún *lumen gentium*, luz de los pueblos? ¿En qué punto está -si se puede hablar así- este itinerario universal de los pueblos hacia él? ¿Está en una fase de progreso o de retroceso? Y también: ¿quiénes son hoy los Magos? ¿Cómo podemos interpretar, pensando en el mundo actual, a estos misteriosos personajes evangélicos?

Para responder a estos interrogantes, quisiera volver a lo que los padres del concilio Vaticano II dijeron al respecto. Y quiero añadir que, inmediatamente después del Concilio, el siervo de Dios Pablo VI, hace cuarenta años, exactamente el 26 de marzo de 1967, dedicó al desarrollo de los pueblos la encíclica *Populorum progressio*.

En verdad, todo el concilio Vaticano II se sintió impulsado por el anhelo de anunciar a la humanidad contemporánea a Cristo, luz del mundo. En el corazón de la Iglesia, comenzando por el vértice de su jerarquía, brotó con fuerza, suscitado por el Espíritu Santo, el deseo de una nueva epifanía de Cristo en el mundo, un mundo que la época moderna había transformado profundamente y que por primera vez en la historia se encontraba ante el desafío de una civilización global, donde el centro ya no podía ser Europa y ni siquiera lo que llamamos Occidente y Norte del mundo.

Resultaba necesario establecer un nuevo orden mundial político y económico, pero al mismo tiempo y sobre todo espiri-

tual y cultural, es decir, un renovado humanismo. Con creciente evidencia se imponía esta constatación: un nuevo orden mundial económico y político no funciona si no hay una renovación espiritual, si no podemos acercarnos de nuevo a Dios y encontrar a Dios en medio de nosotros.

Ya antes del concilio Vaticano II, conciencias iluminadas de pensadores cristianos habían intuido y afrontado este desafío de cambio de época. Pues bien, al inicio del tercer milenio nos encontramos de lleno en esta fase de la historia humana, que ya se ha caracterizado con la palabra “globalización”.

Por otra parte, hoy nos damos cuenta de cuán fácil es perder de vista los términos de este mismo desafío, precisamente porque estamos implicados en él. Este peligro aumenta en gran medida por la inmensa expansión de los medios de comunicación social, los cuales, aunque por una parte multiplican indefinidamente las informaciones, por otra parecen debilitar nuestra capacidad de síntesis crítica.

La solemnidad que hoy celebramos puede ofrecernos esta perspectiva, a partir de la manifestación de un Dios que se reveló en la historia como luz del mundo, para guiar e introducir por fin a la humanidad en la tierra prometida, donde reinan la libertad, la justicia y la paz. Y somos cada vez más conscientes de que por nosotros mismos no podemos promover la justicia y la paz, si no se nos manifiesta la luz de un Dios que nos muestra su rostro, que se nos presenta en

el pesebre de Belén, que se nos presenta en la cruz.

Así pues, ¿quiénes son los “Magos” de hoy, y en qué punto está su “viaje” y nuestro “viaje”? Volvamos, queridos hermanos y hermanas, a aquel momento de especial gracia que fue la conclusión del concilio Vaticano II, el 8 de diciembre de 1965, cuando los padres conciliares dirigieron a toda la humanidad algunos “Mensajes”. El primero estaba dirigido “a los gobernantes”; el segundo, “a los hombres del pensamiento y de la ciencia”. Son dos categorías de personas que, en cierto modo, podemos ver representadas en los personajes evangélicos de los Magos.

Quisiera ahora añadir una tercera, a la cual el Concilio no dirigió ningún mensaje, pero le dedicó mucha atención en la declaración conciliar *Nostra aetate*. Me refiero a los líderes espirituales de las grandes religiones no cristianas. Por tanto, a dos mil años de distancia podemos reconocer en los Magos una suerte de prefiguración de estas tres dimensiones constitutivas del humanismo moderno: la dimensión política, la científica y la religiosa. La Epifanía nos lo muestra en estado de “peregrinación”, o sea, en un movimiento de búsqueda, a menudo algo confusa, que en definitiva tiene su punto de llegada en Cristo, aunque algunas veces la estrella se oculta.

Al mismo tiempo nos muestra a Dios que, a su vez, está en peregrinación hacia el hombre. No existe sólo la peregrinación del hombre hacia Dios; Dios mismo

se ha puesto en camino hacia nosotros. En efecto, Jesús no es sino Dios, que por decirlo así sale de sí mismo para venir al encuentro de la humanidad. Por amor se ha hecho historia en nuestra historia; por amor ha venido a traernos el germen de la vida nueva (cf. Jn 3, 3-6) y a sembrarla en los surcos de nuestra tierra, para que germine, florezca y dé fruto.

Hoy quisiera hacer míos esos Mensajes conciliares, que no han perdido su actualidad. Por ejemplo, en el Mensaje a los gobernantes se lee: “Es a vosotros a quienes toca ser sobre la tierra los promotores del orden y la paz entre los hombres. Pero no lo olvidéis: es Dios, el Dios vivo y verdadero, el que es el Padre de los hombres. Y es Cristo, su Hijo eterno, quien vino a decirnoslo y a enseñarnos que todos somos hermanos. Él es el gran artesano del orden y la paz sobre la tierra, porque es él quien conduce la historia humana y el único que puede inclinar los corazones a renunciar a las malas pasiones que engendran la guerra y la desgracia” (Concilio Vaticano II, BAC, Madrid 1968, p. 838). ¿Cómo no reconocer en estas palabras de los padres conciliares la huella luminosa del único camino que puede transformar la historia de las naciones y del mundo?

Asimismo, en el “Mensaje a los hombres del pensamiento y de la ciencia” leemos: “Continuad buscando sin cansaros, sin desesperar jamás de la verdad”. En efecto, el gran peligro consiste en perder el interés por la verdad y buscar sólo el hacer, la eficiencia, el pragmatismo. “Recordad -prosiguen los padres conciliares-

las palabras de uno de vuestros grandes amigos, san Agustín: “Busquemos con afán de encontrar y encontremos con el deseo de buscar aún más”. Felices los que, poseyendo la verdad, la buscan más todavía a fin de renovarla, profundizar en ella y ofrecerla a los demás. Felices los que, no habiéndola encontrado, caminan hacia ella con un corazón sincero: que busquen la luz de mañana con la luz de hoy, hasta la plenitud de la luz” (ib., p. 640).

Esto es lo que decían los dos Mensajes conciliares. Juntamente con los gobernantes de los pueblos, los investigadores y los científicos, hoy es más necesario que nunca incluir a los representantes de las grandes tradiciones religiosas no cristianas, invitándolos a confrontarse con la luz de Cristo, que no vino a abolir, sino a cumplir lo que la mano de Dios ha escrito en la historia religiosa de las civilizaciones, especialmente en las “grandes almas”, que han contribuido a edificar la humanidad con su sabiduría y sus ejemplos de virtud. Cristo es la luz, y la luz no puede oscurecerse; sólo puede iluminar, aclarar, revelar. Por tanto, que nadie tenga miedo de Cristo y de su mensaje. Y si a lo largo de la historia los cristianos, por ser hombres limitados y pecadores, lo han traicionado a veces con sus comportamientos, esto hace resaltar aún más que la luz es Cristo y que la Iglesia sólo la refleja permaneciendo unida a él.

“Hemos visto su estrella en oriente y venimos a adorarlo” (Aleluya, cf. Mt 2, 2). Lo que nos maravilla siempre, al escuchar estas palabras de los Magos, es que se pos-

traron en adoración ante un simple niño en brazos de su madre, no en el marco de un palacio real, sino en la pobreza de una cabaña en Belén (cf. Mt 2, 11). ¿Cómo fue posible? ¿Qué convenció a los Magos de que aquel niño era “el rey de los judíos” y el rey de los pueblos? Ciertamente los persuadió la señal de la estrella, que habían visto “al salir”, y que se había parado precisamente encima de donde estaba el Niño (cf. Mt 2, 9). Pero tampoco habría bastado la estrella, si los Magos no hubieran sido personas íntimamente abiertas a la verdad. A diferencia del rey Herodes, obsesionado por sus deseos de poder y riqueza, los Magos se pusieron en camino hacia la meta de su búsqueda, y cuando la encontraron, aunque eran hombres cultos, se comportaron como los pastores de Belén: reconocieron la señal y adoraron al Niño, ofreciéndole los dones preciosos y simbólicos que habían llevado consigo.

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros detengámonos idealmente ante el icono de la adoración de los Magos. Encierra un mensaje exigente y siempre actual. Exigente y siempre actual ante todo para la Iglesia que, reflejándose en María, está llamada a mostrar a los hombres a Jesús, nada más que a Jesús, pues él lo es Todo y la Iglesia sólo existe para permanecer unida a él y para darlo a conocer al mundo.

Que la Madre del Verbo encarnado nos ayude a ser dóciles discípulos de su Hijo, Luz de los pueblos. El ejemplo de los Magos de entonces es una invitación también para los Magos de hoy a abrir su mente y

su corazón a Cristo y ofrecerle los dones de su búsqueda. A ellos, a todos los hombres de nuestro tiempo, quisiera repetirles hoy: no tengáis miedo de la luz de Cristo. Su luz es el esplendor de la verdad. Dejaos iluminar por él, pueblos todos de la tierra; dejaos envolver por su amor y encontraréis el camino de la paz. Así sea.

### **Santa Misa en la Capilla Sixtina y administración del Sacramento del Bautismo**

*Fiesta del Bautismo del Señor,  
domingo 7 de enero de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Nos volvemos a encontrar, también este año, para una celebración muy familiar: el bautismo de trece niños en esta estupenda capilla Sixtina, donde la creatividad de Miguel Ángel y de otros insignes artistas supo realizar obras maestras que ilustran los prodigios de la historia de la salvación. E inmediatamente quisiera saludaros a todos los presentes: a los padres, a los padrinos y madrinas, a los parientes y amigos que acompañan a estos recién nacidos en un momento tan importante para su vida y para la Iglesia. Cada niño que nace nos trae la sonrisa de Dios y nos invita a reconocer que la vida es don suyo, un don que es preciso acoger siempre con amor y conservar con esmero en todo momento.

El tiempo de Navidad, que se concluye precisamente hoy, nos ha hecho contemplar al Niño Jesús en la pobreza de la cue-

va de Belén, cuidado amorosamente por María y José. Cada hijo que nace Dios lo encomienda a sus padres; por eso, ¡cuán importante es la familia fundada en el matrimonio, cuna de la vida y del amor! La casa de Nazaret, donde vive la Sagrada Familia, es modelo y escuela de sencillez, paciencia y armonía para todas las familias cristianas. Pido al Señor que también vuestras familias sean lugares acogedores, donde estos pequeños puedan crecer, no sólo con buena salud, sino también en la fe y en el amor a Dios, que hoy con el bautismo los hace hijos suyos.

El rito del bautismo de estos niños tiene lugar en el día en que celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, con la que, como decía, se concluye el tiempo de Navidad. Acabamos de escuchar el relato del evangelista san Lucas, que presenta a Jesús mezclado con la gente mientras se dirige a san Juan Bautista para ser bautizado. Cuando recibió también él el bautismo, —escribe san Lucas— “estaba en oración” (Lc 3, 21). Jesús habla con su Padre. Y estamos seguros de que no sólo habló por sí, sino que también habló de nosotros y por nosotros; habló también de mí, de cada uno de nosotros y por cada uno de nosotros.

Después, el evangelista nos dice que sobre el Señor en oración se abrió el cielo. Jesús entra en contacto con su Padre y el cielo se abre sobre él. En este momento podemos pensar que el cielo se abre también aquí, sobre estos niños que, por el sacramento del bautismo, entran en contacto con Jesús. El cielo se abre sobre no-

sotros en el sacramento. Cuanto más vivimos en contacto con Jesús en la realidad de nuestro bautismo, tanto más el cielo se abre sobre nosotros.

Y del cielo -como dice el evangelio- aquel día salió una voz que dijo a Jesús; “Tú eres mi hijo predilecto” (Lc 3, 22). En el bautismo, el Padre celestial repite también estas palabras refiriéndose a cada uno de estos niños. Dice: “Tú eres mi hijo”. En el bautismo somos adoptados e incorporados a la familia de Dios, en la comunión con la santísima Trinidad, en la comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Precisamente por esto el bautismo se debe administrar en el nombre de la santísima Trinidad. Estas palabras no son sólo una fórmula; son una realidad. Marcan el momento en que vuestros niños renacen como hijos de Dios. De hijos de padres humanos, se convierten también en hijos de Dios en el Hijo del Dios vivo.

Pero ahora debemos meditar en unas palabras de la segunda lectura de esta liturgia, en las que san Pablo nos dice: él nos salvó “según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo” (Tt 3, 5). Un baño de regeneración. El bautismo no es sólo una palabra; no es sólo algo espiritual; implica también la materia. Toda la realidad de la tierra queda involucrada. El bautismo no atañe sólo al alma. La espiritualidad del hombre afecta al hombre en su totalidad, cuerpo y alma. La acción de Dios en Jesucristo es una acción de eficacia universal. Cristo asume la carne y esto continúa en

los sacramentos, en los que la materia es asumida y entra a formar parte de la acción divina.

Ahora podemos preguntarnos por qué precisamente el agua es el signo de esta totalidad. El agua es fuente de fecundidad. Sin agua no hay vida. Y así, en todas las grandes religiones, el agua se ve como el símbolo de la maternidad, de la fecundidad. Para los Padres de la Iglesia el agua se convierte en el símbolo del seno materno de la Iglesia.

En un escritor eclesiástico de los siglos II y III, Tertuliano, se encuentran estas sorprendentes palabras: “Cristo nunca está sin agua”. Con estas palabras Tertuliano quería decir que Cristo nunca está sin la Iglesia. En el bautismo somos adoptados por el Padre celestial, pero en esta familia que él constituye hay también una madre, la madre Iglesia. El hombre no puede tener a Dios como Padre, decían ya los antiguos escritores cristianos, si no tiene también a la Iglesia como madre. Así de nuevo vemos cómo el cristianismo no es sólo una realidad espiritual, individual, una simple decisión subjetiva que yo tomo, sino que es algo real, algo concreto; podríamos decir, algo también material.

La familia de Dios se construye en la realidad concreta de la Iglesia. La adopción como hijos de Dios, del Dios trinitario, es a la vez incorporación a la familia de la Iglesia, inserción como hermanos y hermanas en la gran familia de los cristianos. Y sólo podemos decir “Padre nuestro”, dirigiéndonos a nuestro Padre celestial, si

en cuanto hijos de Dios nos insertamos como hermanos y hermanas en la realidad de la Iglesia. Esta oración supone siempre el “nosotros” de la familia de Dios.

Pero ahora debemos volver al evangelio, donde Juan Bautista dice: “Yo os bautizo con agua, pero viene el que puede más que yo (...). Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego” (Lc 3, 16). Hemos visto el agua; pero ahora surge la pregunta: ¿en qué consiste el fuego al que alude san Juan Bautista? Para ver esta realidad del fuego, presente en el bautismo juntamente con el agua, debemos observar que el bautismo de Juan era un gesto humano, un acto de penitencia; era el esfuerzo humano por dirigirse a Dios para pedirle el perdón de los pecados y la posibilidad de comenzar una nueva vida. Era sólo un deseo humano, un ir hacia Dios con las propias fuerzas.

Ahora bien, esto no basta. La distancia sería demasiado grande. En Jesucristo vemos que Dios viene a nuestro encuentro. En el bautismo cristiano, instituido por Cristo, no actuamos sólo nosotros con el deseo de ser lavados, con la oración para obtener el perdón. En el bautismo actúa Dios mismo, actúa Jesús mediante el Espíritu Santo. En el bautismo cristiano está presente el fuego del Espíritu Santo. Dios actúa, no sólo nosotros. Dios está presente hoy aquí. Él asume y hace hijos suyos a vuestros niños.

Pero, naturalmente, Dios no actúa de modo mágico. Actúa sólo con nuestra libertad. No podemos renunciar a nuestra libertad. Dios interpela nuestra libertad,

nos invita a cooperar con el fuego del Espíritu Santo. Estas dos cosas deben ir juntas. El bautismo seguirá siendo durante toda la vida un don de Dios, el cual ha grabado su sello en nuestra alma. Pero luego requiere nuestra cooperación, la disponibilidad de nuestra libertad para decir el “sí” que confiere eficacia a la acción divina.

Estos hijos vuestros, a los que ahora bautizaremos, son aún incapaces de colaborar, de manifestar su fe. Por eso, asume valor y significado particular vuestra presencia, queridos padres y madres, y la vuestra, queridos padrinos y madrinas. Velad siempre sobre estos niños vuestros, para que al crecer aprendan a conocer a Dios, a amarlo con todas sus fuerzas y a servirlo con fidelidad. Sed para ellos los primeros educadores en la fe, ofreciéndoles, además de enseñanzas, también ejemplos de vida cristiana coherente. Enseñadles a orar y a sentirse miembros activos de la familia concreta de Dios, de la comunidad eclesial.

Para ello os puede ayudar mucho el estudio atento del Catecismo de la Iglesia católica o del Compendio de ese Catecismo. Contiene los elementos esenciales de nuestra fe y podrá ser un instrumento muy útil e inmediato para crecer vosotros mismos en el conocimiento de la fe católica y para poderla transmitir íntegra y fielmente a vuestros hijos. Sobre todo, no olvidéis que es vuestro testimonio, vuestro ejemplo, lo que más influirá en la maduración humana y espiritual de la libertad de vuestros hijos. Aun en medio del ajetreo de las actividades diarias, a menudo

vertiginosas, no dejéis de cultivar, personalmente y en familia, la oración, que constituye el secreto de la perseverancia cristiana.

A la Virgen Madre de Jesús, nuestro Salvador, presentado en la liturgia de hoy

como el Hijo predilecto de Dios, encomendemos a estos niños y a sus familias: que María vele sobre ellos y los acompañe siempre, para que realicen completamente el plan de salvación que Dios tiene para cada uno. Amén.

## SANTA SEDE

### Consejo Pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes II Encuentro Internacional de Pastoral de la Carretera

*Ciudad del Vaticano,  
1-2 de diciembre de 2006*

*“En el camino de la movilidad sostenible”*

#### COMUNICADO FINAL

##### *I. El Acontecimiento*

El segundo Encuentro Internacional de Pastoral de la Carretera se ha llevado a cabo los días 1 y 2 de diciembre de 2006, en la sede del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes, en el Palacio San Calixto, Ciudad del Vaticano.

Participaron 5 Obispos, Directores Nacionales o representantes de Conferencias Episcopales, así como expertos, de 21 países, es decir: Alemania, Argentina,

Australia, Austria, Bélgica, Bolivia, Bosnia-Herzegovina, Brasil, Chile, Croacia, Eslovaquia, Eslovenia, España, Francia, India, Inglaterra, Irlanda, Italia, Polonia, República Checa, y Rumania, y un representante del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Además, estaban presentes delegados de “Die Akademie Bruderhilfe-Familienfürsorge” y de la Asociación Nacional Italiana de los Sociólogos. Hay que recordar también la participación de un capellán-operador de la Pastoral del Ferrocarril en Italia y de tres exponentes de la Pastoral de los “habitantes de la calle” (los niños, las mujeres, y los sin techo).

Muy estimulante ha sido el mensaje del Santo Padre, Benedicto XVI, quien, expresando sincera apreciación acerca de la iniciativa “para ahondar y estimular la acción Pastoral en favor de los que operan, se encuentran y viven en la calle”, desea “que la atención de la Iglesia esté siempre alimentada por el constante amor y por

los generosos propósitos de ejemplar testimonio de la fe cristiana”.

El Presidente del Consejo Pontificio, Su Eminencia el Cardenal Renato Raffaele Martino, ha saludado a los participantes y ha subrayado el hecho que para defender la vida hay que observar las reglas del tráfico, y que al infringirlas “se llega a graves pérdidas de vidas humanas”. De todos modos, al estar presentes varias categorías que pertenecen a este sector, ha precisado que el Encuentro intenta ofrecer la ocasión para reflexionar acerca de las necesidades pastorales del sector, en sus distintas expresiones, ... e intentar dar respuestas adecuadas”. Será, de todas maneras, muy particularmente “con el intercambio de las distintas experiencias” que podrá comprenderse “cuáles son los medios más adecuados para asistir a los viajeros, a los encargados del transporte y a los habitantes de la calle”.

El Arzobispo Agostino Marchetto, Secretario del Dicasterio, ha introducido los trabajos y ha unido “el apostolado de la carretera al signo de los tiempos (que es) la movilidad humana”, el cual tiene dos grandes aspectos: migración e itinerancia. Luego ha hecho una lista de los destinatarios de esta Pastoral, es decir “los conductores y los acompañantes así como los encargados a servirles”, sin olvidar a los habitantes de la calle, es decir los niños, las mujeres y los clochards. Describiendo la característica de la pastoral de la carretera y del ferrocarril como “la mirada y la acción del Buen Samaritano”, ella tendrá que traducirse más concretamente “en

presencia de acogida y de servicio, en el sentido más amplio de la palabra”. En fin el Arzobispo Marchetto ha vuelto a concentrarse en el centro del Encuentro, es decir el de “volver a situar con prospectiva real, social, nuestro compromiso específico” en el ámbito del “papel evangelizador y de promoción de la vida humana”, con una “propuesta renovada de valores éticos y cristianos”.

Las sesiones del primer día, dedicado a la Pastoral del los profesionales y usuarios de la carretera y de los trabajadores en los servicios para ellos destinados, han empezado con la intervención del Arzobispo emérito de Sens-Auxerre, Su Excelencia Monseñor Georges Gilson. El ha individuado entre las revoluciones técnicas de nuestros días la invención del motor de explosión y del motopropulsor, importantes para trasladar a las personas y las cosas. Ello ha “decuplicado nuestra capacidad de correr, de desplazarnos, de viajar”. Es sin embargo el hombre el dueño del autovehículo y no el motor; él tiene la autoridad de decidir de manera autónoma la velocidad y el respeto del código de la circulación. El hombre de esta forma se asume la responsabilidad hacia sí mismo, su propia vida, la de los demás y con respecto al medio ambiente. Se necesita entonces educar a la movilidad “sostenible”, para garantizar la seguridad en la carretera y la solidaridad social, así como acoger la orden del Señor “que se amen los unos a los otros como yo los he amado”.

Luego se han presentado las experiencias española, brasileña y alemana en materia.



Fray Juan Rivas, FSC, Director Nacional de la Pastoral de la Carretera en España, ha presentado de una manera muy detallada y con profundidad la historia, el empeño actual y los desafíos de esta Pastoral en su País. Ella involucra, en la Conferencia Episcopal, cada diócesis, colaborando con éxito con las instituciones civiles relacionadas al transporte. La importancia de la participación y animación de esta Pastoral es cada vez más percibida, incluso por los profesionales laicos. Fray Juan Rivas ha auspiciado, en fin, el desarrollo de esta Pastoral en todas las diócesis y la colaboración exhaustiva en los Departamentos de la Conferencia Episcopal.

La experiencia brasileña, presentada por el Reverendo P. Marian Litewka, CM, encuentra en la Eucaristía el punto de partida y la cumbre de la Pastoral de la Carretera nacional, pero la presencia de la Iglesia se expresa también “en los viajes (de los agentes pastorales) y durante las visitas a las estructuras de servicio situadas a lo largo de la carretera”. Entre los objetivos de estas visitas, está la necesidad de “crear un ambiente de amistad en la carretera “ y de valorizar... los que viven y trabajan en tal ambiente. así como quiere el Evangelio. Más concretamente, se celebra la Santa Misa en los espacios abiertos en las áreas de servicio de las carreteras, que los trabajadores consideran su propio “hogar”. O bien se utiliza el interior de un camión-capilla, y alrededor se concentra la asamblea al aire libre.

Monseñor Wolfgang Miehle, Director Nacional para las inmigraciones en la

Conferencia Episcopal alemana, se ha fijado en la Pastoral de los camioneros. Además, ha subrayado la soledad a lo largo de su trabajo, al recorrer durante días, y a veces semanas, largos trechos de carretera a solas. Se han encontrado dificultades entre los camioneros en la consolidación de las relaciones sociales, también en las familias. Ellos además tienen condiciones de trabajo muy duras y están al límite de la explotación; por lo tanto pueden ser considerados realmente pobres, y para ellos la Iglesia necesita tomar una opción de preferencia. Los camioneros son sensibles a la cura pastoral que tiene que caracterizarse por ir donde ellos se encuentran, en los aparcamientos y en los autoservicios. Pastores y agentes pastorales tienen entonces que ser localizados en lugares alcanzables a “lo largo del recorrido”. Es una experiencia positiva, en este ámbito, el “Kanal K”, teléfono amigo de los camioneros, creado por iniciativa de la Comisión de la pastoral de empresa en el sur de Alemania. A través de éste, el mundo camionero puede ponerse en contacto con un sacerdote u otro agente pastoral. Además, por ejemplo, sería muy oportuna la presencia de unas iglesias a lo largo de las carreteras, con presencia también del “camión eclesial” en los autoservicios.

Los ferrocarriles igualmente son carreteras, pero férreas. Monseñor Oliviero Pelliccioni, capellán de la “Estación Termini” en Roma, para ellas ha trazado la historia de la relativa pastoral en Italia, cuyos objetivos ha esclarecido. Creada como pastoral de empresa, está dirigida sobre todo a los ferroviarios, para acompañarles en

su trabajo específico, tanto con la presencia y la “compañía” como con las palabras. El capellán, o el agente pastoral, para ellos tiene que ser “un amigo, un hermano”, capaz de asimilar su lenguaje y sus aspiraciones, logrando escucharles con respeto y confianza, entregando su propio tiempo, sin juzgar, estableciendo relaciones y poniéndose constantemente al día en los problemas de ese ámbito. “En el respetuoso reconocimiento de las competencias de los laicos”, el capellán reúne “a los creyentes con la Palabra y la Eucaristía”.

En el segundo día se ha encarado el asunto de la pastoral para los habitantes de la calle: los niños, y las mujeres de la calle, y los sin techo. Tres expertas, han comunicado con vigor y con aflujo las experiencias relacionadas a este campo. Ellas también han atestado la soledad de aquellos que viven en la calle, distinta y aún más dolorosa, expresando satisfacción al estar en contacto con la comunidad.

La doctora Chiara Amirante, presidenta de la asociación Nuevos Horizontes, ha presentado de manera muy tocante el trabajo pastoral que su asociación desarrolla a favor de los niños y de las mujeres de la calle, no sólo por lo relacionado a la asistencia, sino también llevándoles a responder al amor de Quien ha dado su vida para nosotros derrotando la muerte. Ellos pueden quedar muy involucrados e incluso pueden volverse apóstoles de evangelización y de esperanza en la calle.

En nombre de la “Comunidad de San Egidio”, ha hablado la doctora Francesca

Zuccari, ilustrando el empeño a favor de las personas sin domicilio y de los niños de la calle, siguiendo el ejemplo del Buen Samaritano. La Comunidad opera de esta forma no sólo en Italia y en Europa, sino también en África, Latinoamérica y Asia.

La hermana Eugenia Bonetti, M.C., nos ha comunicado su experiencia decenal de pastoral a favor de las mujeres y de las menores víctimas del tráfico de seres humanos y de la explotación en la calle, y el empeño de las congregaciones religiosas femeninas en esta pastoral para la liberación y la ayuda a estas personas para que vuelvan a construirse una vida. Además ha auspiciado que las congregaciones masculinas se empeñen de la misma manera para la recuperación de tales víctimas y la reeducación de los “consumidores del sexo”.

En fin, hubo la intervención, muy breve, del Rev. P. Christopher Riley, salesiano, quien ha ofrecido su gran experiencia relacionada a la recuperación de los niños de la calle en Australia, encomendando valentía y perseverancia, sin rendirse, nunca, en el cumplimiento de este empeño pastoral.

El intercambio ha continuado en el trabajo en grupos ahondando estos temas: “Carretera y ferrocarril” y “Habitantes de la calle”.

## *II. Conclusiones*

En el misterioso plan de la historia de la salvación, Dios alcanza al hombre en su condición de viandante, de buscador

del Absoluto, autocomunicándose por sus vías y llamándole a la comunión de amor con Él, origen y cumplimiento de todo bien. Dios se revela como libertador de un pueblo oprimido y necesitado de libertad y luz, de verdad, de ordenamientos para encontrar el sentido de su vivir y la respuesta a su error. Se encuentra, entonces, en la epopeya del Éxodo el paradigma de la condescendencia de Dios y la respuesta del hombre que deja la tierra del destierro para volver a su patria, la tierra prometida, allí atraído por la revelación de Yahvé.

De esta forma, está emblemáticamente representada la existencia del hombre, ubicada entre el auspicio de una verdadera libertad y su propia incoherencia e incapacidad de alcanzarla a solas. Dios dona su Alianza como signo de paz, de seguridad, de felicidad y belleza, dando al hombre la posibilidad de salir de la esclavitud de las cosas, de una sociedad enajenadora, de la pesantez de la autonomía absoluta, para confiarse a sabiendas a la benevolencia tranquilizadora de Dios, en la novedad de ser sus “hijos”.

La Iglesia sigue entonces el camino del hombre con interés, con solicitud, según la voluntad de Dios en Cristo. Donde haya un hombre, con sus felicidades y sus dolores, allí estará la Iglesia, con su presencia pastoral. La atención eclesial hacia la movilidad no se acaba en una presencia genérica, sino se manifiesta proclamando el Evangelio, a través del testimonio, de la palabra, de la acción pastoral en aquellos sitios y ámbitos donde las mujeres y los hombres contemporáneos conducen

formas de vida particulares, engendradas asumiendo las responsabilidades de trabajo o intentando sobrevivir.

En esta perspectiva, la “calle” se vuelve cifra de la vida y define una manera de ser hombres o mujeres en una sociedad proyectada en la velocidad y en el cambio, en la competición y en el consumo, relegando a la indiferencia o a la deriva aquéllos que no corren, que no compiten y no consumen, aquellos explotados o aquéllos que viven en la calle, por ejemplo. El hombre realiza de esta forma su ser “peregrino”, que llega de lejos y va lejos, incluso por las carreteras. Con los medios de transporte, ellas cambian aspecto y se vuelven un bien para quien, como viandante, corre el riesgo de convertirse en “móvil”, en “auto-móvil”, que conduce a si mismo de manera falsamente autónoma.

En este recorrido la persona, que desarrolla su profesión recorriendo por largos trozos de tiempo las autopistas (los camioneros, por ejemplo), corre el riesgo de encontrar la soledad, lejos de la familia y de su dignidad. Por ello la Iglesia, educadora y madre, en las diócesis, con los grupos diocesanos y los encargados parroquiales, junto a las distintas asociaciones, a los movimientos y a las comunidades de la Iglesia, ofrece una pastoral de encuentro para que Cristo esté presente en los lugares de trabajo y de diversión, conjugando pastoral específica y ordinaria, territorial, como demostración de una profunda comunión.

El Señor Jesús va a acompañar al hombre a cualquier lado en la vida cotidiana,

gracias también a la Iglesia presente en la comunidad, en los colegios, en los aeropuertos, en las estaciones de trenes y en las calles, con la pastoral del encuentro y de la acogida, allí donde el hombre o la mujer vive cada día, o se detiene para volver una vez más a tomar su recorrido y su trabajo. De hecho, la base de su obra pastoral es la conciencia que cualquier cosa hacemos a los más pequeños lo hacemos a Cristo mismo. La Iglesia reconoce entonces la dignidad y los derechos también a los habitantes de la calle - tanto a los niños y a las mujeres, como a los sin techo - al ser ellos también creados a imagen y semejanza de Dios. De esta forma se reitera la opción preferencial por los pobres, para que puedan vivir respetados y con reiterado sentido de responsabilidad.

Al tener cuenta de la religiosidad popular, a la luz de “Jesús viandante” y de la Iglesia peregrina, se comprobó la devoción a los Santos relacionados a la calle y la invocación a que acompañen y protegen. Las capillas y los santuarios edificadas a lo largo de las carreteras y las capillas móviles en las zonas de aparcamiento, están destinadas a la acogida del peregrino moderno, como importantes puntos de referencia religiosa y humana.

La fe, también en su expresión de piedad popular, eleva el hombre de su banalidad y caducidad de lo cotidiano a la belleza del divino, que se manifiesta en las sencillas y también intensas modalidades de la devoción. Los Santos, cuya veneración popular ha elegido como amigos y hermanos cercanos a los caminantes, se colocan

en los caminos del hombre in itinere, y lo conducen al buen fin y a la meta.

El hombre “móvil” que escribe en correcta autonomía su recorrido de libertad, con una real responsabilidad hacia si mismo y hacia los demás, tiene cuidado, para evitarlas, con aquellas provocaciones de nuestro tiempo que se dirigen hacia la promoción de una cultura del exceso, cuna de un egoísmo desencadenado y perjudicial.

En todo caso, al ser la pastoral de la calle complicada, también por la variedad de sus destinatarios, es imposible desarrollarla cada uno por su cuenta. La Iglesia tiene entonces un papel de “red”, sobretodo en defensa de la vida y de la dignidad humana. Ella es comunidad que se expresa a través de carismas y ministerios, y llama a sus miembros para que desarrollen un trabajo pastoral afín de que, por medio de ellos, Dios pueda todavía y siempre intervenir en la historia de la humanidad, en Cristo, por obra del Espíritu Santo. El Señor de la historia salva en la historia.

### *III. Recomendaciones*

Por las razones que se acaban de expresar, se recomienda a favor de los automovilistas y de los profesionales del transporte por carretera o ferroviaria:

- ahondar la atención pastoral para una movilidad segura, sostenible, que respete la vida, el hombre, su dignidad, sus derechos y su destino;

- promover un conocimiento compartido, favoreciendo el dialogo entre todos los actores sociales que se ocupen de movilidad;

- intensificar los contactos con los medios de comunicación social para invitarlos a un más atento análisis de los mensajes cotidianos y volverse aliados de una obra de educación, incluso de aquella que se refiere a la carretera;

- tutelar el derecho de los profesionales y de los trabajadores de la carretera para condiciones seguras de trabajo;

- crear nuevos sitios y ocasiones de encuentro con los profesionales de la carretera, ya que a diferencia de los que utilizan el auto por razones personales o familiares, ellos experimentan más la soledad y la lejanía de la familia;

- desarrollar estos encuentros en los espacios que los interesados consideran “su-yos”, como pueden ser las zonas de aparcamiento, sin olvidar los autoservicios;

- convertir los encuentros en momentos en los que se pueda vivir más intensamente y espiritualmente y con la posibilidad de crecer en la fe;

- incluir entre los trabajadores de la carretera y del ferrocarril también aquéllos quienes, en la estructuras de vario tipo, ofrecen servicios a los viajeros y a los medios de transporte.

Al tener presente también las conclusiones y recomendaciones del 1º Congreso Internacional para la pastoral de los niños de la calle (Roma, 25-26 de octubre de 2004) y del 1º Encuentro internacional de pastoral para la liberación de las mu-

jes de la calle (Roma, 20-21 de junio de 2005) por lo relacionado a los habitantes de la calle, se recomienda:

- considerar que la situación de los niños, de las mujeres de la calle y de los sin techo, es de total vulnerabilidad;

- responder a su callada necesidad de salvación y de seguridad, yendo donde ellos se encuentran, en las calles, no quedando esperándoles en los centros de acogida;

- cualificar estos centros de manera que se vuelvan verdaderos sitios de acogida, de solidaridad, y de familia ensanchada, donde se encuentran las respuestas a las exigencias del espíritu, y no solo a aquellas materiales;

- ayudarles para que vuelvan a descubrir su propia dignidad y para que recuperen un nivel adecuado de autoestima;

- amarles, respetarles, estar cerca, “llamándoles por nombre”, de manera de restituirles una vida más humana; ellos también aprenderán de esta forma a amarse y ayudar a los demás;

- dar una familia a quien no la tiene, o quizás nunca la ha tenido, sobre todo a los niños de la calle;

- ayudar para que vuelvan a integrarse en la sociedad;

- no obligarles a seguir los programas establecidos de antemano, sino crear lo que responda a sus exigencias;

- organizar actividades para los jóvenes en riesgo y formar oportunas asociaciones de manera que la calle pierda ese atractivo que, a pesar de todo, tiene;

- trabajar en los sitios de procedencia de los niños y de las mujeres de la calle, sobre todo para derrotar las causas de su situación desgraciada;

- aprontar una pastoral de presencia, acogida y acompañamiento, dando respuestas concretas a las necesidades que se presentan;

- realizar una integración entre pastoral específica y territorial;

- dialogar y colaborar “en red” con organismos eclesiales y no eclesiales, gubernamentales y no gubernamentales, con órganos de Estado (ministerios, parlamento, policía, cárceles, etc...) con el intento de poder, si es posible, cambiar la realidad de manera, no sólo temporaria, sino definitiva;

- trabajar para la instrucción y la formación escolar y de los valores;

- individualizar agentes pastorales adecuados, y formarles convenientemente;

- compartir experiencias y conocimientos con otros agentes pastorales;

- sensibilizar a los obispos y las diócesis, las asociaciones y los movimientos para este tipo de pastoral específica;

- utilizar con prudencia las estructuras parroquiales - si son disponibles - para la asistencia material y espiritual de los niños y de las mujeres de la calle y de los sin techo;

- reconocer las diferencias culturales, y otras, en los sitios donde se opera, en las distintas zonas del mundo;

- sensibilizar al fenómeno de los “habitantes” de la calle e informar sobre la acción emprendida para ofrecer soluciones a los problemas relacionados con tal fenómeno;

- continuar la obra de sensibilización respecto a la sociedad y a las instituciones públicas que tienen el deber de intervenir;

- trabajar por un cambio de mentalidad con respecto a estas nuevas formas de pobreza, de explotación, y de esclavitud, empeñándose para que vuelva a descubrirse el valor y la dignidad de la persona humana, más allá de sus condiciones objetivas y temporarias de vida;

- tomar en consideración la creación de un sitio web que permita facilitar las informaciones y el intercambio de experiencias en este importante ámbito de atención humana y pastoral.



# CRÓNICA DIOCESANA

---





CRÓNICA DIOCESANA

*Durante el mes de Enero en Sr. Obispo ha terminado la Visita Pastoral al Arciprestazgo de A Limia. El próximo mes de febrero la iniciará en el Arciprestazgo de Ourense-Norte.*

- Día 5: Encuentro de Navidad de los Jóvenes de Acción Católica en la casa parroquial de las Caldas.
- Día 7: Exequias de la Hna. Celestina del Teso Aliste, Sierva de San José.
- Día 9: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 10: Jornada de presentación de la Ordenación General del Misal Romano en su 3ª edición en el Santuario de los Milagros para los sacerdotes de los Arciprestazgos de Maceda, A Rabeda, Castro Caldelas y Allariz.  
Cursillo sobre la iniciación cristiana en Xinzo de Limia.
- Día 11: Clausura de la exposición “Belenes del Mundo”, que se desarrolló durante los Días de Navidad en el Obispado, con gran éxito de público.
- Día 12: Presentación en el salón Mundo Novo del Obispado de Ourense el libro “San Miguel de Celanova: el silencio y la elocuencia de una arquitectura singular”, de Mª Dolores Barral Rivadulla, con fotos de Mani Moretón y editado por el Grupo Francisco de Moure. Estudio realizado a raíz del Año Santo Rosendiano que estamos celebrando.
- Día 16: Cursillo sobre la iniciación cristiana en Celanova.
- Día 17: Jornada de presentación de la Ordenación General del Misal Romano en su 3ª edición en el Santuario de los Milagros para los sacerdotes de los Arciprestazgos de Celanova, A Merca, Bande y Ramirás.
- Día 18: Exequias de Sor María Luisa Jiménez Ortiz, Religiosa Hija de la Divina Pastora - HH. Calasancias.
- Día 13: Peregrinación de la Asociación de Amas de Casa de Celanova hasta la Iglesia parroquial para ganar el Jubileo, en la fiesta de Santa Ilduara, madre de San Rosendo.
- Día 15: Apertura del Año Jubilar de San Rosendo en el Liceo Ourenseño con una conferencia a cargo del M.I. Sr. D. Miguel Ángel González García que llevó por título: “Santo Tirso-Mondoñedo- Celanova y san Rosendo”.
- Día 20: Jornadas de formación para profesores de enseñanza religiosa organizadas por la Delegación Diocesana de Enseñanza en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 23: Cursillo sobre la iniciación cristiana en Ribadavia.







Beati Misericordes